

BOLETIN de la Real
Academia de Ciencias,
Bellas Letras y Nobles Artes
de Córdoba — — —



ENERO A MARZO 1945
AÑO XVI -- NÚM. 52

SUMARIO

	Páginas
I.—Portada. Don Guillermo Belmonte y Muller.....	3
II.—Algunos datos sobre la vida de Belmonte y Muller, por D. Vicente Orti Belmonte.....	5
III.—Pintura religiosa contemporánea en España, por D. Enrique Romero de Torres (discurso inédito de 20 de Mayo de 1905).....	23
IV.—Contestación de D. Rafael Ramírez de Arellano al anterior discurso..	40
V.—El renegado cordobés Solimán del Pozo y la batalla de Alcázarquivir, por D. José de la Torre y del Cerro.....	47
VI.—Moderna cirugía ocular, discurso de recepción, por D. Rafael Giménez Ruiz.....	67
VII.—Contestación al anterior discurso, por D. José Amo Serrano.....	80
VIII.—El amor de caridad en el siglo XX, por D. Pascual Santacruz.....	85
IX.—Fenómenos naturales y catastróficos, por D. Antonio Carbonell T.-F..	89
X.—Dibujo de García Reinoso, en el Museo de Bellas Artes de Córdoba..	98
XI.—Bibliografía.....	99
XII.—Noticias académicas.....	107



CONSEJO DE REDACCIÓN

Dr. D. José Amo Serrano, Director de la Academia.

Dr. D. Manuel Enríquez Barrios, Censor de la Academia.

D. José M.^o Rey Díaz, Secretario de la Academia.

Publicación trimestral.

Precio de suscripción: 40 pesetas al año. Número suelto 10 pesetas.

Publicaciones de la Real Academia de Córdoba

La estación prehistórica de Alcolea, por don Antonio Carbonell T.F., don Vicente de la Puente y don Aurelio Rodríguez.—1924.—Folleto de 32 páginas.—2 ptas.

La enseñanza entre los musulmanes españoles. Bibliófilos y bibliotecas en la España musulmana, por don Julián Ribera.—3.^a edición.—1925.—5 pesetas.

Versos de Góngora, Edición del III Centenario, por don José Priego López.—1927.—372 pgs. en 8.^o—5 ptas.

Córdoba durante la Guerra de la Independencia 1808-1813, por don Miguel Angel Orti Belmonte.—1930.—302 pgs. en 4.^o—15 ptas.

Ideas sobre la tectónica de España, por R. Staub, versión española de don Antonio Carbonell T.-F.—1927.—88 pgs. en 4.^o

Hospitales de Córdoba, Monografía histórico-médica, por don Germán Saldaña Sicilia.—1936.—266 pgs. en 4.^o, con numerosas fotografías y un plano.—12 ptas.

BOLETIN

de la

Real Academia de Ciencias

Bellas Letras y Nobles Artes

- - - - DE CORDOBA - - - -



Año XVI

Enero - Marzo 1945

Núm. 52



1946

Tipografía Artística.—San Alvaro, 17
CORDOBA

Boletín de la Real Academia
de
Ciencias, Bellas Letras y Nobles Artes
de Córdoba

Fundada en el año de 1810

AÑO XVI

ENERO-MARZO 1945

NÚM 52

GALERIA DE ACADÉMICOS



DON GUILLERMO BELMONTE Y MULLER

Inspirado poeta cordobés

Nació en Córdoba el 16 de Octubre de 1851
y murió en su ciudad natal el 7 de Mayo de 1929

Algunos datos sobre la vida de Belmonte y Müller

Trabajo leído por Don Vicente Orti
Belmonte en sesión extraordinaria de nues-
tra Academia, el 16 de Octubre de 1943.

AUTORIDADES, SEÑORAS Y SEÑORES, SEÑORES ACADÉMICOS:

El reglamento de esta secular Academia, de esta docta casa cordobesa, determina que un académico numerario por turno, inaugure el comienzo del curso y esta vez nos ha tocado a nosotros eligiendo el tema «Algunos datos sobre la vida de Belmonte y Müller».

En estos trágicos momentos en que el mundo se estremece entre gritos de dolor y oleadas de sangre y lágrimas, venir a disertar sobre la poesía y vida de un poeta romántico, del último de los románticos españoles, parecerá algo pueril y fuera de tono; pero la vida tiene estos contrastes y sigue su camino en sus diversas actividades. Al lado de la tragedia con proporciones sísmicas, surge también la nota tenue y delicada, esa nota imponderable de que se nutre el arte y sin el cual la existencia carece de su más bello atractivo, porque ¿hay algo más sutil, que la perfección de línea de un mármol de Praxiteles, que los colores de un lienzo de Velázquez, que las notas de un nocturno de Chopín o que el rumor que en el aire forman los invisibles átomos inflamados que percibe la sensibilidad poética de un Becquer y que le hace exclamar en su rima eterna:

Mis párpados se cierran
¿Qué sucede? — ¡Es el amor que pasal

Esta noche vamos a evocar la figura de un poeta que canta al amor en versos admirables y que está olvidado, Belmonte y Müller.

De todos vosotros era conocido, todos habeis siempre ponderado la belleza de sus versos, su dicción clara, correcta, impecable y elegante como su persona, que confirma la frase de Buffón: «El estilo es el hombre»; todos vosotros deseábais que la Academia le dedicara un recuerdo. Su figura aparece dibujada con vigorosos rasgos psicológicos, quizás cronológicamente retrasados en relación con su tiempo, pues estamos ante un espíritu romántico por su vida y por sus obras, que vivió para el amor y para la poesía y que supo cantar

en cientos y cientos de estrofas geniales, sus pasiones y su vida interior, reflejándolas con la fidelidad de un espejo. Dado el número de correspondencia que conservamos, sus memorias y sus obras, pudiera hacerse con tan completos materiales, un interesantísimo trabajo psicológico de su personalidad a la manera de los de Marañón, creador maravilloso en España de esta clase de estudios.

SU NACIMIENTO

Yo soy de la hermosa tierra / que más se parece al cielo, / de Córdoba en cuyo suelo, / un paraíso se encierra, / la ciudad que vió en su sierra / blancas ermitas lucir, / la que hizo a Dios bendecir / el mejor templo del moro, / la del Arcángel de Oro / que copia el Guadalquivir.

En estas guajiras que han sido moduladas por tantas gargantas de España y de América, nos ha dicho el poeta donde nació. En nuestra Córdoba amada. En el archivo de la derruida iglesia de San Nicolás de la Ajerquía, que estuvo en la Ribera, se conserva su partida de nacimiento. Nació el 16 de Octubre de 1851, y por una de esas raras coincidencias, hoy que le dedicamos este homenaje, es el Aniversario de su nacimiento acaecido hace 92 años.

La vieja casa cordobesa del núm. 12 de la calle de la Candelaria, con sus nidos de golondrinas en las galerías de columnas y arcos de su patio, fué el lugar donde vino a este valle de risas y de lágrimas, de goces y dolores. Su primer amor, según nos decía, lo tuvo en la casa frontera y contigua al Arco del Portillo, entonces barrio distinguido y el último en la Plaza de San Juan. Como veis, cordobés de pura cepa. Nosotros afirmamos, sin temor a que el afecto nos ciegue, que después de Juan de Mena, el poeta que perfecciona el naciente idioma castellano, que después de Góngora que lo enriquece con su culteranismo, del Duque de Rivas que aporta el sentimiento romántico y el sabor de viejo romancero, Belmonte y Müller es la figura preeminente de las letras cordobesas.

Su vida está autobiografiada en su libro «Entre la Nochebuena y el Carnaval», donde cuenta sus amores, sus andanzas de poeta, sus ambiciones y desengaños. Escrito al final de su edad madura, tiene el dejo de melancolía de toda obra en que se evoca el pasado y algo así como el perfume de la flor marchita olvidada entre las páginas de un libro.

SU AMBIENTE FAMILIAR

Allí por los años fernandinos de 1827, vino a Sevilla a establecerse en negocios de comercio y banca, Don Carlos Müller, natural de Londres y nacionalizado en Francia, donde había pertenecido con una alta graduación al ejército de Napoleón Bonaparte, y del que se



El poeta Belmonte y Müller en su juventud. (Dibujo al carbón por Don Rafael García Guijo, tomado de fotografía original).

había separado el año 14, cuando su caída, saliendo de Francia apesar de que Luis XVIII le requirió para que continuara en el cuerpo y le nombra Caballero de la Flor de Lis y Jefe de la Guardia Nacional del Sena Inferior. Viene a Sevilla casado con Doña María Stone y trayendo dos hijas, Elisa, nacida en Ruen (Francia) y Ana, en París donde años después se casa con el Vizconde de Brenier de Montmorran. Elisa, casa en Sevilla en 1843 con D. Manuel Segundo Belmonte

y Camacho, de la familia de los Belmontes cordobeses que allí había pasado unos años estudiando la carrera de Derecho. A poco el nuevo matrimonio se traslada a Córdoba, estableciendo su hogar en la casa de la calle de la Candelaria a que nos referimos anteriormente.

Aquella casa se abre entonces a la sociedad cordobesa. Todavía duraba en Francia la moda de los salones que hicieron célebres, los de Madame Recamier, Stäel y Chateau briand, y sabido es que las costumbres francesas han acabado siempre por imitarse en nuestro país. Doña Elisa Müller de Belmonte, la francesa, como la llamaban en Córdoba, se había educado en Sevilla entre la alta sociedad, había frecuentado los salones del Duque del Arco Hermoso, segundo esposo de la novelista Fernan Caballero, había tenido el honor de ser recibida en San Telmo por los Montpensier, y no quería prescindir en Córdoba de una vida de sociedad.

A las tertulias y veladas de la casa de la calle de la Candelaria, concurría cuanto en Córdoba representaba algo en las artes y en las letras, Don Francisco de Borja Pavón, los hermanos Valdelomar, los García Lovera, Romero Barros, Grilo que allí empezó a darse a conocer, y allí se hacía teatro, llegando hasta darse 29 representaciones en el año de 1867, según notas en mi poder, con indicación de obras y repartos.

Doña Elisa Müller de Belmonte, era una consumada pianista que alcanzó el alto honor, cuando la visita de Liza a Córdoba, de acompañarle al piano, y en su casa se cantaba ópera, entonces tan de moda y Rossini, Bellini y Donizetti, eran interpretados por el matrimonio Belmonte, hasta el punto, que el Liceo Artístico y Literario del cual procede el Círculo de la Amistad, les nombró Socios de Mérito.

¡Cuántas monteras de papel hicimos en nuestra ya lejana infancia, con aquellas partituras de ópera ya arrumbadas en el cuarto de los muebles viejos!

Conserva todavía mi memoria como las veladas tintas de un daguerretipo su imagen de anciana octogenaria, que una tarde se encerró en la sala estrado de calados entredoses de caoba y tapicería de rojo damasco, a tocar el piano, mientras yo sentado en la alfombra jugaba con unos bibelot que me había alcanzado. Nunca perdió esa pasión por la música, y ya anciana, no quería que la viesen al piano, y sigo en estas notas el artículo necrológico que Don Francisco de Borja Pavón dedicó el 2 de Marzo de 1893 en el «Diario de Córdoba», a Don Manuel Segundo Belmonte, que ocupó en este Ayuntamiento repetidas veces los cargos de Regidor, Síndico, teniente de Alcalde y

Alcalde interino, y a partir del año 72 y casi hasta su muerte, el de Juez Municipal.

En aquella casa de la calle Candelaria se recibía siempre correspondencia del extranjero, periódicos franceses e ingleses, y sobre todo largas cartas de la hermana Ana, la Vizcondesa de Brenier, que desde varios sitios de Europa y de Asia contaba interesantes pormenores de aquellos lejanos países, a los que su marido llevaba la representación consular de Francia y muchas de las cuales han llegado a mi poder. En este ambiente de arte y de cultura que le ofrecía su hogar, raro en aquellos tiempos en poblaciones pequeñas como Córdoba y de vida casi exclusivamente agrícola, creció y se formó el poeta Guillermo Belmonte y Müller, único que sobrevivió a varios varones que tuvo el matrimonio. Su madre le enseñaba francés e inglés y música, cursó el bachillerato en el recién creado Instituto, y pintura con Romero Barros, y desde entonces viene esa entrañable amistad que tuvo siempre con la familia Romero de Torres, a quien Córdoba debe una gratitud eterna por los tenaces trabajos de Enrique para la creación del Museo, uno de los mejores de provincias, amistad y admiración que siempre hizo patente en sus magistrales sonetos a Romero Barros, a D.^a Rosario, a Rafael y a Julio.

SU VIDA DE POETA

Guillermito, como le llamaban familiarmente, terminó el bachillerato y le inclinaron por la carrera de Derecho, y entonces sus padres pensaron trasladarse a Madrid para acompañarlo durante sus estudios; pero la situación política era amenazadora y era preciso esperar. Surgió la revolución del 68 y él nos contaba los terrores de Córdoba la noche anterior a la batalla de Alcolea. Si vencía Novaleses la población, sería saqueada sin piedad. Su padre había partido para Alcolea acompañando al Duque de Hornachuelos que a su vez iba con el Estado Mayor del Duque de la Torre. Triunfó la democracia y el Guadalquivir arrastró en su corriente, con la sangre de aquella lucha fratricida, el cadáver de la reacción, como dice en su libro «Entre la Nochebuena y el Carnaval».

Pasados estos acontecimientos políticos, la familia se trasladó a Madrid y en el mismo día de su partida apareció en el Diario unas sentidas estrofas tituladas «Adios a Córdoba». Sus padres que ignoraban que Guillermito hiciese versos, quedaron sorprendidos. El poeta comenzaba a pulsar la lira que ya no dejó hasta el mismo momento de su muerte. Ingresó en la Universidad, pero como sus

gustos e inclinaciones le alejaban de la ciencia del Derecho, abandonaba estas cátedras por las de Castelar, Salmerón y otros maestros de doctrinas más literarias.

En aquel entonces Federico de Madrazo continuaba en Madrid la serie de sus magníficos retratos comenzada en plena época romántica, todavía la juventud respondía a los últimos ecos del romanticismo, aunque el pistoletazo de Larra sonara ya lejano y Zorrilla lo refrescase con sus estrofas:

Ese vago clamor que rasga el viento
es la voz funeral de una campana,
vano remedo del postrer lamento
de un cadáver sombrío y macilento
que en sucio polvo dormirá mañana.

.

Y los jóvenes todavía se enamoraban de la mano de nieve que había pulsado aquella arpa del salón en el ángulo oscuro, silenciosa y cubierta de polvo y de la mujer de piedra que ese mismo Becquer dibujaba a la indecisa luz de los pintados vidrios de una nave gótica. Era la época en que se representaba el Trovador, de García Gutiérrez y la juventud leía con avidez, El poema de los besos, de Aroles, y las leyendas de Zorrilla, y los arqueólogos comenzaban a estudiar nuestras catedrales románicas y góticas, al par que Villamil era admirado en sus paisajes de claros de luna y triunfaban Fortuny y Rosales.

De ese primer período de su vida es el carbón aquí expuesto, debido a la mano de nuestro compañero D. Rafael García Guijo, este artista cordobés, inimitable en el retrato, a quien también le gusta vivir ignorado y que ha tenido la amabilidad de copiar de una antigua fotografía. Esos rasgos vigorosos reflejan la fortaleza de espíritu, esa cabeza soñadora denota al artista cuyo cerebro exalta un mundo de ensueños y visiones.

Por aquellos años, fué fusilado en Cuba el poeta Zenea, el más grande cantor de aquella isla y la juventud literaria de Madrid (que se interesó por su indulto) le dedicó versos y artículos. Belmonte y Müller escribió una poesía que le valió ser detenido algunas horas. Es una de las menos conocidas. He aquí algunos fragmentos.

Es una composición del estilo altisonante de aquella época y fué muy celebrada en aquel entonces.

A LA MUERTE DE ZENEA

(FRAGMENTO)

¡Maldición!.. ¡Maldición!... sobre esa tierra
que flota en mitad del Oceano,
donde en horrible y despiadada guerra
luchando están hermano contra hermano;

Sobre esa tierra hermosa, inimitable,
para trono de Dios aquí escojida,
como bandido, abyecto y miserable
acaba un genio de exhalar su vida.

No ha muerto el hombre cuya audacia tanta
estremece de horror el firmamento
y deja el suelo en que fijó su planta
salpicado de crímenes sin cuento.

Ha muerto el hombre de preclara historia
que ostentó cual diadema refulgente,
escrito el lema *libertad y gloria*
con espléndidos rayos en su frente.

El hombre que brillaba sin segundo
de laureles magníficos cubierto;
el sublime cantor del nuevo mundo,
el genio americano, es el que ha muerto!

Ya comenzaba a clarear el día
y él marchaba tranquilo, lentamente,
con esa majestad y sangre fría
del que espera morir y es inocente.

Aquel cielo, aquel campo, aquellas flores
donde voló su inspiración inquieta,
ostentaban más bellos sus colores
al ver pasar a su inmortal poeta.

Y va siguiendo sin rencor, ni saña,
y llega al borde del oscuro foso
de la desierta y lóbrega cabaña,
abismo de aquel crimen espantoso.

Murmuró una plegaria cariñosa
y dejó, en su memoria siempre fijos,
un acento de paz para su esposa
y un suspiro de amor para sus hijos.

El cielo negras nubes va enlutando;

todo parece lúgubre y desierto:

—¡Ha muerto!— van las brisas suspirando
y las olas del mar dicen —¡Ha muerto!

Sobre el rudo vaiven de las pasiones
y la bárbara fuerza incontrastable,
quedará sobre pueblos y naciones
la justicia velando inexorable.

Doquier la voz de libertad se escucha,
y antes que sentir duras cadenas
¡darán los pueblos en sangrienta lucha
hasta la última gota de sus venas!

Pasó el antiguo despotismo inmundo;
huyó la esclavitud de odioso nombre;
Dios se hizo mártir por salvar el mundo,
y al morir exclamó: —¡Libre es el hombre!

Como veis, ni Quintana ha dicho más, ni mejor. En Madrid, presencié los acontecimientos políticos de aquella época, el asesinato de Prim, la entrada del Rey Amadeo, la primera República y su disolución por el ejército de Pavía, la proclamación de Alfonso XII por Martínez Campos, y de esa época son sus Odas Alarico en Roma, A Isabel la Católica, A Rosales, que le valió en un Certamen un premio de seis onzas de oro, cantidad extraordinaria en aquella época, y la dedicada a Cervantes de la cual voy a leer unos fragmentos.

Fragmento:

A CERVANTES

POESÍA PREMIADA EN EL CERTAMEN LITERARIO DE EL BUSCAPIÉ

Desde mi infancia te admiré: anhelante
mi crédula y fogosa fantasía
volaba en pos del CABALLERO ANDANTE
que del fiel escudero en compañía,
llevado por su enjuto ROCINANTE,
sus fantásticos sueños perseguía.
En lo interior de la encantada VENTA
penetraba con él: le iba siguiendo
en combates y encuentros y aventuras
siempre el alma sedienta
de fatigas y gloria, y siempre viendo
disiparse el tropel de sus locuras,
cual polvo que se aventa.

Al verte enfermo y pobre /
lanzarte osado en el feroz combate
para que el alma su vigor recobre;
luchar fiero y altivo
con el hado cruel que no te abate;
dar tu sangre en Lepanto;
ser en Argel cautivo,
y olvidado en tu patria morir luego;
y al recorrer de tu inmortal MANCHEGO
las páginas risueñas, se divisa
con penoso quebranto
que tras aquella inimitable risa
está corriendo un manantial de llanto.

¿Quién no viajó encantado
por el bello país de las quimeras;
dió realidad a mágicas visiones,
luchó desesperado
con vanas sombras que ahuyentó ligeras;
forjó castillos sin ningún cimiento,
y convertirse vió sus ilusiones
en MOLINOS DE VIENTO?
A tí, que entre miserias has escrito
tu obra gigante, en el idioma hermoso
en que el hombre dichoso
habla mejor a Dios y al Infinito;
en el cual expresé con alegría
mi primer pensamiento,
recé, amé, suspiré, canté algún día
la ilusión que dá aliento
y el padecer que oprime;
a tí que eres, en fin, eterno encanto
del que te evoca, y creador sublime
del magnífico idioma en que te canto.



Terminada su carrera de Derecho, quiso marchar al Nuevo-Mundo. La prosa de Chateaubriand cantando aquellas selvas vírgenes, donde su madre le había enseñado el francés, le incitaba como una obsesión y aprovechando la coyuntura de que en Puerto Rico desempeñaba el cargo de Intendente de Hacienda de aquellas islas su tío D. Mariano Belmonte y de que el Ministro de Ultramar era su

amigo el trovador catalán Víctor Balaguer, consiguió una credencial de aquellas nominales que se daban entonces como se dan en todos los tiempos. En Santander se despidió con esta filigrana poética que vais a oír de labios de nuestra compañera Srta. María Teresa García Moreno, que ha sido tan amable que amenizará este acto con sus admirables recitados.

DESVARÍOS

La brisa del *Sardinero*
deja a través del sendero
donde el pinar más descuella,
un gemido lastimero:

¿será de ella?

En la playa rumorosa
viene a romperse espumosa
la onda más límpida y bella,
con una voz armoniosa:

¿será de ella?

Bajo un árbol arrogante,
deteniéndome un instante,
descubro la débil huella
de un pie breve y elegante:

¿será de ella?

Una rama en él se agita
y en mi frente deposita
clara gota que destella
como lágrima bendita:

¿será de ella?

Después, al salir temprano
del puerto hacia el océano
que me señala mi estrella,
escucho un adiós lejano:

¿será de ella?

Y desde el buque, mi anhelo
vé allí tender blanco velo
la bruma que se atropella,
cual si ondeara un pañuelo:

¿será de ella?

Y desembarcó en San Juan de Puerto Rico, en aquella isla que dicen que es uno de los lugares más amenos de la tierra. Puerto Rico, puerto hermoso / que ví al clarear el día, / como un edén que surgía / del seno del mar undoso, / nos dijo en sus guajiras, y en aquellas tierras pasó los años más hermosos de su vida porque su estro luminoso, se exaltó con aquellas suaves brisas que mueven las palmeras y los cocoteros y con la voluptuosa languidez de aquellas mujeres que amó tanto.

En su ya citado libro «Entre la Nochebuena y el Carnaval», nos describe con pluma maestra su vida en aquellas paradisiacas islas donde obtuvo tantos triunfos y gozó de una envidiable gloria literaria y a quienes dijo al partir para la Península: Tanto os quisiera decir, que mi corazón se abruma, / más aunque Dios me consuma, / diré con mi pobre aliento / que Él, que me dió el pensamiento, / no dá frases a mi pluma.

Vamos a leer primero la poesía en que describe aquel episodio tan tropical de aquella novia que le enviaba todas las mañanas su negrita con una carta y una rosa grana, que sigilosamente dejaba sobre la almohada de su lecho para que tuviese un delicioso despertar y después la Srta. García Moreno nos va a leer, la titulada «Tu rizo», delicada y sentida composición, que tiene sus antecedentes en esos otros amores que nos cuenta en el ya citado libro con aquella Margarita Gautier, víctima también de ese terrible mal de la juventud:

TU ROSA GRANA

De entre todas las flores
que coge del jardín tu mano bella,
y me entra con la carta que me envías
tu negrita gentil todos los días,
como un mensaje fiel de tus amores,
ninguna tan espléndida y lozana
como la rosa aquella
de olor de cielo y de matiz de grana.
Yo la llevé a mis labios muchas veces
con alegría loca,
como junto en las horas de embriagueces
mi boca con tu boca.
Por más que la besé con insistencia
no se colmó mi anhelo;
al aspirar la esencia

de sus hojas de suave terciopelo,
me figuré en la dulce soñolencia
con que tendido en voluptuosa calma
me encontraba en el lecho,
que el aliento aspiraba de tu pecho
y bebía la esencia de tu alma.
Hoy miro que esa flor sus hojas pliega
y mustia se consume;
mas conserva algún resto del perfume
que al corazón enamorado llega.
También nosotros alma mía,
tenemos que morir un día
como esa flor; pero será imposible
que en nosotros sucumba
este amor invencible,
esta pasión que es hoy nuestra alegría
y de la muerte escapará invisible.
¡Vivirál De tu tumba y de mi tumba
sobre la losa yerta
nuestro cariño quedará vagando,
como aún está a mi pecho perfumando
el suave aroma de tu rosa muerta.

TU RIZO

Con qué vivo placer y amargo duelo
hoy siento renovarse tus hechizos
al recibir cortado de tu pelo,
el más negro y airoso de tus rizos.

Llega atado por tí con lazo verde
y al cogerlo entre mudos embelesos,
hago que tus caricias me recuerde
cubriéndole de lágrimas y besos.

El evoca en mi mente conmovida
la mata de tu fértil cabellera
por tu espalda de nácares tendida
cual follaje de obscura enredadera.

Y en él parece que tu voz me nombra,
y oigo del aura los suspiros lentos
cuando agita ese bosque a cuya sombra
siempre van a dormir mis pensamientos.

¡Oh, pobre rizo que tu amor me entregal
Tan perfumado en épocas felices
hoy a mis manos sudoroso llega
por la fiebre marchitas las raíces.

Quizá jugando con sutil donaire
en tu alba frente que el pesar sombrea
sirvió de flor para lanzarse al aire
la mariposa de una blanca idea.
Acaso de algún sueño sin sentido
muerto al nacer en tu cabeza hermosa,
ese rizo deshecho y esparcido
fué el triste sauce que cubrió su fosa.

Por eso al recibirlo en este día
como recuerdo de quien amo tanto,
no sé hacer otra cosa, vida mía,
que cubrirlo de besos y de llanto.

Años después Belmonte y Müller volvió a España, a Madrid, donde frecuentó la casa de Campoamor, trató a Núñez de Arce, figurando en las Redacciones de varios periódicos sobre todo en la de la «Ilustración Española y Americana». En el año 93, recibió el telegrama fatal. Ese telegrama que todos los hijos cuando están lejos del hogar y sus padres son ancianos, tanto temen. Su padre había muerto. Su familia hacía bastantes años que residía ya en Córdoba, en la calle de Rey Heredia, de donde salió el poeta para ese valle virgiliano de las sombras del que no se vuelve jamás. Entonces decidió quedarse en esta población al lado de su anciana madre.

Durante los años del 93 hasta el 7 de Mayo del 29 en que murió, no dejó de hacer viajes a París, a Londres, a casi toda España, a Portugal, a Italia que recorrió varias veces, a Canarias y en todas partes recogía impresiones que llevaba después a inspirados versos. De las composiciones a las ciudades y monumentos de Italia, se puede hacer un voluminoso libro, de París y Avila otro, de Canarias lo publicó en 1901 siendo el canto al Teide, a ese pico emergido de la misteriosa Atlántida, la más hermosa de las poesías de ese tomo.

Vais a oír la poesía titulada «Las Ondinas», en que se describen esos seres del mundo de la fantasía que de noche surgen de los lagos, en estrofas de una belleza musical extraordinaria, teniendo toda la composición esa vaguedad, condición precisa de toda obra en verso, para sumir al oyente en una atmósfera espiritual de nieblas poéticas. Yo diría que esta poesía es una sinfonía poética de los lagos y la noche:

LAS ONDINAS

La noche vela. El cielo se retrata
en el cristal de límpida laguna
y se desliza con sus pies de plata
por la bóveda azul la blanca luna.

Parece una beldad pálida y triste
que sumida en deliquios soñadores,
de un fantástico velo se reviste
para echarse a dormir sobre las flores.

Diáfana nube en el sereno espacio
se mece al soplo del nocturno ambiente
y coloca en sus sienes de topacio
un cendal vaporoso y trasparente.

¡Oh diosa virginal! Tu faz destella
entre el encaje de la nube pura,
revelando que nunca fué tan bella
como a través de un velo la hermosura.

El bosque, en tanto, al resplandor dudoso
que la luna derrama entre el celaje,
se sumerge en un lánguido reposo
y el céfiro se duerme en el follaje.

Al compás de una muda sinfonía
se puebla nuestra mente de visiones,
y en la apacible claridad sombría
toman forma y color las ilusiones.

Murmura el lago con rumor sereno,
y se escucha una música ondulante
como el suspiro que agitando el seno
nos manda desde lejos una amante.

Son las ondinas que se van alzando
del lago azul en suave movimiento,
enlazadas las manos y cantando
al son del agua y al rumor del viento.

Sueltas atrás las cabelleras blondas
juegan y danzan ágiles y bellas,
y trazan al pasar sobre las ondas
sus nacarados pies, surcos de estrellas.

Ya flotan en las márgenes del lago
como cisnes envueltos en las brumas,

ya se columpian por el aire vago
como palomas de rizadas plumas.

Ya tejen en sus danzas cadenciosas
guirnaldas que deshojan desceñidas,
ya brillan como blancas mariposas
en las plantas acuáticas mecidas.

Y el agua al ver su dulce desvarío
y de sus cuerpos el gentil donaire,
salpicado de perlas y rocío
les teje un velo de vapor y aire.

Los silfos matinales con un beso
despiertan a las flores encantadas,
y las ondinas llenan de embeleso
las claras noches al dolor robadas.

Ellas ciñen de rosas al poeta
que recibe sus plácidos arrullos,
hasta que el sol sobre su frente inquieta
deshoja sus mas vívidos capullos.

¡Vaciadnos, pues, cuando la luna brilla,
la frágil copa del placer risueño,
y del viviente mar junto a la orilla
que algo inmortal nos embellezca el sueño!

.

Mas la aurora entre nubes purpurinas
vertiendo perlas por el cielo avanza
y el abismo sepulta las ondinas,
como traga la tumba la esperanza.

Las obras que dejó publicadas, a más de las ya dichas, son «*Acordes y Disonancias*», *Guajiras, cantares y pensamientos*, y póstumas tiene dos tomos de poesías, uno titulado «*Obeliscos y fosas*», y otro «*Espuma y cieno*», y dos más que pueden formarse de las que no dejó coleccionadas. De traducciones se imprimieron «*Las noches y Poemas*», de Musset y las prosas de «*Lais de Corinto*», de Dorby, Goya de Matharón y cuentos de Gautier, quedando por darse a la imprenta unos tomos de poetas franceses desde Andrés Chenier, parnasianos y simbolistas, pasando por Hugo y Lamartine. Las odas de Horacio y sonetos de Miguel Angel, comprenden otros dos tomos y del más grande poeta polaco Miekiewicz, otro, que juntos vertimos del francés y que él después puso en verso.

En los últimos días de su vida, cuando estaba con el pié en el estribo y con las ansias de la muerte, como decía el Príncipe de los

Ingenios Españoles, pidió papel y lápiz y como últimas gotas de un manantial que cesa de correr, siempre límpidas y transparentes, fueron cayendo de su numen los versos de tres sonetos que tienen toda la frescura y serenidad de sus mejores producciones. Oídlos. Poeta había nacido y poeta murió y solo diremos como comentario a la emoción que despiertan estos sonetos, que en ellos acaba el hombre y comienza Dios:

Llega Señor, el plazo de la Muerte:
sin pena dejo la gravosa carga
de mi triste existencia y sólo embarga
mi ser el ansia de llegar a verte.

Velé tu faz divina al ofenderte
bebiendo del placer la copa amarga
y de mi vida esteril, aunque larga
voy, a su último rayo, a conocerte.

Haz que el alma hacia tí, radiante y pura
suba al salir de su prisión oscura
y mire el sol con que el cautivo sueña,

Grandes fueron mis culpas y extravío
grande mi ultraje a la cristiana enseña,
pero es más grande tu piedad Dios mio.

Mayo 1929.

Tú que al beber de tu pasión las hieles
diste tu sangre redentora al mundo,
toma cuanto te ofrece un moribundo
esperando de ti que le consueles.

Ay! Recibe mis idolos infieles,
mis lentas horas de dolor profundo,
mis pasiones, mis goces de un segundo,
mi laúd y mis pálidos laureles.

No guardo ya de mi falaz tesoro
más que la fé, cual lámpara de oro,
y a su luz que en la Muerte se reanima,

¡Oh padre mio y salvador!, te pido
que de tu cuerpo sacrosanto herido
una gota de sangre me redima.

Mayo 1929.

Ya te siento venir: dame la mano;
pues tu presencia mi ánimo no abate,
ni temo que en mis ojos se retrate
el miedo en frente del terrible arcano,

Sería el resistirte esfuerzo vano;
mi débil corazón apenas late
y caigo de la vida en el combate
envuelto en mi bandera de cristiano;

Adios seres que unís los corazones
de mi lecho alrededor, cuando no llego
siquiera a distinguir vuestras facciones.

¡A Dios! y al cielo me encomiendo ahora;
a tí ¡oh Jesús! a quien el alma entrego
y a tí ¡oh Virgen! mi dulce intercesora.

Mayo 1929.

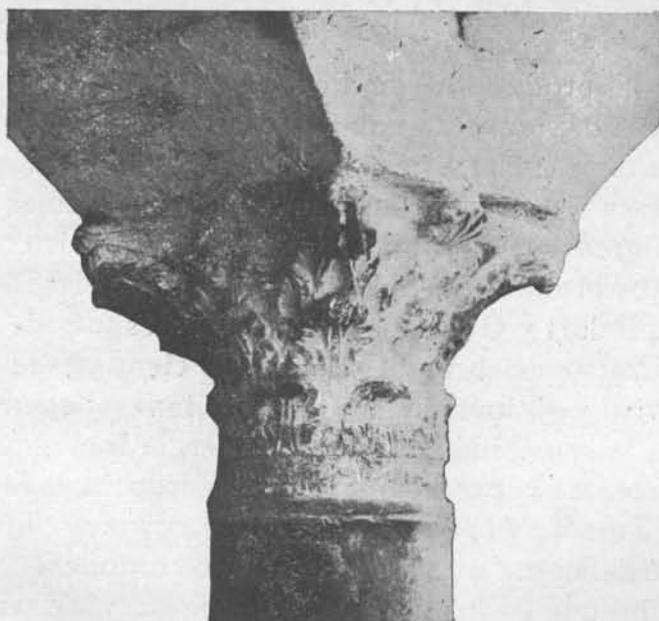
De toda la producción de Belmonte y Müller, su mejor obra «Espuma y cieno», no se ha publicado y el día que vea luz será un acontecimiento en las letras españolas aunque aparezca fuera ya de los gustos de su tiempo, puesto que Belmonte y Müller es un poeta anterior a la gran y genial innovación que en la lírica castellana han introducido los grandes poetas americanos. Sucederá lo que sucedió con Becquer, Balart y Gabriel y Galán, que después de su muerte fué cuando alcanzaron celebridad. «Espuma y cieno» es la obra pasional de su edad viril y algunas de sus producciones tienen la amargura de un Byron, la sensibilidad de un Becquer, la frase lapidaria de un Núñez de Arce, las imprecaciones de un Carduchi, la facilidad espontánea de un Zorrilla y todas están pulidas como un artístico marfil. Yo diría que Belmonte y Müller es el ático cordobés.

Se ha dicho que en los últimos años de su vida, vivió aislado y retraído. Veía triunfar a su alrededor nombres de un mérito ocasional. Su actitud fué el orgullo digno y consciente de su propio valer. Yo cumplo con un deber filial al presentar ante esta Academia la obra de un hombre a quien debo lo poco que soy, y sobre todo, el gusto por la poesía y el arte, sin el cual la vida carece de su goce más puro.

Damos las gracias en nombre de la Academia a la Srta. García Moreno y a D. Rafael García Guijo, por su cooperación a este acto de inauguración del curso, y ahora suplico un momento más. En la

región reservada a los inmortales, a esos artistas que han sabido sentir y han sabido expresar lo que sienten, en esos espacios etéreos, vagarán los manes del poeta acompañados de las Gracias y las Musas. En este instante, ¿no sentimos todos un hálito en esta sala? Vienen a agradecernos este recuerdo y ya que evocamos el mundo clásico, fuente eterna de poesía, os diré como se decía entonces: Que las Gracias y las Musas derramen sobre nuestros lares de artistas, señores académicos, la inspiración para nuestras creaciones y la felicidad de que gozan los dioses.

16 Octubre 1943.



Pintura Religiosa Contemporánea en España

El 20 de Mayo de 1905 leyó su discurso de ingreso en nuestra Academia D. Enrique Romero de Torres, cuyo destacado interés nos mueve a darlo hoy a luz, así como la contestación que al mismo dió D. Rafael Ramírez de Arellano.

Señores: Poseído de la mayor gratitud por el honroso cargo que he debido a vuestra benevolencia, vengo a manifestaros mi agradecimiento y a cumplir los preceptos que marca esta ilustre Academia de brillante historia para las ciencias, las artes y las letras cordobesas.

Grande es mi emoción en este solemne acto al verme elevado a un puesto superior a mis escasos méritos y al no poder expresarme con facilidad y elegancia, yo que estoy más avezado a manejar los pinceles que la pluma.

Pero la satisfacción que experimento por hallarme entre vosotros, bien pronto se nubla entre sombras de tristeza, al contemplar conmovido y con intenso dolor este sitio vacío que hoy por desgracia tengo la honra de ocupar.

Bien triste es para mí, señores, y es fatal coincidencia penetrar en este docto Centro que me abre sus puertas, evocando con mi humilde presencia dolorosos recuerdos al tomar posesión de la vacante de Académico de número que dejó al morir, hace ya años, nuestro querido y antiguo compañero el infatigable arqueólogo, el apasionado artista, el entusiasta defensor de los monumentos históricos de Córdoba, mi inolvidable padre D. Rafael Romero y Barros.

Fundador de la suprimida Escuela de Bellas Artes en época de gran atraso para el arte cordobés, dedicóse con grandes entusiasmos a defender la enseñanza del mismo, y bien pronto dejáronse sentir en esta capital los benéficos influjos de este importantísimo centro.

La nueva sabiduría llevó gérmenes de vida y sanos derroteros a las rutinarias artes industriales, y a la sombra de este establecimiento de cultura popular se formaron artífices y obreros distinguidos, y más tarde profesores y artistas notabilísimos que, con sus obras, dieron nombre a su patria y en certámenes nacionales orlaron sobre sus sienas los laureles de la gloria.

Cultivador y amante de la ciencia arqueológica, hizo profundas investigaciones y dió a conocer muchos documentos desconocidos; salvó otros de la ignorancia y de la barbarie y llegó a formar, a fuerza de constancia y patriotismo, el notable Museo Arqueológico que, según frase de un ilustre académico y escritor, (1) debiera llamarse «Museo Romero Barros».

(1) El Marqués de la Fuensanta del Valle.

Todos conocísteis sus privilegiadas dotes y virtudes—que no soy llamado a enumerar—y su acendrado amor a las tareas de esta ilustrada Corporación, a la cual prestó su laboriosidad y contribuyó con sus trabajos literarios a darle vida y esplendor.

Todos recordareis el espontáneo homenaje que esta noble ciudad, agradecida a sus servicios, le tributó a su muerte, ya las corporaciones oficiales, como la Diputación y el Ayuntamiento, ya la prensa local, ya las sociedades literarias, ya brillantes escritores en sentidos artículos necrológicos, como el que dió a luz su cariñoso amigo el sabio literato y digno presidente que fué de esta Academia Don Francisco de B. Pavón. Todos vosotros, en fin, al concederme en esta ocasión el inmerecido honor de ocupar su puesto, tan querido para mí, dais una prueba elocuente de vuestro cariño, unido en estrechos vínculos a su buena memoria.

Exaltada mi mente en estos críticos instantes por millones de ideas de gratitud y dolor que mi temblorosa pluma no acierta a expresar, y oprimido mi pecho por angustia cruel, sólo puedo deciros, profundamente emocionado, que procuraré corresponder cual se merecen, a vuestros favores, acrecentando mi estudio en pró de las Bellas Artes y al ocupar este cargo honorífico, sabré sostenerlo, si no con el brillo y suficiencia con que mi querido e inolvidable antecesor, al menos con dignidad y estímulo. ¡Cuán sagrada emulación es para un hijo el buen nombre que al morir dejó su padre!

Voy, pues, a comenzar, señores, mi modesto trabajo, no sin contar antes con vuestra reconocida indulgencia, al oír mis mal expresadas opiniones acerca de un tema de grandísima importancia en los anales de las artes cual es «La pintura religiosa contemporánea en España».

El arte vémosle siempre desenvolverse unido en fraternales lazos a la religión y a las ideas filosóficas que profesa cada época y cada pueblo y ofrecernos por medio de sus varias manifestaciones el reflejo fiel del carácter, originalidad y costumbres de las sociedades en que vive y se desarrolla.

Así es que cuando el Cristianismo, perseguido de muerte en Roma, se vé obligado a refugiarse en el sagrado y misterioso asilo de las Catacumbas, donde permanece oculto por espacio de más de tres siglos, más que para salvar la vida de sus adeptos, siempre propicia al martirio, para poder entregarse con libertad a sus sagradas ceremonias, como necesita forzosamente del misterio, recurre a símbolos paganos para expresar los pensamientos de su acendrada fé.

Por estas causas, desde las primeras alboradas de su historia nace el arte cristiano mezclado y confundido con el pagano, el cual se aparta por completo cuando aquél, lleno de unción evangélica, quiere representar las imágenes de Dios o de la Virgen, y crea tipos iconísticos en los que se refleja su peculiar misticismo; pero como las influencias externas del medio en que se desenvuelve el mismo arte cristiano no puede sustraerse a ellas, al salir de la tierra y poder ostentarse libre y triunfante, se asimila el ambiente pagano que le rodea, y procura unir a su ideal cristiano las formas de la antigua escuela clásica.

Los artistas adquieren al crear sus concepciones más aptitud y desarrollo,

y lentamente abandonan el estrecho círculo de la pintura simbólica para entrar en nuevos y dilatados rumbos. No obstante, llegado el momento de romper con las ideas del Paganismo y de ensanchar las del arte primitivo cristiano, entáblase empeñada lucha durante los primeros tiempos de la edad media, avanzando éste con vacilante paso, influído por el antiguo arte pagano, llegando la pintura más tarde, merced a Constantino, a un apogeo relativo en el siglo VI, y cuyo adelanto se detiene al estallar las encarnizadas guerras de los godos; pues si bien en el reinado de algunos de estos reyes el arte disfrutó de cierto reposo, alcanzando alguna perfección, vienen después los Lombardos, pueblo ajeno por completo a toda noción artística, y ocurren en Italia tales agitaciones, que dan por resultado abatir el vuelo de las artes y sumergirlas en un océano de tinieblas.

Verificada la natural reacción a principios del siglo XIII, y vencida la larga y lamentable época de su inopia artística, pueden apreciarse en todos los ramos del saber marcadas tendencias al progreso, que dan origen al renacimiento artístico más importante que registra la historia de la edad media europea.

La pintura, apartándose de las rutinarias prácticas a que estaba sujeta por múltiples causas, la vemos despojarse de la monotonía, dureza y simétrica rigidez con Taffi, Cimabué, Margaritone, y muy especialmente con Giotto, el humilde pastor florentino, el cual rompe las trabas que la oprimían, sacando a la figura humana de los dorados fondos bizantinos, colocándola en anchos y luminosos horizontes, dándole vida, variedad y movimiento, sin olvidar la idea religiosa, auxiliada siempre de la forma plástica.

Los numerosos discípulos de Giotto, como Tadeo Gaddi, Giottino, Simón Menusi, Juan de Melane, los Orgagua y otros sostienen y propagan por espacio de un siglo su nuevo arte, seguidos del beato Angélico, Rosselli, Lippi y Botticelli, que difunden rápidamente dentro y fuera de Italia el nuevo espíritu de la pintura, cumpliendo desde luego la misión social religiosa, dándole impulso extraordinario hasta Leonardo de Vinci, el Tiziano, Perugino, Correggio y Rafael, que la elevan a un alto grado de esplendor.

La nueva escuela que emancipada del santuario lánzase libre a copiar las antiguas tradiciones paganas, es acogida con verdadero delirio por la misma Iglesia, por sus pontífices y cardenales, con cuya aprobación, y a sus espensas, son restaurados los antiguos monumentos de Roma. La afición creciente a la ciencia arqueológica; el hallazgo de antiguas estatuas conducidas en triunfo al Capitolio, a las que dedican himnos y poesías los mismos príncipes del Cristianismo, indican claramente el señalado amor a los estudios clásicos del antiguo arte, percibiéndose de un modo evidente que mientras éste marcha hacia su perfección en busca del bello ideal de aquellas sociedades, muéstrase cada vez más naturalista en sus creaciones, hasta tal punto, que reducido por la grandeza de la línea, no guarda el equilibrio necesario entre la idea mística y la forma, sobreponiéndose ésta al sentimiento religioso que la inspira.

Y es que, enamorado de la cultura helénica y falto de la inspiración que se encuentra en la fé, todo su ideal lo subyugó copiando a los antiguos maestros, y a fuerza de asimilarse a la naturaleza, acabó por divorciar al ideal cris-

tiano, no consiguiendo otro fruto que la imitación degenerada del gran arte griego.

Pero en España las tradiciones paganas perdiéronse casi por completo durante las tinieblas de la Edad Media; las doctrinas de Cristo, profundamente arraigadas en su suelo, luchan por espacio de doce siglos, sosteniendo con heroísmo su acendrada fé; y si bien durante esta lucha incesante el arte refúgiase en los santuarios y pierde en perfecciones artísticas, apartándose del antiguo, gana en cambio originalidad y expresión, alentado siempre por la llama vivificadora del Evangelio.

Y cuando más tarde las invasoras doctrinas de Grecia y Roma déjense sentir en pleno Renacimiento, este sólo sirve para dar más belleza y perfección a las obras de arte; pero sin abandonar nunca la idea bañada en misticismo que la concibe.

A este propósito ha dicho un distinguido crítico, «arte el nuestro, vigoroso y propio, aun aceptando las enseñanzas del clasicismo, aun ofreciéndose enamorado de cuanto priva a orillas del Tiber o del Arno; aun sintiendo la restauración greco-romana, casi con la misma fuerza que pudieran sentirla Médicis y Leones, mostróse España distante de llevar las cosas hasta el extremo violento en que allí se exhibieran, y refrenándose por propio acuerdo, supo concertar la sensual manera de ser del Renacimiento romano y florentino, con las exigencias austeras de la religión católica que profesaba. Mientras en Italia asocia en nefando consorcio el realismo, no siempre decoroso del arte pagano, con la pura idealidad cristiana; mientras allí se usa enriquecer templos y claustros con los trozos que engendró el cincel politeísta y pinturas producidas por la paleta católica, buscando su inspiración en el Olimpo, el arte español, reflejando la disposición de los ánimos, siendo fiel mensajero de las esperanzas más ardientes y símbolo del común deseo, acepta la forma de la restauración greco-latina, pero refrigera su espíritu en la forma mística».

Y, en efecto, la pintura en España toma otro carácter y distintos rumbos en el siglo XVII, sobreponiendo el color y claro-oscuro a la forma que hasta aquí ha venido predominando. La poderosa influencia de la nueva escuela cede ante el naturalismo místico y el ideal cristiano, gravemente amenazado por las fanáticas secas protestantes. La evolución que la pintura efectúa en nuestra patria, no sólo procura excitar el sentimiento estético por los misterios y encantos del color, sino que retrata a maravilla el espíritu caballeresco, religioso e impresionable de aquel pueblo que, viendo en gran peligro el imperio de la fé, lucha lleno de entusiasmo contra las heréticas corrientes, trocando las máximas y teorías de la antigua escuela por un naturalismo místico, impregnado de pureza y castidad que, al crear sus concepciones, puramente humanas, las baña en el más delicado sentimiento religioso. Los grandes colosos de la pintura, Velázquez y Murillo, el pintor naturalista creador de la escuela moderna y el pintor ideal del cristianismo, al frente de una legión ilustre de pintores aparecen en el cielo espléndido del arte y colocan en su más alto grado de esplendor a la pintura española, ciñendo sobre sus sienes la fúlgida aureola que la posteridad reserva siempre a los grandes genios.

Más tarde, aquella brillante aurora del Renacimiento fué apagando lentamente su esplendorosa luz para las artes, y Coello y Carreño dan los últimos destellos al terminar en España el siglo XVII, y la pintura, guiada por malsanos derroteros, llega a una decadencia lamentable durante la siguiente centuria, no siendo suficientes los nobles propósitos de Felipe V y Fernando VI, quienes para restaurarla y devolverle su perdido apogeo traen a nuestra patria los pintores entonces más acreditados en Francia y en Italia, procurándoles grandes obras en que ejercitaran sus talentos, dándoles la dirección de la Academia de Bellas Artes, recompensándoles ampliamente y colmándoles de honores. Renato Antonio Hovasse, su hijo Miguel Ángel, pintor renombrado en Francia; don Andrés Procacini, muy reputado en Italia y discípulo de Carlos Marata; don Juan Rane, otro de los discípulos predilectos de Rigaud; Santiago Ansiconi; Conrado Giacuinto, pintor de cámara de Fernando VI y director de la Academia de Bellas Artes de San Fernando, y otros distinguidos pintores extranjeros, cuyas obras se admiran en el Real Palacio y en otros sitios de la Corte, a pesar de sus esfuerzos y sabias enseñanzas, no contienen el retroceso de la pintura española.

Gracias al fecundo reinado de Carlos III las artes adquieren dentro de su decadencia un feliz renacimiento. El célebre veneciano Juan Bautista Tiepólo, traído por este monarca para pintar algunas bóvedas de su regia morada, es muy admirado por su originalidad y colorido, llegando a tener muchos imitadores. Asimismo es llamado a España el pintor filósofo Don Antonio Rafael Mengs, que gozaba gran reputación en Italia y Francia, y a quien se debe una influencia saludable en la pintura de su tiempo. En medio de la corrupción a que había llegado el arte y de las exageraciones y extravíos que le desnaturalizaban, restaura las máximas ciertas y seguras de lo verdadero y grandioso, asimilándose todo lo bueno de las antiguas y modernas escuelas, rindiendo siempre culto a la belleza clásica y sacando aventajados discípulos como Bayeu y Maella, los cuales, en la Academia, mejoran los métodos de enseñanza y los antiguos modelos y trabajan con fé por restaurar el arte, aunque con más voluntad que éxito.

La pintura, no obstante, sigue con vacilante paso, inanimada y débil frívola, tímida y aparentemente ostentosa, como reflejo fiel de aquella sociedad de aquel gobierno, de aquella corte y de aquella monarquía, a últimos del siglo XVIII, hasta que el inmortal Goya aparece entre sus contemporáneos como uno de los más insignes maestros del Renacimiento, y con su genial paleta se anticipa a lanzar los primeros destellos de una nueva y bienhechora evolución en la pintura nacional.

Pero viene la invasión francesa y el pueblo español, que se lanza a la pelea con heroísmo, que en cada pueblo hace recordar las glorias de Numancia y de Sagunto y al fin victorioso rechaza al invasor, se deja conquistar por sus ideas. Desde esta época puede decirse que en España todo se amoldó a la francesa; nuestros literatos, nuestros artistas tenían la vista fija en París y nada les parecía mejor que los modelos allende del Pirineo.

Madrazo (don José) Ribera, Aparicio y otros distinguidos artistas, edú-

canse en París y admiran en la ciudad eterna las bellezas del nuevo renacimiento griego; mientras tanto iniciase una señalada crisis en la pintura, hasta tanto que Madrazo vuelve a España, después de haber sido arrojados los franceses y emprende la reforma de las enseñanzas; introduce grandes cambios en los estudios y saca buenos discípulos que, después de completar su carrera artística en el extranjero, vienen todos saturados de las ideas reformistas del romanticismo.

Entáblanse por largos años grandes batallas entre los artistas clásicos y románticos, entre aquellos que defendían la escuela del progreso estético y los partidarios del antiguo, como acontece de igual manera en el teatro y la poesía con el Duque de Rivas, Martínez de la Rosa, García Gutiérrez, Hartzembusch, Espronceda, Zorrilla y otros partidarios del nuevo ideal.

Al triunfo de la escuela romántica sucede una nueva y beneficiosa era para el arte, que va deshaciéndose de la influencia francesa y la pintura, tomando rasgos propios y característicos, la vemos desarrollarse progresivamente y trasladar al lienzo grandes episodios de nuestra historia nacional, como el famoso cuadro titulado «Los comuneros de Castilla», de Gisbert, que produce una explosión inmensa de alegría.

La creación, por último, de la Academia Española en Roma, templo sagrado de las artes, que tantos días de gloria dió y sigue dando a la pintura, marca de un modo elocuente el alto grado de progreso a que ha llegado esta. Por allí pasaron los grandes pintores de la última centuria, Rosales y Fortuny, cuyas obras son la admiración de toda Europa; allí han completado sus estudios legiones de ilustres artistas españoles como Pradilla, Plasencia, Domínguez, Ferrant, Muñoz Degrain, Jover, Domingo, Moreno Carbonero, Vera, Palmarioli, Alvarez, Villegas, los Madrazo, Sorolla, Sala, Meifren, Mir, Rusiñol, Zuluaga y Casas, y un sinnúmero más que han obtenido en exposiciones nacionales y extranjeras las más altas recompensas, dejando siempre en primera fila a nuestra actual escuela pictórica. De allí constantemente salen aventajadísimos jóvenes afanosos por pisar los primeros peldaños de la gloria. Allí brilla, en fin, el potente faro que derrama su refulgente luz por los extensos y escabrosos senderos del moderno arte.

Pero si es verdad que en nuestros días la pintura ocupa lugar preferente en el concierto artístico de las demás naciones, también lo es que la pintura religiosa ha desaparecido casi por completo en España, perdiendo aquel misticismo peculiar y aquel sello evangélico que respiraban todas sus obras en otras edades.

Y no es de extrañar que esto suceda si nos detenemos a observar las múltiples causas que influyen en el proceso artístico actual. Hemos dicho que el arte es el reflejo fiel de nuestra vida íntima y nuestras costumbres, inspirándose en las creencias y aspiraciones generales de la sociedad en que vive y se desarrolla. Hoy desgraciadamente vivimos en una época de general escepticismo; la fe, antes tan arraigada en nuestro pueblo, va perdiéndose lentamente. El arte hoy no recibe sus inspiraciones del sentimiento religioso como las recibiera en los tiempos de Felipe II y Felipe IV; ni de la condición altiva de aquella nobleza

que llevaba con orgullo a todas partes triunfantes las armas de Castilla, sino del movimiento social, producido por el libre examen en el mundo entero de la inteligencia. Y es que en aquellos tiempos el pincel obedecía a los impulsos del corazón y hoy lo dirige sólo el entendimiento; entonces la fe subyugaba a la ciencia, se creía, se adoraba y las convicciones eran generales, consoladoras e incontrastables. Hoy ni el espíritu del siglo, ni las circunstancias especiales de la sociedad moderna, pueden animar la sublime inspiración de Morales y Murillo, de Cano y Zurbarán.

El arte es hoy ecléctico y cosmopolita; la libertad de imprenta, al reproducir el pensamiento, el vapor, la electricidad y otros grandes descubrimientos modernos, al poner en contacto los diversos pueblos del globo, antes separados por largas distancias, han hecho desaparecer las nacionalidades antiguas que determinaban en cada región, en cada localidad su fisonomía propia, fundiéndolas en una sola. Hoy así vive y se desarrolla el arte; en todos los pueblos proclama los mismos principios, ostenta el mismo carácter y corresponde a una misma civilización.

Por otra parte, la influencia de numerosas escuelas político filosóficas que han producido grandes revoluciones de ideas, principios y doctrinas, algunas tan utópicas como la regeneración de la humanidad por medio de la destrucción, la constante ley del progreso y las marcadas tendencias del realismo que imperan en el arte, son causas suficientes para la decadencia de la pintura religiosa contemporánea.

El eminente pintor D. José Villegas dice en un párrafo de su discurso de recepción en la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando.

«Del cuadro místico, heroico o religioso, hay que decir que habiendo venido a menos, cada una de las ideas y sentimientos que lo inspiraban con la reverencia que quisieron significar, o no subsisten ya o son de tal modo insignificantes, que no puede animar a ninguna inspiración artística; para el cuadro de santidad se necesita aquella fe ciega de la cual estaba poseído su angelical beato florentino, último intérprete del verdadero espiritualismo místico. Falta al artista la base de la realidad, sea que quiera representar el heroísmo guerrero, sea que quiera conmovér con el entusiasmo místico».

Y en efecto, hemos observado las Exposiciones nacionales de pintura verificadas estos últimos años en Madrid, donde se han exhibido miles de cuadros, y no habrán llegado a una docena los de asunto religioso, y estos de tan poca importancia, salvo honrosas excepciones, que han pasado casi inadvertidos. No obstante, en el certamen del año 1891 concurrieron algunos artistas notables con obras de tal carácter, como las que llevaban por título «El día del juicio final», de Marceliano Santamaría; «Jesús manantial de amor», de José Garnelo; «Mater purísima», de Pedro Sáenz; «Los amigos de Jesús», de Fillol, y algunos más que no recomendamos; pero estos cuadros apesar de ostentar las firmas de pintores tan distinguidos, no alcanzaron el éxito que sin duda sus autores esperaban; pues el público inteligente los contempló con indiferencia y los críticos, como D. Luis Pardo, dice refiriéndose a aquellos en su obra titulada «De Arte»:

«Separándose del curso natural de la pintura, o mejor dicho, del ambiente en que hoy respira y se informa, se notó también en aquel concurso (1) la presencia de algunos cuadros de carácter religioso, así como buscando atávicos derroteros. Llevaban firmas de artistas que jamás habían cultivado ese género, y en su mayor parte ofrecían aspecto decorativo, sin que sepamos por qué razón dejaron de figurar en la sección correspondiente.

»Pero si se pretende que dentro de la generalización de las ideas modernas »puede existir aquella índole de pintura, cosa que no es dable negar en absoluto, »téngase por lo menos presente las condiciones de los artistas que pueden cul- »tivarla».

»De todas maneras, y admitiendo nobleza en el empeño de éstos para con- »tinuar las añejas glorias españolas de los Zurbarán, Carducho y otros pintores »de cogulla, tan notables por su pintura como por su fe religiosa, que la infor- »maba, resultará que aun llevando cada pintor seglar de los de ahora metido »dentro del corazón un fraile de los de entonces, su pintura, a causa de orien- »tación poco apropiada, será siempre femenina, endeble, descreída y más con- »vencional que la misma indumentaria que utilizan para vestir y ornamentar »sus excelsos o místicos protagonistas».

Y así, severamente, el señor Pardo, y con alguna más indulgencia, juzgó la crítica de aquellas obras de arte, pues carecían del antiguo ideal místico y del carácter religiosamente moderno que en la actualidad se exige a esta clase de pintura. Nosotros que tuvimos ocasión de visitar el año anterior los grandes museos y galerías de París, Londres y Bruselas, y muy recientemente los de Venecia, Roma, Florencia y Nápoles, hemos admirado algunos cuadros modernos de asuntos religiosos; y éstos, o han sido imitaciones hermosas de aquellas obras de la Edad Media, llenas de unción evangélica, que hoy denominan algunos escuela *prerrafaelista*, o están concebidos en términos tan originales y nuevos que impresionan el alma al contemplar escenas humanas trasladadas al lienzo con sorprendente realidad y no exentas al propio tiempo de cierto misticismo puro ajustado al ambiente y temperamento del siglo.

Así puede apreciarse en el cuadro del célebre pintor alemán Müller Müns- ter, inspirado en el episodio bíblico conocido por el Sermón de la montaña. «Habiendo bajado Jesús del monte, le fué siguiendo una gran muchedumbre de gentes». Así titula su obra; y en efecto, Jesús, después de haber hecho oír su palabra divina, después de haber dado los consejos más sabios y proclamado bienaventurados a los pobres de espíritu, a los que lloran, a los humildes, a los que tienen hambre y sed de justicia, a los misericordiosos, a los que padecen persecuciones por ser justos, ha derramado sobre las heridas de los desgraciados bálsamo consolador, ha abierto grandes horizontes de felicidad celestial y eterna a los que sufren con resignación esta vida transitoria. Y terminado aquel sermón admirable, baja la montaña «seguido de una gran muchedumbre de gentes». Y el notable artista alemán ha interpretado esta escena, adaptándola

(1) Exposición nacional de 1901.

a la época actual, y presenta a Jesús rodeado de un numeroso grupo de obreros de nuestros días, en cuyos rostros se refleja la impresión que en sus almas han producido las consoladoras predicaciones del orador sublime.

Algo ha pintado en España en este sentido el distinguido artista D. Vicente Cutanda, que dióse a conocer hace ya años con su hermoso cuadro «La Huelga», y desde entonces muy aficionado a trasladar al lienzo escenas de la clase obrera. Por encargo del Obispo de Segovia pintó el conocido asunto del robo con pretensión de escarnio de la Sagrada Forma, interpretándolo con gran acierto. En el fondo de histórica Sinagoga se ven varios grupos de judíos que contemplan aterrorizados el grandioso espectáculo de la Sagrada y Divina Hostia, que surge ilesa y refulgente de un brasero encendido, donde habían intentado quemarla. Y este lienzo, en que se desarrolla una escena humana sujeta a la más estricta verdad, es, sin embargo, religioso y llena el alma de fervor.

Otro cuadro ha pintado el mismo autor, que se titula «En el taller». Representa un patio de una gran fábrica de fundición donde muchos obreros trabajan fatigosos en las fraguas y en los hornos; destácase entre ellos la interesante figura de una mujer del pueblo, rodeada su cabeza de un nimbo de gloria y un hermoso niño en los brazos, que acaso se llame Jesús; lleva además una cesta con viandas para saciar más tarde el hambre, en compañía de su esposo José, que allí consume su vida trabajando. Esta emocionante escena impresiona de tal modo y hace meditar ante aquel espectáculo trascendental, que representa la angustia, el trabajo y la miseria de toda la humanidad, en medio del cual resplandece la bíblica figura de la mujer del pueblo, la María del siglo, con el Hijo en los brazos, bañada en fúlgida aureola de radiante luz.

Cuadro simbólico, conmovedor y con señaladísimo ambiente religioso moderno; quizá esté inspirado, como los anteriores, en las doctrinas socialistas del gran pensador Tolstoi.

Pero este género de pintura que podríamos llamar circunstancial, es casi desconocido en España; pues sólo el artista Cutanda, que nosotros sepamos, lo ha cultivado con fortuna en estos dos casos, los cuales únicamente a título de curiosidad hemos referido, aparte de algún que otro pintor como el sevillano Matoni, que en otro sentido han pintado asuntos místicos.

Está, pues, confirmada la decadencia de la pintura religiosa en la época actual, y mucho más si entramos a dar una ligera ojeada en el grandioso templo que la piedad cristiana ha erigido en la capital de España, y cuyos muros han sido decorados por nuestros pintores más famosos contemporáneos.

Todos los pueblos donde la ignorancia y la barbarie se hayan subyugadas por la civilización y el progreso, se esfuerzan en conservar y en crear las obras de arte, como páginas de su historia, para ofrecerlas a las edades futuras, cual testimonio de respeto al pasado y de la cultura presente, y a España, que en el concierto de la cultura artística europea hemos dicho que tiene un lugar preferente, cábele la gloria de transmitir a las sociedades venideras, en la iglesia de San Francisco el Grande, un monumento insigne, el cual les demuestra entre

las ideas disolventes que corroen a la sociedad actual, que no solo las artes se encumbraron a altura inusitada, sino que en el seno de la misma aún existía, si bien muy decadente por las causas expuestas, el ideal cristiano que inspiró a los artistas de los siglos medios.

Ir a la corte de España y no ver a San Francisco el Grande, sería lo mismo que ir a Roma y no visitar la Basílica de San Pedro, donde palpita aún el genio



Madrid.—Fachada de la iglesia de San Francisco el Grande.

de Miguel Angel; lo mismo que venir a Córdoba y no admirar nuestra célebre Mezquita, o a Sevilla y a Granada sin contemplar en la primera su hermosa Catedral y su Giralda, y en la segunda la Alhambra con sus calados muros, descollando entre alamedas y floridos cármenes, por lo que después del Museo del Prado, el más rico del mundo porque encierra en su conjunto más riquezas de los maestros de todas las Escuelas, los amantes del arte, ya sean extranjeros

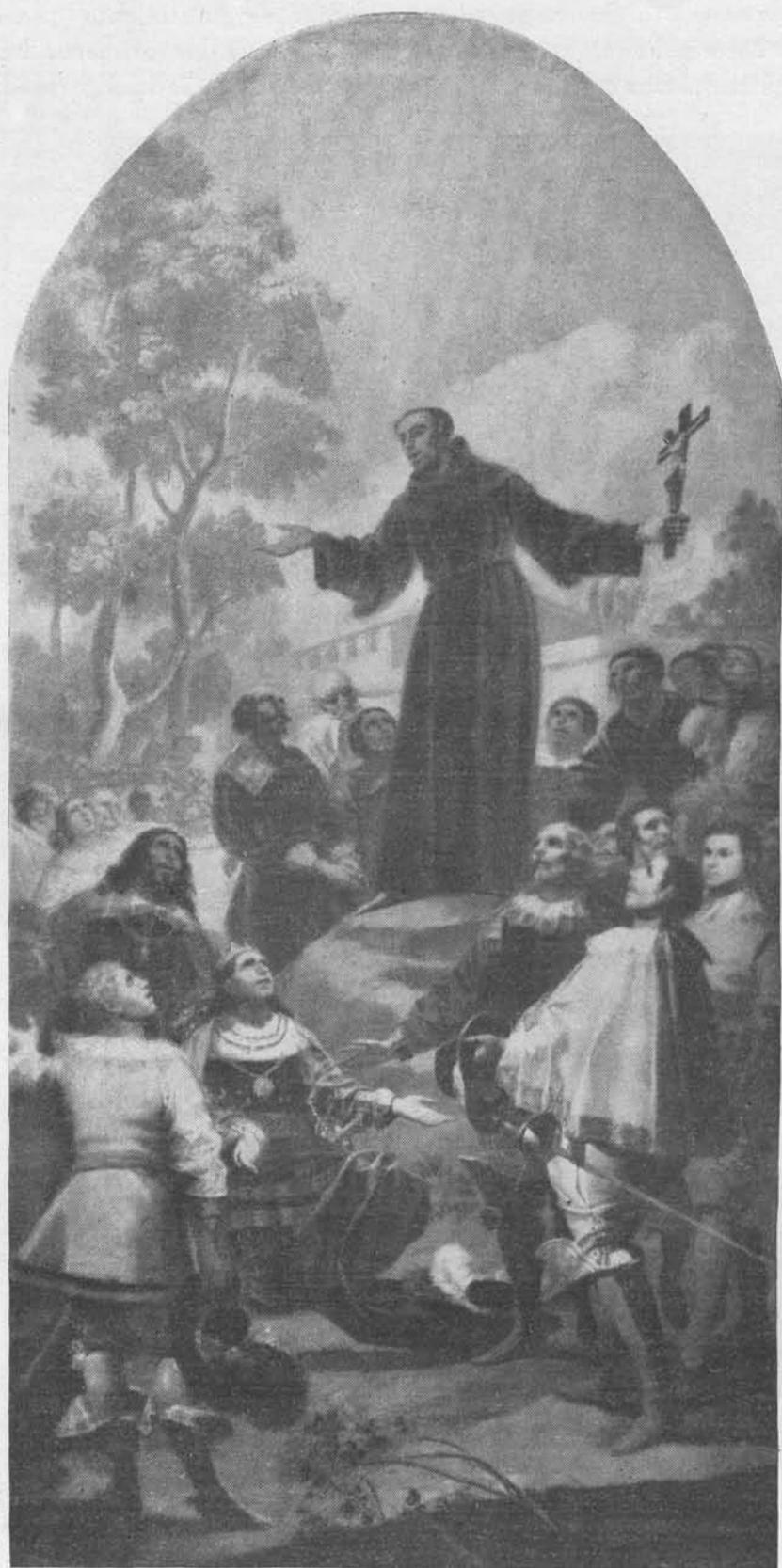
o españoles, que vayan a la Corte, deben ir a estudiar el monumento que el espíritu cristiano ha erigido en el siglo XVIII, una vez que los primeros han de encontrar en él grandezas que admirar, y los segundos enseñanzas y prodí-



Institución alegórica de Carlos III, por Casto Plasencia, en la iglesia de San Francisco el Grande, de Madrid.

gios realizados en el arte de tal modo, que como artistas, si no como católicos, han de sentir el alma conmovirse de entusiasmo.

Desde que pisamos el umbral del santuario, hasta que se penetra en la

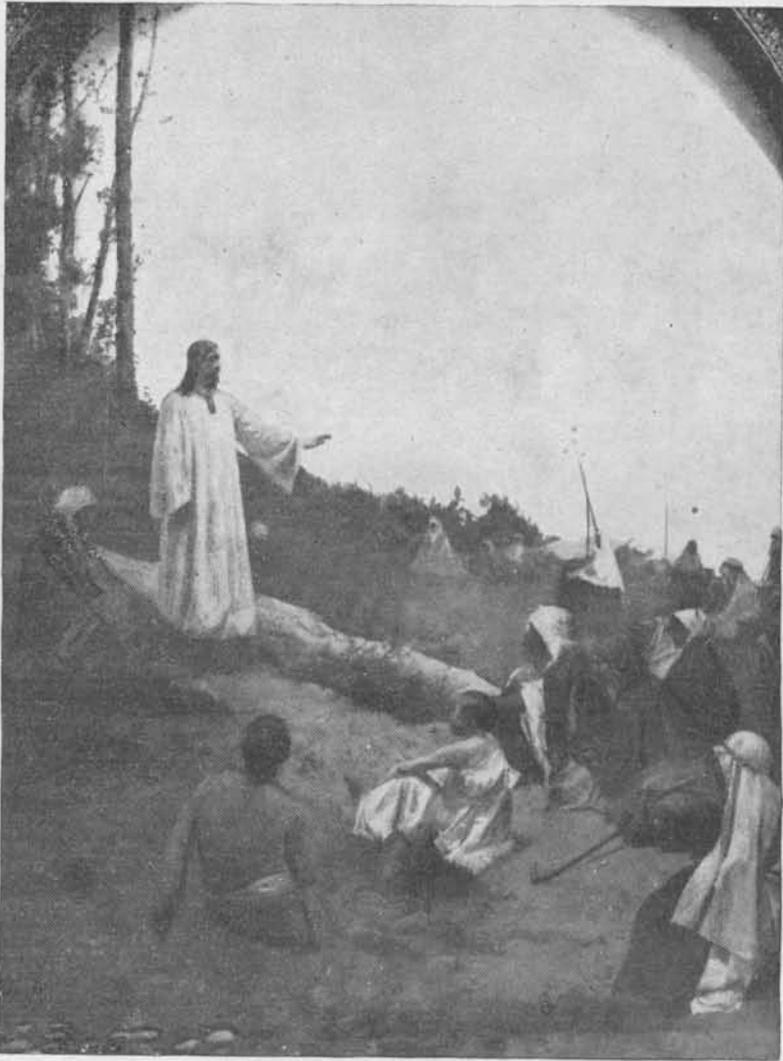


«San Francisco predicando», por Goya, en la iglesia de San Francisco el Grande de Madrid.



«La Purísima Concepción», por Francisco Bayeu, en la iglesia de San Francisco el Grande, de Madrid.

sacristía, varias y agradables emociones experimentamos; lástima que las obras que embellecen los muros y bóvedas de aquel notable edificio, estén circunscritas a manera de marcos, por una ornamentación profusa y recargada, que debieron dirigir los mismos autores de las obras que guarnecen, para que hubiesen producido a estas mejores efectos.



«El sermón de la montaña», por José Moreno Carbonero, en la iglesia de San Francisco el Grande, de Madrid.

La arquitectura de esta iglesia no pertenece al estilo que el espíritu cristiano consagró a los templos del catolicismo, sino al greco-romano, tal como en España aparecía en el reinado de Carlos III; por lo cual, como todas las iglesias que por el mismo gusto fueron restauradas en el siglo XVIII, carece, a nuestro sentir, del carácter místico y grandioso que presta el arte ojival a los edificios cristianos.

Pero en aquel mismo estilo, adoptado por la Iglesia há cuatro siglos, se refleja el ideal moderno; porque debemos conocer que en nuestra sociedad, aunque católica, no existe hoy, como ya hemos dicho, el idealismo fervoroso que al producir sus obras animaba a Fra Angélico, a Morales, Zurbarán y Murillo. En España, donde si vale la frase, brotó el renacimiento desde el siglo XVII, la arquitectura ecléctica o pagana, y la fe, aunque arraigada en muchos corazones, se manifiesta en la actualidad por las causas de que os hablaba, con mucho menos misticismo en las producciones religiosas de todas las artes plásticas, como podemos comprobar en las pinturas de San Francisco el Grande.



Fragmento de «El entierro de Cristo», por Muñoz Degrain.

Empecemos por los dos hermosos lienzos que representan «La Purísima Concepción», original de Bayen, y «San Francisco predicando», del inmortal Goya. Ambos asuntos carecen de místico idealismo y muy en particular este último que, como la magnífica cúpula de la ermita de San Antonio de la Florida y el admirable lienzo de Santa Justa y Rufina de la Catedral de Sevilla, son obras maravillosas de técnica y colorido, pero no tienen sentimiento religioso.

Si contemplamos «El entierro de Cristo», de Muñoz Degrain, y «El sermón en la montaña», de Moreno Carbonero, veremos sostenido en estas notabilísimas obras, y sobre todo en la primera, el sentimiento religioso que ha inspirado a sus autores, no bastando a eclipsarlo los difíciles problemas que han resuelto,

sin faltar a los preceptos de la escuela moderna, ni las muchas bellezas técnicas que avaloran a estos dos incomparables cuadros.

En la misma capilla aparece otra pintura representando «El Mártir del Gólgota», debido al pintor académico Hernández Amores, quien en dicho asunto ha intentado imitar el gusto que ofrecía en el siglo XV la pintura religiosa; y si bien no ha obtenido un éxito lisonjero, pues no es fácil torcer el ideal de nuestra época, no obstante, la obra es aceptable, aunque no está a la altura de las dos anteriores, que si no excitan en el alma el fervor de las obras de Angélico o Juan de Juanes, le infunden alguna devoción y justifican que sus autores han interpretado con acierto y adornado con hermosas galas los pasajes del drama bíblico.

Pero religiosos son también los asuntos que en el mismo templo han pintado el inolvidable Plasencia, el gran Domínguez y el ilustre Ferrant; religiosos son los de Casado, Ramírez, Cubella, Rivera, Jover, Oliva y otros pintores insignes, y por cierto nada más bello y sorprendente que estas obras miradas desde el punto de vista artístico, ni mejor concebido, ni con más acierto ejecutado.

Estos asuntos están llenos de bellezas; en ellos rivalizan los prodigios realizados por medio de la forma, del escorzo, de la luz, del color y la expresión; las composiciones son severas y adecuadas a la idea piadosa en que se inspiran, y de ellas se deduce que los autores han tratado de aunar la idealidad cristiana con las doctrinas realistas de la nueva escuela; pues el arte, sea cual fuese el camino que recorra, suele reflejar siempre el espíritu de su siglo, y el arte del siglo XIX no es el arte de los siglos XV y XVI. En estos hemos visto que imperaba la belleza moral y en aquel avasalla al arte la belleza física en sentido realista, y por tanto, ante estas obras, en las cuales se rinde culto a la belleza externa, el alma no se excita, porque en ellas el ideal cristiano se eclipsa con el brillo de la forma que deslumbra y seduce a los sentidos.

Y no por esto se crea que las figuras principales de dichas obras carezcan de magestad y nobleza, ni que las demás no ostenten expresión cristiana, que sus ángeles movidos y flotantes en el espacio no ofrezcan en sus rostros inocencia y gracia, ni que a sus vírgenes falte idealidad y belleza; mas en algunas de estas figuras, a través de sus rasgos religiosos, de sus nimbos y doradas aureolas y de la luz refulgente y misteriosa en que se envuelven, se descubre sin esfuerzo con menoscabo de la idea cristiana, el tipo terrenal de los modelos.

Las hermosas estatuas que realzan la grandeza de este templo, son debidas también al cincel de nuestros escultores más ilustres. Y aunque no entremos en el estudio de éstas, pues nos hemos concretado a hablar solamente de pintura en este trabajo, sólo diremos que no están a la altura de las obras pictóricas que les proporcionan elegante fondo, y que a semejanza de éstas se vé que la materia, la realidad y atractivo de la forma, dominan y subyugan el espíritu.

Y en efecto, el arte profano hemos dicho que ha llegado a un alto grado de progreso, pero no así el religioso, que merced a este progreso está más cerca de la tierra que del cielo, como lo demuestran las obras que acabamos de admi-

rar en este templo; y añadiremos como definitiva prueba, que si después de un examen detenido se contemplan en conjunto todas las maravillas que contiene tan soberbia iglesia, el espectador católico queda en suspenso, absorto de admiración y abstraído de la idea piadosa que le lleva al santuario, al ver allí reunidos, como en un joyero inmenso, tantos tesoros del arte; aquella variedad infinita de bellezas, aquellas escenas palpitantes de expresión, color y vida, y aquellos tipos de corrección humana, llenos de realismo y realzados por torrentes de luces y colores que parecen gigantesco ramillete de flores escogidas en el jardín de las artes, las cuales seducen al creyente, lo recrean y fascinan de tal modo, que se perturba su mente, su devoción se apaga, la plegaria huye de sus labios y hasta olvida la solomne santidad de aquel recinto.

Por último, en la iglesia de San Francisco el Grande se vé, pues, fotografiada, si ssí vale decirlo, en arquitectura, en pintura y escultuta, la verdadera faz del arte religioso, tal como lo inspira la sociedad moderna, y al manifestar aquél en sus obras el realismo que lo dirige y refrena, al querer remontarse a otras regiones, cumple fielmente la misión que nuestra sociedad le impone, del mismo modo que la cumplió en el siglo XV mostrándose espiritualista y austero, en el siglo XVI católico en la idea y pagano en la forma, y en el XVII místico y ferviente naturalista. Así es que en el siglo XIX, obedeciendo al deseo que ha animado a todas las sociedades, deja al porvenir grabados en los muros de San Francisco el Grande, el sello de su propio espíritu y el del carácter terrenal que ha inculcado el arte religioso contemporáneo.

Enrique Romero de Torres



Contestación de Don Rafael Ramírez
de Arellano al discurso de Don Enrique
Romero de Torres.

SEÑORES: Hace más de veinte años que, en fiesta análoga a la presente, tuve la honra de ser apadrinado por el inolvidable académico D. Rafael Romero Barros. Hoy, por ley inexorable de la humana naturaleza, que le arrancó del mundo de los vivos, me cabe también la honra de apadrinar a su hijo D. Enrique Romero de Torres, cuando ingresa en esta docta corporación, precisamente, en la vacante producida por fallecimiento del autor de sus días. Al cumplido elogio que el nuevo académico hace de su antecesor, poco he de añadir. Yo fui su discípulo en el arte pictórico y siempre me profesó y le profesé entrañable cariño y por lo tanto mis elogios podrían aparecer apasionados a los espíritus maldicientes que, por desgracia, en todas partes abundan; pero, aun corriendo tal riesgo, diré, sin temor de rectificación, que el señor Romero fué un pintor distinguido, especialista en paisajes y frutas, y que si no obtuvo recompensa en la única exposición nacional a que concurrió, en cambio la tuvo en una exposición universal de Londres, por un precioso cuadro de naranjas que es hoy uno de los ornamentos del Museo provincial de Murcia.

Se distinguió también como escritor de Arqueología, siguiendo en estilo e inspiraciones a D. José Amador de los Ríos, y tanto los periódicos cordobeses de su tiempo como los Boletines de las Reales Academias de la Historia y Bellas Artes de San Fernando, insertaron luminosas memorias sobre arte y arqueología cordobeses, debidas a su pluma. Pero lo más honroso para el señor Romero Barros es haber sido el iniciador de la extinguida Escuela de Bellas Artes, con la que siempre vivió identificado y murió dirigiéndola.

Aunque el primer director de aquel centro docente fué D. José Saló y Junquet y aunque este ayudó a la fundación, es lo cierto que sin las iniciativas del señor Romero, la Escuela no hubiera nacido. Cuando el señor Romero vino a ser conservador del Museo de Pinturas, puede decirse, que en Córdoba no se enseñaba a pintar. Es cierto que existían dos Academias particulares, pero sus directores valían tan poco, que no me atrevo a recordar sus nombres. El señor Saló moraba en Córdoba pero no enseñaba, y es evidente que cuanto hay hoy de arte aquí, se debe a las plausibles iniciativas del aca-

démico difunto. Todos los artistas cordobeses que hoy figuran, y muchos no cordobeses que aquí dieron los primeros pasos en el camino del arte, fueron, más o menos, sus discípulos y todos recibieron de él, en poco o en mucho, enseñanza y consejo.

Por otra parte, aunque la Comisión provincial de Monumentos tenía reunidos bastantes objetos arqueológicos, amontonados en una sala del Instituto, la creación del Museo se debe al señor Romero, y él adquirió, o por sus gestiones se adquirieron, más de la mitad de los monumentos acumulados allí. Finalmente, como académico, merece no solo el elogio, sino el agradecimiento de esta docta Corporación por haber sido uno de los más asistentes, de los más trabajadores y por haber desempeñado sabia y honradamente diferentes cargos.

Más recompensas que el señor Romero, ha obtenido su hijo en exposiciones generales mediante el ejercicio de la pintura. Ostenta, como su padre, los títulos de correspondiente de las Reales Academias de la Historia y de Bellas Artes de San Fernando, y finalmente el discurso que acaba de leernos acusa en su autor no solo profundos conocimientos en la historia de la pintura en general, sino también de Historia y Filosofía... Por estos méritos viene, a mi entender, a ocupar dignamente el sillón vacante por el fallecimiento de su ilustre progenitor.

El discurso que habeis escuchado lleva por lema *La Pintura religiosa contemporánea en España*, y es un paseo por la historia de la pintura romántica desde su origen hasta hoy, dentro y fuera de España, para concluir en que en el siglo XIX, o mejor dicho en sus postrimerías, no hay pintura cristiana.

Sin variar un tilde del referido discurso, yo me permitiré hacer dos afirmaciones: la primera, que el arte pictórico no respondió jamás bien al ideal cristiano; la segunda, que al comienzo del siglo XX se está en mejores condiciones que nunca para producir obras de carácter romántico. Estas son las teorías que voy brevemente a exponer, procurando no cansar a los señores académicos.

Señores: La humanidad, desde que brotó del suelo, tuvo como primer pensamiento una idea religiosa; y tan pronto como hizo una manifestación en sentido artístico, fué esta manifestación unida a un ideal religioso; y a partir de aquel momento hasta llegar al momento actual, religioso ha sido siempre el ideal artístico. O lo que es lo mismo, que el ideal perfecto, es la belleza absoluta y la belleza absoluta está en Dios. Por esta razón, la historia del arte se puede y debe dividir en tres grandes períodos. Entre los pueblos primitivos,

contando primeramente al hombre troglodita, en Egipto, en la Caldea y la Asiria, en los pueblos abiertos a la civilización por los fenicios en las costas de los tres lazos del Mediterráneo, y por lo tanto lo mismo entre los cartagineses que entre los sardos y cipriotas; en la Frigia, Lidia, Licia Caria y Licaonia; entre los hititas o heteos; entre los persas, y entre los mismos griegos anteriores a la época homérica, el ideal religioso está indeterminado y el ideal artístico, al perseguir al religioso en esa indeterminación, resulta deficiente, no pudiendo representar fielmente la idea y adoptando el símbolo.

Llegan los griegos y sus continuadores los romanos a una perfecta determinación del ideal religioso, y como este ideal se adapta a la naturaleza humana estrictamente, el artista lo concibe y lo interpreta, y dándose una completa identidad en la idea supra humana y la idea artística, nace el clasicismo. Aquí el ideal y su expresión se hallan en perfecta armonía, llegándose al momento más culminante y asombroso del arte. Pero, inmediatamente después, viene un divorcio con el ideal, al iniciarse el arte cristiano o romántico, y en toda la evolución de este período en que nos encontramos todavía, aunque haya muchos que pretendan darlo por difunto.

Sí, señores: El ideal cristiano está tan perfectamente determinado como lo estaba el griego, pero como los medios de expresión no están a su altura, resultan y resultaron siempre deficientes, y de esa deficiencia es de donde proviene el divorcio.

Esta deficiencia en los medios de expresión hizo que pintores y escultores andubiesen siempre a ciegas, sin acertar a interpretar el ideal cristiano de manera perfecta. Por talento que tuvieran, siempre se hallaron impotentes ante la grandeza del pensamiento, y así se explica que aquellos pobres pintores de las catacumbas recurriesen de nuevo al símbolo para representar los personajes de carácter divino y que en todo o en casi todo el período de la edad media, no comprendiendo que seres divinos y seres humanos pudiesen ser representados con formas iguales, les variaran las proporciones, pintando o esculpiendo al Dios hombre mucho mayor que a los apóstoles de quienes se halla rodeado generalmente, en tímpanos de portadas y decoraciones de sepulturas.

En una de las Catedrales francesas del siglo XII, Cristo, que ocupa el centro del tímpano, además de ser una figura gigantesca, estrechísima y larguísima, no tiene cabeza y la cabeza está sustituida con un símbolo de la Trinidad. Hasta en época relativamente moderna, pasado ya el apogeo del renacimiento, cuando el arte había venido a ser puramente naturalista, uno de los pintores más geniales y más

grandes del mundo, el famoso Domenico Theothocopuli, llamado el Greco, no concibe que se pueda representar la divinidad simplemente en forma humana, y por eso sus Cristos y sus glorias y todo lo que es divino o perteneciente a lo divino, lo representaba alterando la forma caprichosamente, tan caprichosamente que sus contemporáneos y aun los críticos posteriores, no entendiendo su pensamiento, le tuvieron por loco. Quizás lo estuviese, pero aquel loco sublime, cuando pintaba seres humanos lo hacía como nadie le ha podido imitar y su locura no aparecía más que al pintar los seres que por su naturaleza extrahumana, no podía, el pintor, comprender que fuesen iguales a los simples mortales.

En la evolución de la pintura cristiana, en la historia de la pintura cristiana, se vé a los artistas caminar del símbolo a la espiritualización, de esta al paganismo, del paganismo al naturalismo y, pasando sobre el período barroco que nada significa, volvemos, en los momentos presentes, a la espiritualización o sea, por el modernismo, a la imitación de los pintores precursores del renacimiento a los que se ha dado en llamar prerrafaelistas.

Miguel Angel y Rafael son dos personalidades que brillaron siempre como astros de mayor magnitud y de luz propia, pero perdidos en su camino por una falsa idea. Pensaron ellos, que siendo Cristo a la vez hombre y Dios, debía ser como hombre la perfección suma de la especie humana y hallando que el arte griego había encontrado la perfecta expresión humana, al arte griego fueron a buscar su manera de interpretar. Lo más acabado es, según ellos, lo que más se asemeja a la perfección de la naturaleza terrenal del Dios encarnado. Pensaron bien? Indudablemente sí. Pero no contaron con la naturaleza divina del Crucificado e hicieron de Cristo un Apolo, del Padre Eterno un Júpiter; si la Virgen la interpretaron como a Juno o Atenea, hicieron a sus dioses perfectos en la forma humana, pero deficientes en cuanto son seres sobre naturales.

Tras los pintores clásicos vinieron los naturalistas que humanizaron aún más a Dios, pero no lo divinizaron tampoco, antes bien, se prestaron a interpretar abstracciones como la Concepción de la Virgen, que es asunto imposible de pintar, pues no hay manera de trasladar al lienzo el pensamiento de Dios. De todo esto venimos a concluir en que el pintor cristiano jamás pudo hacer obra artística verdaderamente cristiana, porque no está en las manos del hombre expresar en lienzos o en tablas la divinidad encarnada y mucho menos la misteriosa e inaxcesible eternidad de la gloria.

Hay asuntos en el cristianismo que caen por entero dentro de la

esfera del arte, como son todos los asuntos místicos referentes a las vidas de santos, que los artistas católicos interpretaron con pasmosa maestría; y, aun tratándose de la vida de Cristo, aunque la figura del divino Maestro no está jamás a la altura de su naturaleza supra humana, también la pintaron prodigiosamente, si se consideran tales obras solo desde el punto de vista histórico: como pintura de historia. Siempre que se les considere desde tal concepto, siempre que se les vea como pinturas, prescindiendo del ideal divino, habremos de encontrar en los pintores de todas las escuelas, asombrosos ejemplos de inimitable factura y de admirable concepción, pero tomándolos desde el punto de vista del ideal, siempre serán deficientes, si se trata de asuntos en que intervengan Cristo y los demás personajes de carácter divino.

No faltará quien nos pregunte, cómo, si esto es así, hacían tanto efecto en los devotos los cuadros de los grandes maestros, y a tal pregunta, responderemos que la inspiración religiosa no faltaba en el cuadro, sino que el medio de expresión era el deficiente como hemos dicho, y que esa deficiencia la suplía la fé del creyente, la fé del orante que no veía ni vé hoy, la labor artística, sino el pensamiento que se quiso representar.

La fé suplía y suple lo que en el cuadro falta, y prueba palpable de ello es que las imágenes admirablemente esculpidas o pintadas, tienen ante ellas pocos orantes. Los fieles se postran más ante obras imperfectas, como el Cristo de Burgos, el Cristo, ya olvidado, de la Merced de Córdoba, la Virgen de Cüteclara y otras muchas que nunca pudieron tomarse como modelos de estatuaria, pero han tenido y algunas tienen aún, innumerables devotos. ¿Por qué? Por lo mismo que decíamos antes; porque así como los pintores de las catacumbas y los ascultores románicos y el mismo Greco, no comprendían que la divinidad fuese igual a la humanidad, el orante piensa lo mismo y al postrarse ante una imagen deforme, que retrata mal la forma humana, lo hace olvidando al hombre y contemplando allí, en el altar, pendiente de la Cruz, no un hombre, sino un Dios, no lo que vé, sino lo que debe ver. No adora al objeto, sino al ideal que lleva encerrado dentro de su espíritu.

Mientras hay fé, esta suple lo que falta de ideal, en el lienzo; cuando la fé se pierde, el lienzo es un trozo de pintura mejor o peor; pero en él no aparece la idea que el pintor se propuso y que no realizó por las deficiencias de sus medios de ejecución.

Estas razones que podría desenvolver y ampliar hasta convertir en un libro el presente trabajo, son las que me han movido para afir-

mar que el arte pictórico no respondió jamás bien al ideal cristiano, y probada esta afirmación, pasemos a la segunda, o sea, que al comienzo del siglo XX se está en mejores condiciones que nunca para producir obras de carácter romántico.

La reforma en los finales del siglo XV y en todo el XVI, trajo la duda al alma del creyente. El siglo XVIII, con los enciclopedistas, trajo la pérdida de la fé. La revolución francesa y las campañas napoleónicas pasaron por Europa y difundieron las teorías de Voltaire y Rousseau. El siglo XIX, siglo de las luces por sus avances científicos, fué un siglo de puro descreimiento. A pesar de esto, en el último tercio del siglo y merced a la sabia diplomacia del gran Pontífice León XIII, se ha realizado un reverdecimiento de la fé cristiana y hoy, en España sobre todo, vuelven a poblarse y restaurarse los derruidos conventos y los templos, casi desiertos antes, se llenan de orantes y de orantes fervientes. Este renacimiento del fervor cristiano, es general y hasta en Francia, mientras el gobierno marcha abiertamente a la separación de la Iglesia y del Estado, los cristianos crecen y aumentan y luchan contra las tendencias antireligiosas de los gobernantes. No faltará quien diga que tal efecto solo se produce en pequeña parte de la población y que la masa principal no piensa de ese modo ni está con la Iglesia; pero a esto contestaremos que esa gran masa no es menos romántica que la grey católica y que por todas partes y en todas las esferas sociales se desarrolla el sentimiento y el anhelo del misticismo.

No hace muchos años, el pueblo boers se abrió en armas contra Inglaterra y realiza una campaña verdaderamente homérica. ¿Quién le alienta? La fé. No es la fé católica, pero es fé cristiana y con el fusil lleva el soldado el breviario y cuando no lucha reza. El inmenso imperio ruso hace hoy una gigantesca revolución: Al frente de ella se encuentran los popes. Piden aquellos seres semi esclavos su emancipación, pero la piden llevando por delante como enseña la cruz.

Finalmente, en todo el Universo; entre los pueblos europeos, como entre los americanos, asiáticos y lidios; lo mismo entre los que figuran en el cristianismo que los que adoran al dios del Corán; entre los budistas y los creyentes de Confucio, se hace una gran revolución social que aquí se llama socialismo o anarquismo, allá nihilismo, (el nombre no importa), se va a la emancipación humana completa, a la igualdad completa; a la desaparición de las autoridades de todos los órdenes y a la proclamación absoluta de la libertad humana; pues bien, todos estos hombres que piensan tan libremente, son unos románticos que rinden un culto, el del altruismo, en

una palabra, el del amor universal; y toda esa gente que desea vivir sin religión y sin dioses, no crea ideas nuevas, sino que en todos sus principios, en todas sus máximas, en todas sus aspiraciones, se inspiran en las palabras de Jesucristo, sin que tengan un solo propósito que no esté tomado de la predicación del ungido. Rechazan la justicia. Jesús al ver apedrear a la mujer adúltera, dijo a los verdugos: El que esté libre de mancha que le arroje la piedra. Proclaman el amor altruista concluyendo, por boca de Kropokin, en otras palabras de Cristo: No hagas a nadie lo que no quieras para tí. Trabajo y amor son los lemas de las creencias modernas. Trabajo, ganarás el pan con el sudor de tu frente, palabras del Génesis. Amor: para los demás, cuanto quieras para tí; lo que no quieras para tí no quieras para otro; palabras de Jesús.

En la evolución actual, el ambiente que se respira por todas partes es el amor, y siendo el amor la Ley universal, no puede comprenderse un momento más culminante del romanticismo, es decir, del espíritu que invade al arte y a las creencias religiosas desde la caída de Roma. Por eso decimos y repetimos que estamos en el momento más apropiado para producir en la pintura arte romántico, bien se inspire en los sentimientos y creencias religiosas del cristianismo, bien se inspire en el culto del amor universal, que no es más que una transformación de las ideas cristianas, lo que pudiéramos decir un misticismo sin deidades. Desde tal punto de vista, el cuadro del señor Cutanda, citado por el nuevo académico, no puede estar más dentro del ideal romántico.

Señores académicos: Si yo siguiese por el camino a donde me llevarían las consideraciones que acabo de exponeros, este discurso se haría largo y pesado y no quiero molestar más tiempo vuestra atención ni consumir vuestra paciencia. Así pues, pongo aquí término a esta contestación, permitiéndome pedir os un aplauso para nuestro nuevo compañero D. Enrique Romero, que tan brillantemente hace su entrada en esta docta casa.

HE DICHO.

El renegado cordobés Solimán del Pozo

Y

La batalla de Alcázarquivir

En la batalla de Alcázarquivir, de tanta transcendencia histórica para Portugal y para España, tuvo una intervención sobresaliente y decisiva en el triunfo del ejército mahometano un renegado cordobés, Solimán del Pozo, jefe de la guardia personal del emperador de Marruecos, Abdelmálic, muerto también durante el combate, como el rey don Sebastián. Así lo afirma el padre jesuita Alfonso García de Morales en su «Historia de Córdoba», recogiendo testimonios de varios supervivientes y exprisioneros, y muy señaladamente de un fraile franciscano, que estuvo cautivo en Fez y Marruecos y fué testigo presencial de algunos de los sucesos relacionados con nuestro famoso paisano. Porque lo fué en aquellos días. Hoy, ya estaba olvidado por completo.

Pero antes de hacer la presentación de Solimán del Pozo y de consignar los informes que he logrado adquirir sobre sus progenitores, azares de su vida y sorprendente encumbramiento, considero necesario dar algunas noticias, en breve y rápido bosquejo, de los sucesos históricos que constituyen como el antecedente de tan famosa batalla, y aún de ella misma. En lo posible he de acomodarme al relato que, acerca de ellos, hace el autor de la mencionada «Historia de Córdoba», por ser más original, quizás más verídico, y sobre todo poco o nada conocido.

A la muerte, ocurrida en 1573, de Abú Mohammed, fué proclamado emperador de Marruecos su hijo Abú Abdalah Mohammed, de sobrenombre «El Negro». Cruel y perverso como el padre, para ahorrarse preocupaciones y molestias, ordenó una matanza general de todos sus parientes. De la degollina solo se salvaron dos tíos suyos: Muley Hamed, que pudo alcanzar y esconderse en el Sur, y Abdelmálic, el Muley Móluc o Muluco de nuestras historias, que se refugió en Argel. El bey o gobernador de este territorio, cumpliendo órdenes del Sultán de Turquía, a cuyo servicio había combatido Abdelmálic en la batalla de Lepanto, le facilitó un cuerpo de ejército de seis mil genizaros, a los que se unieron muchos moriscos andaluces de los

huídos de España, gente toda veterana y valerosa, con los cuales penetró en los dominios de su sobrino, derrotándolo por completo y apoderándose del reino. Ocurría esto en 1575. Tres años después, el 4 de Agosto de 1578, Muley Móluc moría dentro de una litera, en el mismo campo de batalla, cuando su ejército, dirigido ya, desde aquel momento, por Solimán del Pozo, estaba en vísperas de obtener la memorable victoria de Aicázarquivir.

«El Negro» se refugió en el Peñón de la Gomera, desde donde pasó a la Península, con el propósito de solicitar ayuda del monarca español para recobrar el trono. Felipe II maldito el caso que hizo de tales pretensiones; y entonces se dirigió al vecino reino, donde fueron mejor acogidas por el rey don Sebastián.

Abrigaba éste, desde edad muy temprana, el proyecto de renovar en Africa las empresas de sus antepasados Juan I y Alfonso V, vencer a los musulmanes e incorporar a la Corona lusitana las plazas abandonadas por Juan III. A tales aspiraciones, contrarias a las conveniencias del país en aquellos momentos, ayudaba la influencia nefasta que en su ánimo ejercieron siempre los hermanos Luis y Martín González, jesuita el primero y su confesor. «Ni ruegos, ni advertencias, ni consejos, ni invectivas», como dice el historiador portugués Oliveira Martins, le hacían desistir de sus propósitos. A mediados del año 1574 emprendió una descabellada expedición al Norte de Africa, con muy poca gente, que pudo anticiparle el desastroso fin que tuvo cuatro años después. En Diciembre de 1575 se celebra en Guadalupe la famosa entrevista, en la que se concertó el casamiento de don Sebastián con la infanta Isabel Clara Eugenia, hija de Felipe II; y en ella, éste se comprometió con su sobrino y futuro yerno, a prestarle la ayuda de 15.000 hombres y 50 navíos para una nueva expedición al Norte de Africa, condicionada a que no la dirigiera personalmente.

En esto llega a Portugal y a Lisboa Abú Abdalah Mohammed el Negro; se pone al habla con el rey don Sebastián, y le ofrece la plaza de Larache y extensos territorios comarcanos a cambio del auxilio que le prestase para recuperar el trono de Marruecos. Felipe II, requerido por Abdelmálic, con el que no le convenía indisponerse por altas razones políticas y militares, escribe a su sobrino para que no acepte el ofrecimiento del Negro y desista, además, de la proyectada expedición de conquista. Don Sebastián se niega a una y otra cosa, y el acuerdo y las amistades se rompen entre ambos monarcas.

Estaría escrito, como dicen los fatalistas hijos de Mahoma. Contra viento y marea, porque los dioses privan primero del juicio a los que

desean perder, don Sebastián prosiguió adelante con su temerario empeño; aunque se sospecha que no todo fué locura en su inexplicable conducta, sino el anhelo de sucumbir, y de una muerte gloriosa, antes de que se descubriese, con su casamiento, la incurable y vergonzosa enfermedad que padecía. Era impotente.

Los preparativos de la expedición tropezaron con muchas dificultades, porque era tan impopular, que la recluta de gente no producía los resultados necesarios y apetecidos por el monarca. Al fin pudo reunir un mediano ejército, bastante heterogéneo, compuesto de 9.000 portugueses, de ellos 2.000 aventureros, mandados por Cristóbal de Távara; 2.800 alemanes, dirigidos por Martín de Borgoña; 600 italianos, a las órdenes del inglés Tomás Sternutt, y 1600 castellanos, agueridos y disciplinados, «lo mejor del ejército», dice Oliveira Martins, a las de nuestro paisano don Alonso de Aguilar, que llevaba por lugarteniente al caballero cordobés don Luis de Godoy. A estos se unieron más tarde, en tierra africana, unos mil marroquíes, partidarios del Negro, y 1.500 caballeros de Tánger y Arcila: en total, de 16.000 a 17.000 hombres de armas. Jerónimo Becker, en su «Historia de Marruecos», los hace subir a 24.000, pero incluidos escuderos y los que constituían el séquito ordinario del rey don Sebastián.

El 24 de Junio de 1578 zarpó la escuadra del puerto de Lisboa con el ejército expedicionario; y luego de detenerse unos días en la bahía de Cádiz, arribó al de Tánger, desde donde pasó al de Arcila. Aquí desembarcaron las tropas y se celebró consejo para determinar el plan de campaña. Casi todos los jefes militares fueron de parecer que el ejército siguiera por la costa, al amparo de los buques, para dar sobre Larache, a cuya conquista debían limitarse por entonces; pero don Sebastián no se avino a ello, pues le corría prisa el derrotar completamente a los moros en su propia casa y llegar cuanto antes a Fez, en cuya ciudad pensaba proclamarse emperador. Se cambió, entonces, el rumbo, tomando el 29 de Julio el camino del interior; el 2 de Agosto los cristianos pasaron el Lucus, y dos días después, el lunes 4 por la mañana, alcanzaron la llanura de Alcázarquivir, donde les aguardaba, formado ya en orden de batalla, el ejército mahometano.

No están muy de acuerdo los historiadores respecto al número de fuerzas que lo constituían. Jerónimo Becker las valúa en 30.000 peones y 40.000 caballos; pero Alfonso García de Morales, mejor informado a lo que parece, pues precisa mucho su composición, las cifra en 26.000 jinetes y 21.000 infantes, incluidos los 3.000 veteranos moriscos granadinos, cuyo jefe era nuestro paisano Solimán del Pozo.

El ejército marroquí, preparado ya para la batalla, como queda dicho, cuando aparecieron sus enemigos, formaba una media luna, con la infantería y sus 34 o 36 cañones en el centro y 10.000 jinetes en cada uno de los dos cuernos, componiendo la reserva los 6.000 restantes. El cristiano fué distribuido y ordenado por sus jefes para la pelea en tres escuadrones, constituido el del centro por los aventureros portugueses, castellanos, italianos y alemanes, y los otros dos exclusivamente de portugueses. En el de la izquierda iba don Sebastián con el estandarte real. La caballería, bien escasa como la artillería, formó en ambos extremos.

Iniciaron el combate los artilleros marroquíes, cuyos disparos causaron gran pavor en la bisoña infantería portuguesa. Entonces don Sebastián dió la orden de ataque, y los voluntarios de su ejército, los del centro, acometieron a los infantes moros con tan irresistible impulso y valor, que los arrollaron en toda la línea; y bien pudo haberse conseguido la victoria por los cristianos, si inoportunamente no se detiene la ofensiva en aquellos tan críticos momentos, ya que en el campo contrario el monarca Abdelmálic, herido de muerte por el tósigo que abrasaba sus entrañas y sobrecogido por el descalabro de los suyos, caía para siempre dentro de la litera desde la que dirigía el combate por boca de Solimán del Pozo. Este impuso el silencio de lo ocurrido a los que se encontraban cercanos y lo conocieron, para evitar la desmoralización y total derrota de los moros; se hizo cargo del mando, y ordenó la famosa y terrible carga envolvente de la caballería, que en pocos minutos deshizo y aniquiló al ejército contrario.

Nueve mil cadáveres de cristianos quedaron sobre el campo de batalla, y los restantes, menos unos cincuenta que a duras penas pudieron refugiarse en Arcila y Tánger, fueron hechos prisioneros. Entre los muertos se contaron el rey don Sebastián, el obispo de Coimbra, el duque de Aveiro, el conde de Vimioso, el barón de Alvito, don Alonso de Aguilar y otros capitanes españoles...: la flor y nata de la nobleza lusitana y de aquel desdichado ejército, llevado al desastre por la megalomanía de un monarca medio loco. También pereció en la huida, ahogado en el Lucus, el pretendiente al trono marroquí Abú Abdalah Mohammed el Negro.

El cadáver del monarca portugués fué encontrado al día siguiente, completamente desnudo, con varias heridas en la cabeza y un balazo en el pecho. Según García de Morales no murió peleando, aunque lo hizo con extraordinario valor y ya a la desesperada en los últimos momentos, sino asesinado por unos moros que lo tomaron prisionero.

El nuevo soberano de Marruecos, Muley Hamed, hermano del difunto Abdelmálic, lo hizo llevar a Fez y darle sepultura en su propio Alcázar; y se negó luego a entregarlo, cuando lo reclamó, al Cardenal don Enrique, tío y sucesor inmediato en el trono del rey don Sebastián; pero accedió a la misma pretensión de Felipe II, hecha por conducto de su embajador don Pedro Venegas de Córdoba, paisano nuestro. Los restos mortales de don Sebastián fueron entregados en Ceuta el 4 de Diciembre de aquel mismo año de 1578, y conducidos después al monasterio de Belem, en Portugal.

Conocido esto, que no fué nada secreto, resulta inexplicable y sorprendente que no muchos años más tarde, todavía en vida de Felipe II, pudieron prosperar los planes de aquel maquiavélico fraile portugués llamado Miguel de los Santos, que supo engañar a no pocos compatriotas suyos con la supuesta resurrección del rey don Sebastián, y embarcar en su temeraria intriga a la cándida hija de don Juan de Austria, prometida y futura esposa del aventurero Gabriel de Espinosa, el famoso pastelero de Madrigal, que bien caro pagó su despreocupación y poca vergüenza.

Y vamos, ahora, con Solimán del Pozo:

Según asegura Alfonso García de Morales en su «Historia de Córdoba», era natural de esta ciudad e hijo del licenciado del Pozo y de una mora berberisca, seguramente esclava suya, y no la única de sus concubinas; y al decir esto, no le levanto ningún falso testimonio. De cristiano, Solimán del Pozo llevó el nombre de Fernando, como su padre. De mis averiguaciones en ese almacén de papeles viejos, polvorientos y carcomidos que se titula Archivo de Protocolos, resulta que don Fernando del Pozo, de muy ilustre familia, natural de Bujalance y chantre de la Catedral cordobesa, era hijo legítimo de don Martín Fernández del Pozo, que también fué canónigo; hermano del canónigo Magistral licenciado don Martín Alonso del Pozo, prototario apostólico, elocuente orador sagrado y notable escritor; y sobrino del Deán de la misma Santa Iglesia don Fernando del Pozo. Tenían enterramiento en la capilla de los Santos Mártires.

Fernando del Pozo, hijo, debió nacer hacia el 1526; pues cuando su padre, en 1546, otorgó testamento, tendría unos 20 años. Por cierto que en tal disposición de última voluntad, sin decir, como es de suponer, que era hijo suyo, sino «que yo he criado», le deja un caballo y

la mitad de las armas que poseía. Muerto su padre, a Fernando del Pozo se le hubo de soliviantar la sangre berberisca y mahometana que corría por sus venas, se marchó al Norte de Africa y se *pasó al moro*. Esto es lo que yo supongo; pero la verdad histórica, según García de Morales, es que fué hecho prisionero en un combate, y que entonces fué cuando abjuró de la religión de Cristo para abrazar la de Mahoma, adoptando el nombre de Muley Solimán del Pozo.

No es posible precisar hacia qué fecha ocurrió tal suceso, porque su biógrafo nada dice acerca de ello. Puede conjeturarse que debió ser mucho antes del 1575, y que pasaría a Marruecos entre los moriscos andaluces refugiados en Argel, que hubieron de acompañar a Muley Móluc el Moluco, con las armas en la mano, en la expedición contra su sobrino Abú Abdalah Mohammed el Negro.

Solimán del Pozo, por calidad de su sangre, por su talento, por su ilustración, por su valor y por su astucia y osadía, logró bien pronto abrirse camino en la corte del nuevo emperador marroquí, del cual llegó a ser su hombre de confianza. Tanto le apreciaba éste, que lo casó con una deuda suya, y más lo nombró su caballerizo mayor o jefe de su guardia personal, los elches o renegados, compuesta casi exclusivamente de moriscos andaluces. Durante la batalla de Alcázarquivir se mantuvo constantemente al lado de la litera donde agonizaba Abdelmálic, transmitiendo sus órdenes para el combate mientras estuvo vivo, y simulando luego que las comunicaba en su nombre cuando ya era cadáver. En realidad fué el que ganó la batalla

Muley Hamed, sucesor de su hermano Abdelmálic, muy reconocido a los buenos oficios y eficaces diligencias de Solimán del Pozo para que se le proclamase emperador, le colmó de mercedes y lo designó, también, como jefe de su guardia personal; y andando el tiempo, nombró su caballerizo al hijo mayor de Solimán y lo casó con una sobrina suya. De las fiestas que se celebraron en la capital de Marruecos con tal motivo, fué testigo de vista el citado fraile francisco.

Y con esto acaba la historia conocida de nuestro ilustre paisano Muley Solimán del Pozo. ¿Cierta en todos sus detalles? No lo sé. Como me la contaron, os la refiero.

El terrible desastre de los cristianos en tierras africanas, tuvo una repercusión enorme entre los moriscos internados y dispersos por

Andalucía y Extremadura. La noticia fué recibida entre ellos con gran júbilo, y comenzaron a prepararse para producir otro levantamiento y reconquistar el reino de Granada, con su capital, que nada menos que a eso alcanzaban sus ambiciones y esperanzas. Lo que ocurrió entonces, está ya olvidado y permanece casi en el misterio. Yo he de confesar, que desconocía en absoluto lo que voy a referir, hasta que dí con la pista y los primeros informes acerca de ello en los libros de Actas Capitulares del Ayuntamiento.

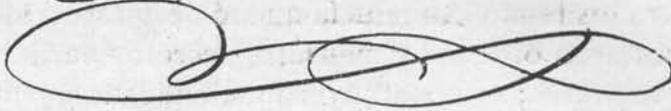
La guerra de Portugal, les brindó a poco la ocasión favorable para llevar a cabo sus propósitos con muchas probabilidades de éxito, porque todas las tropas disponibles fueron encaminadas a la frontera lusitana y Andalucía quedó desguarnecida casi por completo. Se circularon órdenes y mensajes secretos para ponerse de acuerdo unos con otros; se constituyeron clandestinamente depósitos de armas y municiones.

En Córdoba, cierta noche, fué sorprendida una reunión de moriscos en la Huerta de la Reina, a la que no se dió, al parecer, gran importancia. Ya corría el año 1580; estaba elaborado el plan, todo dispuesto y señalada la fecha del levantamiento, cuando fué descubierto el complot. Había de producirse, simultáneamente, en Sevilla, Ecija y Córdoba el 29 de Junio, fiesta de San Pedro y San Pablo. Para dicho día, debían concentrarse sobre estas tres ciudades los moriscos residentes en los lugares comarcanos, y unidos a los del interior, apoderarse de ellas, pasar a cuchillo a las autoridades y personas principales, saquear sus palacios y tomar luego el camino de Granada con sus familias. En Sevilla, además, tenían la misión de apoderarse de todos los buques surtos en el puerto, y largarse luego río abajo, hasta su desembocadura, donde les aguardarían barcos turcos y berberiscos para darles escolta y defensa y apoyar más tarde su desembarco en las costas granadinas.

Por fortuna, como queda dicho, se descubrió a tiempo la conspiración, en Sevilla; y el Asistente de aquella ciudad, Conde del Villar don Pardo, comunicó inmediatamente lo que se preparaba a las de Ecija y Córdoba. Aquí se tomaron, con algún sigilo, las medidas oportunas para desbaratarla. Por de pronto, se retuvo la salida de dos compañías de infantería que se habían alistado para la guerra de Portugal; se reforzaron las guardias de murallas y puertas; se movilizó la milicia ciudadana, y por último se registraron las casas de los moriscos, encarcelando a los sospechosos y más comprometidos en ella. Después, se hizo el silencio alrededor de este asunto. No vuelve a tratarse de ello en el Cabildo de la Ciudad. ¿Fué medida política

para evitar que los cristianos viejos se alarmasen? ¿Obedeció a órdenes superiores, a fin de que las noticias del levantamiento de los moriscos, aunque frustrado, no repercutiesen en la marcha de las operaciones militares que se realizaban en territorio portugués? Misterio. Yo no he logrado aclararlo, si bien es verdad que no he puesto gran empeño en ello. ¿Para qué, si estas cosas viejas a nadie le interesan? Ilusos son los que crean lo contrario.

José de la Torre




TEXTOS Y DOCUMENTOS

«Historia General de Córdoba».—Primera parte.—Su autor, el Dr. Andrés de Morales.

«Yndice de los santos reyes, letrados, Príncypes y otros hombres ynsynes de Cordoua desta 1.^a parte y de la segunda».

«En la hornada del rey Sebastián a África, fueron en su compañía don Alonso de Aguilar, biçnieto del famoso de Sierra Bermeja, coronel de cinco mil castellanos, y su teniente el capitan don Luis de Godoy, cauallero de Calatraua, y don Diego Yñiguez de Carcamo, cauallero del auito de Christu. Hallose de parte del rey Maluc el alcayde *Solimán del Poço*, caualleriço maior del rey, renegado de Cordoua, la total causa de la destruiçión de los christianos».

En realidad, esta obra no fué escrita por Andrés de Morales y Padilla, sino por su hermano el Padre Jesuíta Alfonso García de Morales, que fué rector del Colegio de Osuna, donde murió en 1618. Las razones de tal rectificación en cuanto a su au.or, las expongo en la nota núm. 18, págs. 26 y 27, de mi obra «*Beatriz Enriquez de Harana y Cristóbal Colón*». El manuscrito original, en cuatro volúmenes, de esta «*Historia de Córdoba*», todavía inédita, se conserva en el Archivo del Ayuntamiento, y de ella existe una copia, casi coetánea, en dos tomos, en la Biblioteca de la Diputación Provincial. De esta se ha transcrito literalmente lo que ahora se publica.

«Historia General de la muy leal Ciudad de Córdoba y de sus nobilísimas casas y familias».—Segunda parte.

Folios 517 v.º a 581.

«Capítulo 35.—Libro 10.

«*La desgraciada hornada del rey don Sebastián, bençido por la industria de un renegado de Cordoua, y muere en ella don Alonso de Aguilar, cauallero de Cordoua, coronel de los castellanos*».

Por acabar de una vez con todas las cosas de Africa y no bolber adelante mas a bellas, sera forçoso dalles un triste rremate con la desgraciada muerte del rey don Sebastian, en cuya rota acabo el coronel de los castellanos que fueron a seruille, natural de Cordoua, don Alonso de Aguilar, hijo de don Pedro Nuñez de Herrera y Cordoua, baylio de Lora, nieto de don Pedro Fernandez de Cordoua, marques de Friego, y biçnieto del famoso don Alonso de Aguilar, que murió en Sierra Bermeja. Llegase otra raçon que obliga a decir algo desta hornada, porque fue gran parte en ella don Fernando del Poço, hijo del lisençiado del Poço, que en esta batalla sirbio a el rrey de Fez, su señor, siendo renegado. Traíalo de casta. Su padre le ubo en una mora berberisca. Aunque se bolbio christiano, supo el mal hijo y mal auido a la pega. Fue preso en çierta hornada, bolbiose moro y bien de coraçon, renegando de su Dios. Sabiendo los moros tenia algo de nobleza, le estimaron, y el se hiço estimar de manera que con sus estuçias llegó a casarse con una deuda çercana del rey. Hiçole alcayde y se llamó Muley Soliman del Poço, despues su caballeriço mayor. El suçesor Muley Hamete, biendo auia alcançado el reyno por traças del alcayde Soliman, le estimó en tanto que era el gobierno de su reyno. Hiçolo general de los elches, que son hijos de christianos y moros al rebes, que son la guarda y defensa del reyno y seran en numero tres mil, y a su hijo mayor le hiço caballeriço mayor suyo, oficio del padre, y le casó con su sobrina. Hallose el rey en el desposorio y fiestas que en el se hiçieron.

Muley Hamete, Rey de Fez y Marruecos, del linaxe de los Xarifes, despojado del rreyno por su tio Muley Melut con ayuda de los turcos, despues de bençido en dos o tres batallas pasó a Castilla; no pudo el rrey don Felipe oyllo; reçioliolo el rrey don Sebastian muy bien, que era de animo brioso y lebandado y deseaba ocasion para haçerse señor de toda África, y aunque sus confesores y maestros de la Conpañia de Jesus y otros caualleros le aconseharon no la hiçiese, y el rey don Felipe, su tio, en las bistas que con el tubo en Guadalupe, no fué posible sacallo de su pareçer. Pidióle alguna gente castellana. Nonbro Su Magestad del rey catolico a don Alonso de Aguilar, baleroso caballero, biçnieto del que murio en Sierra Bermeja, para coronel y general de todos ellos. Hiço gente en Andalucía y otras partes. Saco muncha de toda ella, y mas de Cordoua, con algunos caualleros que le acompañaron. Iba por capitán y su lugarteniente don Luis de Godoy, caballero del auito de Calatraua. Con esta ayuda del rey católico y otras galeras que le dio en el principio del año de 1577, se hiçieron grandes aperçibimientos en el reyno de Portugal. Echaronse de nuebo munchas inposiçiones y alcabalas; pidieronse dineros a los señores y ecle-siasticos contra las leyes y costunbres del reyno; fueron munchas personas mo-

lestadas, sin mirar que un príncipe a de trasquilár y no desollar a sus obejas. Mando saliese el pueblo a exercitarse en las armas en el campo, sin que ubiese hombre práctico que les enseñase de muchos que abia, sino solo un Juan de Gama, en auito de hermitaño, que haçia muy del soldado, y aunquel trabajaban mucho aprendian poco. Traian el rey engañado algunos consejeros. Enbió por gente Alemania e Italia. Mandó se juntasen doçe mil hombres en Portugal y se preparasen galeones, nabes y galeras. Nonbro por general de la mar a don Diego de Sosa y de los abentureros a don Christobal de Tabora; y el año de 1578 se embarcaron todos con munchas galas, armas y bastimentos. Enbarcaronse 9 mil soldados; y abiendo estado el rey ocho dias. el rey en galera, no acababan de embarcarse los señores y caualleros abentureros, y a el fin lo hiçieron bien malencolicos, presajio de su desastre. Dieronse a la bela dia de San Juan; paso a Cadiz; llego a Tãnger; causo grande miedo su llegada en Africa, y por conçierto le ofreçia el moro diez millas de tierra a bista de los lugares que tenia en la costa africana. Desbio el rey de Portugal el partido. Tenia brios de un gran señor y emperador. Començo a poner en orden la gente para caminar la buelta de Alcaçar con ocho mil portugueses, tres mil alemanes, mil castellanos y seisçientos ytalianos, doçe pieças de artilleria y mill y quinientos caballos. Yban todos con algun temór y miedo. Abian los moros traydo en çiertas escaramuças que tubieron con los moros, en que muchos soldados auian juido hasta meterse en la mar; y aunque como diçe bien Antonio de Herrera en el libro 4.º de su Historia General, en el capítulo 8.º, el capitan de los ytalianos, el de los alemanes, el coronel de los castellanos don Alonso de Aguilar, tenían çiençia y espiriençia de guerra no se les daua el lugar que era raçon en el Consejo, ni el rey no los oyo, diçiendole los llebaba todos a el degolladero. Lo mismo le dijo el rey negro Muley Hamet, a cuya restituçion yba. El rey de Portugal no hiço casso de sus pareçeres, que era saludable que diese sobre El Arache y lo tomase y no entrase con tan poca gente dentro de Africa, teniendo su enemigo un poderoso exercito. Rijiose el rey mas por su pareçer y el de un portuges arogante, don Alonso de Portugal, conde de Vinioso, que le dijo no auia de bolber atras su naçion.

El rey Muley Meluc, aunque enfermo, por medio de un hermano suyo y un sobrino y los alcaydes de su reyno, junto un poderoso exercito de moros. Gobernabanlo con gran balor y prudençia, animando a los suyos desde una litera, que no le dehæua la flaqueça de la enfermedad andar a cauallo. Tenia juntos tres mill andaluces, de los moriscos del reyno de Granada, y tres mill infantes, 25 mil caualllos, mil alcabuçes de a caualllos, renegados y turcos; traya çinco mill infantes y diez mill alarabes; su confiança puesta en 34 pieças de artilleria. Caminaba muy poco a poco, porque deseaua coger los christianos bien dentro de la tierra. El rey Sebastian con los suyos caminaba bien de priesa. Llegó, estando çerca de Arelan, el capitan Françisco de Aldana, enbiado del rey catolico, con cartas suyas y del duque de Alba, en que le rogaban hiçiese solamente la hornada del Arache. Hiço a estos buenos consejos oydos sordos. Llegaron finalmente a uista los dos exercitos. Enbio el rey Muley a Soliman del Poço, su caballeriço mayor, renegado de Cordoua, algunas beçes a que recono-

ciese el ejército. el orden que traía, que gente sería, y con el comunico la traza y gobierno de la batalla. Aquí entro en consejo don Sebastian. Puso sus ojos. Auiá para cada soldado christiano muchos moros; aconsejandole todos se retirase, se resolvió dar la batalla. Lunes por la mañana quatro de Agosto saco el ejército del alojamiento. Debido en tres esquadrones: el de enmedio estaban los abentureros portugueses y 30 escopeteros, los ytalianos, los arcabuceros castellanos, a quien gobernaba don Luis de Godoy, cauallero de Cordoua, del auito de Calatraua y gobernador de Almagro; a su mano izquierda los demas castellanos, con su coronel don Alonso de Aguilar; a la derecha los alemanes. Los otros dos esquadrones eran de portugueses: el de mano derecha llebaba el duque de Abero; el de la izquierda, donde yba el estandarte real, el duque de Braçelos, y al un lado y otro los caualleros repartidos.

Muley Meluc ordeno su ejército poniendo toda su arcabuceria en forma de media luna: en el primer lugar los andaluces granadinos; en el 2.º los renegados, y en el 3.º los moros; en ambos cuernos un esquadron de diez mil caballos; detrás seguía toda la caualleria, que era mucha, con orden que llegando a las manos se fuesen estendiendo y rodeando el ejército portugues para ceñirle por todas partes, y el se puso en medio del suyo con su litera y a su lado el alcayde renegado Soliman del Pozo, que era boca del rey, por quien se daban sus ordenes y mandatos. Descubiertos los dos ejércitos en una campaña rasa que llaman Tamita, mirandose unos a otros sucedio un caso protentoso. Salieron de dibersas partes tres aguilas reales; çerraron unas con otras haçiendose pedaços con las uñas; fue tan cruel la batalla. que todas tres cayeron muertas en el suelo; pronunçio y pronostico, segun se bio adelante. de tres reyes que en esta batalla murieron. Començaron a disparar la artilleria, sin daño de anbas partes. Biendo el rey don Sebastian que algunos de su gente, a el relanpago de la pieça se arohaban por el suelo, por que pasase de largo la pelota, hiço tocar alarma; dio la señal de la batalla. Juntaronse los dos ejércitos con gran boçeria; hiçieronlo bien los infantes mientras se jugo del alcabuceria; se estuvo en ygual grado la bitoria; quando se llegaron a las manos llebaban los moros lo peor: tres beçes juieron que no pudieron çufrir el balor de los portugueses; mas como eran tantos, acudiales grande socorro y perseberaban en la pelea, Estando en la fuga de la batalla los dos lados de portugueses hiçieron flaca resistencia, cargando en ellos los moros con toda su caballeria. Se retiraron, no pudiendo detenellos el rey don Sebastian. La caballeria portuguesa acometio bien, Atrabeso juyendo por el esquadron de los alemanes y los deshiço. El esquadron donde estaua el estandarte real lo hiço mejor, con gran mortandad de los moros. En el rebolber le sucedió lo mismo; y así en brebe tiempo quedo deshecha la caualleria y la mayor parte del ejército desordenado. Unos juían; otros sin orden acometían. Estaua el rey en la banguardia en este tiempo, donde se hiço gran defensa: mataron mas de mill moros; pero fue tanta la multitud que cargo sobre ellos, que mataron casi todos los españoles y italianos, peleando como balerosos, sin aber quien los recogiese: andaua todo en gran desorden y confusion. Mataron los moros a el duque de Abero, a don Alonso de Aguilar, coronel de los castellanos, que paso por la suerte de los suyos. Quedaron cautibos

don Luis de Godoy y otros bien pocos. Mataron otros muchos capitanes y hombres de valor. Quedo el exercito sin cabeza ni orden, corriendo los christianos de una parte a otra, sin saber adonde, y asi eran muertos, presos y ahogados en el río; quebraba el coraçon mirallo. Gobernaba todo el exercito moro; daua orden en lo que se auia de hacer, y a que parte se auia de acudir, el alcayde Soliman del Poço, renegado de Cordoua. No se aparto hama de la litera de su rey Muley Maluc, que estaba muerto, y como sauia la traça del rey daua ordenes por el rey. Fue el caso que una vez que començaron a juir los moros salio de su litera el rey Maluc, pusose a caballo, quiso ser el primero en bolber a la batalla, llamando a los suyos de infames cobardes, quiso sacar el alfanje para entrarse por ellos, no le deharon; de la fuerça que hiço estando enfermo, le dio un açidente mortal, en metiendole en la litera espiro. Si esto se digera, en el exercito moro juian todos. Llego el alcayde, hiço çerrar la litera, y unos renegados que dijeron era muerto el rrey castigo con rigor; començo o decir a boçes que el rey bibia; daba ordenes en la batalla por el, abriendo la cortina y poniendose a oillos finjidamente: con esta traça entretubo la batalla hasta que se declaro la vitoria. Por su parte el rey don Sebastian, con los pocos que quedaban, animandolos, se metia como un leon en los enemigos, matava y heria muchos. No le siguieron muchos señores que le buscaban, porque mataron al alferz que llebaba el pendon real. Deharonle casi solo. Don Diego Iñiguez de Carcamo, cavallero principal de Cordova, que despues pretendio el reyno de Portugal, bio pasar a el rey herido, sudando y muy fatigado, a pie; deçendiose de su caballo y se lo dio; en el bolbio a meterse por los enemigos; no basto rogalle se rretirase. Fue preso de ellos y conoçido; abiendo contienda sobre quien le abia de llebar cautibo, le mataron en presencia de don Nuño Mascareñas. Este fin tubo aquel malogrado rey, a quien su jubentud, el deseo de gloria militar. la fuerça grande de su cuerpo, el çelo de la relijion, gobernado no de tanta prudençia, consideraçion ni consejo, despeñaron a su fin y al de un tan noble reyno. Hiço que los tan balerosos soldados portugueses perdiesen parte de su buena reputaçion tan bien ganada en todas partes. Juieron muchos de los christianos a uista de Larache, donde estaua el armada de Portugal. El xeneral recojio las reliquias del eherçito. Con ellos se partio para su tierra. Entro en Lisboa con harta tristeça suya y de todos los portugueses. No abia casa a quien no tocasse la desgracia. El rey negro Muley Hamete, que le abia de ser rrelituydo en el reyno, juyo con los demas. Pasando el río se ahogo. Su cuerpo lo llebaron al exercito de los moros bitorioso, que estaua todo ocupado en recoger cautibos y las grandes riqueças que los portugueses llebaban. Aqui se declaro la muerte del rey Muley Maluc, y juntandose los alcaydes y capitanes dieron el reyno de Maruecos y Fez a Muley Hamete, hermano del Meluc, quitandose a los hijos herederos. El nuebo rey hiço desollar a Muley Hamete el Negro y llebar el pellejo por triunfo, colgado de una asta, lleno de paja. Celebrose con solenidad grande su eleçion y bitoria. Recojiendo su exercito en orden camino la uia de Maruecos, donde fue reçibido con gran majestad. Pago el conde Soliman del Poço sus serbicios con largas merçedes que le hiço a el y a sus hijos, atribuyendo a su buena deligençia su eleçion. Hiçolo general de los

elises, que es la gente de su guarda, y a su hijo mayor, casandolo con sobrina suya. le dio ofiçio de caballeriço mayor. Çelebro las bodas con grandes fiestas, llebando el rey, cuando entro en la plaça, a la mano derecha el alcayde Soliman del Poço, ya biejo, y a la izquierda su hijo el desposado, por quien se hiçieron las fiestas reales.

Asi me lo conto en Cadiz un religioso de San Francisco, testigo de bista, que auia estado cautibo en Fez y Maruecos».

Testamento del protonotario don Martín Fernández del Pozo, Canónigo de la Iglesia Catedral.

Oficio 21—tomo 26—folios 274 v.º a

31 de Marzo de 1539

En el nonbre de Jhesuchristo, nuestrº Dios e Señor, amen Sepan quantos esta carta de testamento vieren como yo el protonotario Martín Fernandes del Pozo, canonigo que soy de la Iglesia Catedral de Santa María desta çibdad de Cordoua e vecino que soy en ella en la collaçion de San Bartolome, estando sano del cuerpo e de la boluntad e con la memoria e entendimiento natural que Dios nuestro Señor le fue servido de me dar, e como saçerdote fiel e catolico christiano.

E quando a Dios nuestro Señor pluguiere que de mi acaesca fynamiento, mando que mi cuerpo sea sepultado en la capilla de los Santos Martires, que fyzo e doto el dean mi señor hermano, que sea en gloria, ques en la Iglesia Catedral de Santa Maria desta dicha çibdad, e quel dia de mi enterramiento e los nueve dias siguientes me digan las misas e hagan los oficioe que los muy reverendos señores dean e Cabildo de la dicha Iglesia de Cordoua suelen e acostunbran desir de su loable e antigua costunbre por los otros beneficiados de la dicho yglesia.—

Otrosy digo: que por quanto yo hire daçion entre bibos a Martín Hernandez del Pozo e a Diego del Pozo e a Maria Fernandes del Pozo, que yo he criado, los quales son hijos de Teresa Daça, de una heredad de casas, bodegas, lagares e pilas e tinajas e viñas e arboles, ques en la sierra desta dicha çibdad, en el pago que dizen de Coçar, que alinda con heredad de la señora doña Eloisa de Montemayor e con la huerta de los Açipreses e con heredad de Juan Peres de Cordoua, por las cabsas e rrazones contenidas en la daçion. Por ende, apruevo la dicha daçion, para que vala segun e como e de la manera que la otorgue e en la dicha daçion se contiene / e faze mençion.—

E cumplido e pagado todo esto que yo aqui mando en este mi testamento, e las mandas e clausulas en el contenidas, segun e en la manera que dicha es, el rremanente que fyncare e rremanesçiere de todos mis bienes rrayzes e muebles, titulos, derechos e açiones, quiero e mando e es mi voluntad que los ayan

e hereden e partan entre sy ygualmente los dichos liçençiado Martin Alonso del Pozo, canonigo en la Iglesia de Cordoua, e el chantre don Fernando del Pozo, mis hijos legitimos, a los quales yo establezco e ynstituyo por mis legitimos e universales herederss en el dicho rremanente de / los dichos mis bienes muebles e rrayzes, tytulos, derechos e açiones.—

Ques fecha e otorgada esta carta de testamento en esta dicha çibdad de Cordoua, en vnas casas que son en ella en la collaçión de San Pedro, en que haze su morada el dicho Juan de Azuaga, escribano publico de yuso escripto treinta e vno dias del mes de Março, año del nasçimiento de nuestro Salvador Jhusuchristo de mill e quinientos e treinta e nueve años. Testigos que fueron presentes al otorgamiento desta carta, llamados e rrogados por parte de mi el dicho testador, juntamente con el dicho Juan de Azuaga, escribano publico de yuso escripto, el dicho Fernan Ruys Triguillos, clerigo presbitero, capellan en la dicha Iglesia de Cordoua, albaçea susodicho, e Juan Clavijo, escribano, hyjo del dicho escribano publico de Cordoua de yuso escripto, e Pero Ortis, hyjo de Rui Dias de Reguera, escribano publico que fue de Cordoua que aya gloria, e Pedro Bolmos, hyjo de Pedro Bolmos, e Fernan Rodrigues, terciopelero, hyjo de Diego Rodrigues, difunto, cuya anima aya gloria, todos los sobredichos e cada vno dellos vezinos e moradores de esta dicha çibdad de Cordoua /;--e el dicho señor canonigo Martin Fernandes del Pozo firmo su nonbre en este Registro.

M. Fernandes dl / Pozo Pthonot? (rubricado).

Cotejado.

NOTA.—El Martín Hernández del Pozo, hijo natural, según las señas, de don Martín Fernández del Pozo y hermano bastardo del canónigo don Martín Alonso del Pozo y del chantre don Fernando del Pozo, se graduó de licenciado en Derecho, y al quedarse viudo se hizo clérigo y fué racionero de la Santa Iglesia Catedral. Contrajo matrimonio con doña Juana de Leiva, y tuvo dos hijos conocidos: Fernando del Pozo y Antonio del Pozo. El primero cayó prisionero de los infieles en la Goleta de Tunez, y su padre, unos dos años después, en Agosto de 1575. dió 500 ducados para su rescate. ¿Sería este el verdadero Soliman del Pozo?

Testamento de don Fernando del Pozo, chantre de la Santa Iglesia, hijo legítimo de don Martín Fernández del Pozo, canónigo de la misma.

Oficio 1.º—tomo 21—folios 616 a 620.

25 de Julio de 1546.

Testamento del chantre.

En el nonbre de la Santysma Trinidad, Padre y Hijo y Espiritu Santo, tres personas distintas y eterno Dios glorioso misericordioso, y de la bienaventurada sienpre Virgen gloriosa Santa Maria, madre de nuestro maestro e rredentor Jhesuchristo, señor nuestro. Sepan quantos esta carta de testamento vieren como yo don Fernando del Pozo, chantre en la Santa

Iglesia de la muy noble e muy leal çibdad de Cordoua, hijo legítymo de mi señor Martyn Fernandes del Pozo, canonígo en la dicha Iglesia y de Maria Fernandes, que fue su legityma muger, difunta, que aya gloria, vesino que soy en la dicha çibdad de Cordoua en la collaçion de Sant Bartolome, estando enfermo del cuerpo, bueno de la voluntad, en mi seso, memoria, entendimiento natural, qual a Dios nuestro Señor le plugo de me dar, creyendo como creo bien e verdaderamente en todo lo que cree, tiene e confiesa la Santa Madre Iglesia; como todo fiel e catholico christiano lo deve creer y tener, conosco e otorgo que hago y hordeno este mi testamento e vltyma voluntad, por el qual hago manda de mi e de mis bienes como e de la manera que de yuso se hara mençión, en esta manera:

Quando a Dios nuestro Señor ploguiere que de mi acaesca finamiento, mando que mi cuerpo sea sepultado en la yglesia de Santa María la Mayor, desta çibdad, en la capilla de Santo Açisclo e Santa Vitoria, que fundo e doto la buena memoria del muy reverendo señor don Fernando del Pozo, dean e canonigo de la dicha yglesia, mi tio, hermano del dicho mi señor padre, difunto, que aya gloria; y pido e suplico a los muy magnificos e muy rreverendos señores dean e cabildo de la dicha yglesia, mis señores, hagan hazer e deçir por mi las honrras e misas que con los semejantes dinidades de su yglesia suelen e acostunbran hazer e dezir.—

Mando que digan por el anima de la dicha mi señora madre çinquenta misas rrezadas, y las digan en la Iglesia Mayor de la villa de Bujalançe, donde esta sepultada, los clerigos de la dicha yglesia.—

Mando que paguen a Françysco, que yo he criado, que por otro nonbre le dizen el chico, diez mill maravedis, los quales aya por entero pago e satisfaçion de todo el tiempo que me a servido hasta oy, e por lo que me syrviere hasta el dia de mi falleçimiento.—

Mando a Marina Gomez, muger de Françysco Sanches, vesina desta çibdad, tres fanegas de trigo, por alguu serviçio que me a hecho, espeçialmente en esta enfermedad.—

Y digo e declaro que yo conpre e di a Fernando del Pozo e a Fernando del Pozo, su hermano, que yo he criado, a cada vno dellos vn cauallo, con su adereço y otras cosas, lo qual les dy de mi mano a las suyas por serviçios que me an hecho y por descargo de mi conçiençia, e despues de se los aver dado ellos los an tenidq e poseydo, tienen e poseen por suyos; por tanto, en la mejor manera que puedo e de derecho devo apruevo y he por buena la daçion que hize a los susodichos e cada vno dellos de los dichos caualllos e adereços de las piasas susodichas, e quiero e mando que todo lo susodicho e otras qualesquier cosas que pareçiere aviales dado no les sea pedido ni demandado por mi heredero de yuso escrito ni por otra persona ni personas algunas, ni ellos sean obligados a lo dar ni rrestituir. Y mas les mando a los susodichos dos Fernandos

del Pozo, hermanos, / todas las armas ofensyvas y defensyvas que yo tengo y se hallaren que dexare al tiempo de mi fyn e muerte, para que las ayan por yguales partes tanto el vno como el otro, y el otro como el otro, porque yo en su nombre e para ellos las compre y por suyas e como suyas yo las he tenido e poseydo. Y por quanto los susodichos, por mi y en mi nombre y por mi mandado an cobrado algunas contías de maravedis y pan e otras cosas de mis bienes e rrentas dellos y debdas que me devian y an hecho çiertos gastos, de lo qual, asy del rreçibo como del gasto, me an dado e yo dellos rreçibi cuenta çierta e verdadera, y no me rrestan ni quedaron deviendo cosa alguna, mando que no se les pida ni demande cuenta ni rrazon algunas, ni ellos sean obligados de dar de lo que rreçibieron e cobraron ni de lo que gastaron, porque yo estoy satisfecho e contento de todo ello; y pido y efetuosamente suplico al dicho mi señor e padre Martin Fernandes del Pozo, que mire por ellos y les ayude y favorezca, pues su merçed los a criado y tiene debda çierta con ellos, y sera muy grand merçed la que ellos e yo rreçibiremos. Y a ellos encomiendo y mando le sirvan e amen al dicho mi señor e padre y le obedescan y den todo contentamiento como a señor y padre, porque haziendolo asy rredundará en su bien e honrra.

Conplido e pagado todo lo susodicho en este mi testamento contenido, segun de suso esta dicho e declarado, todo el rremanente que fynca e permanesçiere de todos mis bienes rrayzes y muebles, titulos, derechos e açiones, quiero e mando que los aya e los herede el muy rreverendo señor Martin Fernandes del Pozo, canonigo en la Santa Iglesia de Cordoua, mi señor y padre, al qual establezco por mi legitymo y vniversal heredero en el dicho rremanente de los dichos mis bienes, derechos e açiones.—

Fecha e otorgada esta carta de mi testamento en la dicha çibdad de Cordoua, en las casas de la morada del dicho señor liçençiado Martyn Alonso del Pozo, canonigo de Cordoua, mi hermano, donde agora estoy enfermo, que son en la collaçion de Santa Maria, domingo dia del Señor Santiago veynte e çinco dias del mes de Jullio año del nasçimiento de Nuestro Salvador Jhesuchristo de mill e quinientos ç quarenta y seys años.—

Testigos que fueron presentes al otorgamiento desta carta de testamento, llamados e rrogados por parte de mi el dicho don Fernando del Pozo, chantre, testador, antel dicho escrivano publico de yuso esçrito, el señor Hernan Ponce, e Luis Nuñez, escrivano publico de Cordoua, y Anton Rodriguez / de Criado, mayordomo del dicho señor liçençiado Martyn Alonso del Pozo, canonigo, y Andres Lopez Carrasquilla y Luis Peres y Hernan Rodriguez, que conosçen al dicho señor Chantre, testador, vesinos e moradores de la dicha çibdad de Cordoua; e firmo el dicho señor don Hernando del Pozo, chantre, testador, en este rregistro.— *F. dl Pozo / chat.^e dc Cord.^a* (rubricado). —Alonso de Toledo, escrivano publico (rubricado).

Cotejado.

Testamento del licenciado Martin Alonso del Pozo, protonotario apostólico y canónigo de la Santa Iglesia, hijo del canónigo don Martin Fernández del Pozo.

Oficio 1.º—tomo 29.—folios 557 v.º a 561.

20 de Junio de 1552

Testamento:

Sepan quantos esta carta de testamento vieren como yo Francisco de Corral y Hernando del Pozo, canonigo en la Santa Iglesia de la çibdad de Cordova, vezinos que somos en la dicha çibdad, por boz y en nombre del muy rreverendo señor el liçençiado Martin Alonso del Pozo. protonotario apostolico, canonigo en la dicha Iglesia, y por virtud del poder por el a nos dado e otorgado juntamente con Antonio del Pozo, hermano de mi el dicho Hernando del Pozo, que paso antel escribano publico de yuso escritos e çiertos testigos, del qual originalmente, firmado y signado del dicho escribano publico hezimos muestra y preiençion y dize segun se sigue:

Primeramente, por quanto el dicho señor liçençiado Martin Alonso del Pozo, despues de la hecha e otorgamiento del dicho poder partio desta çibdad y es ydo en Roma a entender en çiertos negoçios, si Dios nuestro Señor fuere servido que antes que vuelva a esta çibdad fallezca y pase desta presente vida, su enterramiento sea donde y como el lo quisiere / y mandare; y si venido a esta çibdad falleçiere y pasare desta presente vida sin hazer e otorgar otro testamento despues deste que en su nonbre nos haremos e otorgamos, mandamos que su cuerpo sea sepultado con abito saçerdotal en la Iglesia de Santa Maria desta çibdad, en la capilla y enterramiento que tiene en la dicha yglesia, donde esta sepultado el muy rreverendo señor Martin Fernandes del Pozo, su padre, canonigo que fue de la dicha yglesia, e otros devdos y presentes suyos que ayan gloria;

Mandamos se digan por el anima del señor Fernando del Pozo, dean y canonigo que fue de la dicha yglesia, y por el anima del señor chantre Hernando del Pozo, çinquenta misas rrezadas, y las digan donde y quien a los dichos albaçeas dixeren y señalaren.—

Y esto es lo que disponemos y mandamos y ordenamos en este dicho testamento y vltima voluntad del dicho señor canonigo, y queremos que valga como mejor de derecho aya lugar.—

Ques fecha e otorgada esta carta de testamento en la dicha çibdad de Cordova, en las casas de la morada de mi el dicho Francisco de Corral, que son en la dicha çibdad en la collaçion de Santa Maria / veinte dias del mes de Junio año del nascimiento de nuestro Salvador Jhesucristo de mill e quinientos e çinquenta y dos años. Testigos que fueron presentes al otorgamiento desta

carta de testamento, llamados y rrogados por parte de nos los dichos otorgantes con el escribano publico de yuso escripto, el muy rreverendo señor don Antonio de Corral, tesorero y cononigo de la dicha yglesia, y Juan de Vesga, presbítero, y Andres Martines Vaquerizo y Andres Martines, criado del dicho señor tesorero, y Gaspar de Toledo, vecinos y moradores de la dicha çibdad de Cordova; y firmaronlo los dichos otorgantes en este Registro.—

Fernando / del Pozo (rubricado) = Fran.^{co} de / Corral (rubricado) =
Alonso de Toledo, escribano publico (rubricado) =

Testamento de Fernando del Pozo, hijo de don Fernando del Pozo, chantre de la Santa Iglesia.

Oficio 30 — tomo 15 — folios 543 a 546.

27 de Agosto de 1566.

Testamento —

En el nonbre de la Santissima Trinidad, Padre e Hijo y Espiritu Santo, tres personas distintas e vn solo Dios verdadero, que bibe e rreyna por sienpre sin fin, ; y vsando deste rremedio, yo, Hernando del Pozo, hijo de mi señor don Fernando del Pozo, chantre en la Santa Iglesia de Cordoua, que sea en gloria, vecino que soy en Cordoua en la collaçion de Santa Maria, quiero que sepan quantos esta carta vieren, como estando sano del cuerpo e de la boluntad y en mi buen entendimiento e juicio natural, tal qual Dios nuestro Señor fue servido de me dar, otorgo e conosco que hago e hordeno este mi testamento e postrimera voluntad / en que primeramente encomiendo mi anima a Dios nuestro Señor, que la hizo, crio e rredimio, que por los meritos de su pasion le quiera perdonar y mandar llevar consigo a la Santa Gloria de Parayso, ques el vltimo fin para donde fue criada.—

E quando a Dios nuestro Señor pluguiere que de mi acaesca finamiento, mando que mi cuerpo sea sepultado en la capilla y enterramiento que fundo el dean don Fernando del Pozo, mi señor, donde esta sepultado el chantre, mi señor e padre, ques en la Santa Iglesia de Cordoua, en la capilla de los Santos Martires Çiscos e Bitoria.—

Declaro que los bienes e hazienda que al presente poseo son vnas casas junto a el adarve de la puerta Almodobar, en la collaçion de Oniun Santorum ; e ansimismo tengo çiento e veinte mill maravedis de principal de çenso sobre los bienes e hazienda de la señora doña Grigoria Puertocarrero, del qual çenso me hizo donaçion mi señora doña Francisca de Bolaños, mi madre, como paresçe por la escritura de donaçion que paso antel dicho Rodrigo de Molina, escribano publico; e ansimismo tiene en su poder mios Rodrigo de Aviles Quadrado veinte e vn mill maravedis a perdida e ganancia, de que me hizo vna çedula.

Mando que cobren del señor liçençiado Martin Alonso del Pozo, mi tio, veinte mill maravedis que me deve, los quales me pidio prestados, puede aver

veinte años, poco mas o menos, para la espideçion de las bulas del señor cano- nigo Hernando del Pozo, su hijo, que fueron menester estos dineros e otros muchos que pidio prestados; y estos veinte mill maravedis que vbo mios estaban en poder de mi señora doña Francisca de Bolaños, a quien yo los avia dado a guardar, de vna mula e vn cavallo que bendi en la villa de Palma, y el dicho señor canonigo me rrogo que para el dicho efeto le prestase los dichos veinte mill maravedis, e yo lo vbe por bien, y el susodicho los tomo del poder de la dicha señora doña Francisca, mi madre, e nunca me los a pagado ni rrestituido; e asi lo juro por Dios e por esta †, por lo qual mando que se cobren del —

Yten digo e declaro que yo he servido al dicho señor canonigo, mi tio, tiempo de veinte años, y he estado en su casa e serviçio, aconpañandole e sir- viendole desde el dia que murio el chantre, mi señor, hasta oy, e por rrazon del dicho serviçio no me a dado ni pagado cosa ninguna. Mando que se cobre el dicho serviçio e lo aya mi heredera.—

E cunplido e pagado lo contenido en este mi testamento el rremanente que fincare de todos los dichos mis bienes rrayzes e muebles, derechos e açiones e otros qualesquier a mi perteneçientes en qualquier manera / mando que lo aya y herede doña Bernaldina del Pozo, mi hija natural, que la vbe siendo soltero, en Juana de Rojas, su madre, muger soltera, a la qual dicha Bernaldina, mi hlja, que sera al presente de hedad de siete años y a entrado en ocho, es mi boluntad de nombrar e señalar e nombro e señalo por mi heredera e de le dexar y dexo los dichos mis bienes e hazienda, derechos e açiones, para que dellos se pueda casar e case o tomar otro estado de rrelixion; e si por caso la dicha doña Bernaldina falleçiere e pasare desta presente bida sin aver suçesiòn ligítima de ligítimo matrimonio naçida e no ligítimada, mando que los dichos mis bienes e hazienda sea vsufuctuaria dellos durante los dias de su bida la dicha Juana de Rojae, su madre, la qual goze de la rrenta de los dichos mis bienes durante los dias de su bida.

En testimonio de lo qual lo otorgue antel escribano publico de Cordoua e testigos de yuso escritos, ques fecha e otorgada esta carta en la dicha çibdad de Cordoua, estando en las casas de la morada de mi el presente escribano, veinte e siete dias del mes de Agosto año del nasçimiento de nuestro Salvador Jhesuchristo de mill e quinientos e sesenta e seis años; siendo presentes por testigos Martin Lopez e Martin de la Cuerda, mercader de hierro, e Pedro de Ayora, dorador, e Hernan Martinez e Juan Lopez, escribanos, veçinos e mora- dores de Cordoua, e firmolo de su nombre el dicho señor Hernando del Pozo, otorgante, en este Registro, e dos de los dichos testigos.—

Fernando / del Pozo (rubricado) = *min lopez* (rubricado) = *Juan lopez* (rubricado) = Rodrigo de Molina, escribano publico (rubricado).

Cotejado.

NOTA.—Este Fernando del Pozo, hijo del chantre don Fernando del Pozo y de doña Francisca de Bolaños, tambien difunta, otorgo otro testamento el 25 de Septiembre de 1580, ante el escribano Alonso Rodriguez de la Cruz.— (Oficio 22, tomo 15, folio 11).



Moderna Cirugía Ocular

Discurso de recepción leído por don Rafael Giménez Ruiz, el día 30 de Octubre de 1943.

Excmo. Sr., Autoridades, Académicos:

Hace dos años aproximadamente, que tuve el honor de ser nombrado Académico Numerario, y sin mérito alguno para este nombramiento y sin labor de importancia, vengo hoy con la pretensión de vivir científicamente entre vosotros, aspirando a un puesto en esta casa del más alto nivel cultural de Córdoba, y con la única preocupación de seguir aprendiendo entre vosotros, aunque sea con ese déficit de libertad que tiene todo el que reconoce que viene a este sitio, más que por sus merecimientos, por la bondad y benevolencia de todos.



Don Rafael Giménez Ruiz, natural de Espiel (Córdoba). Médico Militar R. Oculista Jefe del Servicio de Oftalmología del Hospital Provincial. Académico numerario de la Academia de Ciencias Médicas y de la de Ciencias, Bellas Letras y Nobles Artes de Córdoba. Ex Alcalde de la Ciudad.

Pero no es esta la mayor preocupación que traigo a esta casa, sino el sitio que vengo a ocupar, razones de índole científica bien reconoci-

respeto, MANUEL RUIZ MAYA Nació donde yo, vivimos juntos y hoy vengo a ocupar su sitio en esta docta casa. Que Dios me ilumine para que mi obra, por modesta que sea, no desmerezca en vuestra consideración.

El Ilustre Presidente de esta Academia, insigne y respetable Médico, tuvo la bondad de hacerme espontáneamente el honor de ofrecerse para contestar a este modesto discurso, con lo cual había de superar la pobreza de su contenido y darle un valor, y disimular sus defectos, porque estoy seguro, que estareis ansiosos mas que de escucharme a mi, de quien poco podeis esperar, oir su contestación, que por sencilla que sea, ha de tener indudablemente un

das por todos, indiscutibles también para todos, y razones morales, unas de sangre, otras de circunstancias tristísimas, que no hace falta recordar, pero que ciertamente, ni influyen en el concepto científico de mi antecesor, ni han de empañar en lo más mínimo su historial profesional e inteligente. No es tiempo de otra cosa que recordar el nombre que vengo a sustituir, con todo dolor y con todo

contenido interesante y una enseñanza del mayor valor positivo, adquirida en esta especialidad médica donde él, con la máxima brillantez, actuó gran parte de su vida científica. Y por ello con gran acierto por la actualidad del tema, aun poniéndome en un gran aprieto científico, me indicaba el motivo de mi discurso, en relación con los últimos y más recientes descubrimientos y estudios quirúrgicos en la especialidad de oftalmología.

Tiene la parte quirúrgica de esta rama de la medicina, un prestigio de sumamente habilidosa y una preocupación, aún entre los mismos médicos, de grandes dificultades en su técnica y sin embargo puede decirse de un modo absolutamente cierto, que en la marcha progresiva de los adelantos quirúrgicos, está la oftalmología a la cabeza de todas las demás especialidades médicas y no me propongo yo ciertamente hablar de todas y cada una de estas intervenciones modernísimas, porque son tantas como es la extensión de la especialidad, sería entonces un documento extensísimo y sin valor alguno científico, ni me propongo hablaros escuetamente de la labor de otro, sino de esa misma labor acrecentada con toda modestia por mí, allá en el ambiente silencioso y sencillo de mi clínica hospitalaria, donde esta labor quirúrgica tiene a diario una casuística tan enorme, que a fuerza del número, del cuidado y del respeto que merece siempre a los espíritus como el mío, la vida y la salud ajena, podré añadir algunas cosas más, seguro que no han de tener valor para la ciencia universal, pero sí lo tiene, para mi conciencia científica que no podrá reprocharme el haber aprendido, el haber estudiado y el haber laborado en bien de esa ciencia y de lo que representan los intereses vitales y sagrados, puestos en nuestras manos.

Al repasar en mi memoria y en mis técnicas diarias, cuales son las que más podían interesaros de todas ellas, no solo por ser las de fama más extendida, como tratamiento de los procesos de más gravedad del órgano de la visión, sino también en la parte psicológica que cada enfermo interpreta como de mayor gravedad, aunque luego en la práctica diaria no tenga la importancia que los pacientes suelen darle, este es el caso frecuente casi constante de los enfermos afectos de cataratas, enfermedad extraordinariamente extendida, que priva temporalmente del órgano de la visión, que de un modo progresivo va llevando al enfermo la sensación de aislamiento del mundo exterior, privándole de las ocupaciones cotidianas, ocasionando en muchos enfermos, estados sociales de orden profesional y económico de gran transcendencia y siendo por tanto un proceso cuyo diagnóstico y declaración a los enfermos y hasta los familiares, tiene el médico que revestirlos de gran prudencia.

¿Corresponden los detalles anteriormente citados a las dificultades que entrañan para el cirujano, solucionar por medios quirúrgicos esos grandes problemas? Ciertamente y afortunadamente no; en cualquiera de las técnicas, que ya son muchas, que se empleen para curar esta enfermedad, se encuentran

dificultades, unas que pueden ser achacadas a falta de habilidad, a pequñeces del campo operatorio y las de mayor importancia, que son debidas a la condición personal del operado, ya que el cirujano se encuentra totalmente imposibilitado de evitar ciertas complicaciones en la intervención, que son fáciles de corregir en cualquiera otra especialidad quirúrgica de la medicina.

Todas las técnicas empleadas desde el comienzo de la época quirúrgica de la Oftalmología, con pequeños detalles de diferencia, más que en la parte fundamental que pudiera hacer variar o desaparecer de un modo radical los grandes defectos que la hacían muy imperfecta, se mantuvieron en límites casi totalmente idénticas y por tanto el porvenir de estos operados tropezaba al final de su curación con los mismos problemas que dicha imperfección, les hacía insuficientemente aptos para sus trabajos habituales y así llegamos hasta hace aproximadamente veinte años, que esta operación, en virtud de nuevos procederes, ha colocado a estos enfermos en situación favorable para continuar toda clase de profesiones, aun aquellas que requieren una visión normal y justo consignar en este momento, que son los Cirujanos españoles los que quizás hayan aportado con sus técnicas propias, el avance más definitivo en la curación de esta enfermedad.

Y llegando a constituir el modelo definitivo, al que se atienen hoy todos los operadores y cuyo renombre mundial lo afirman bien claramente, el número de enfermos que acuden de todas las partes del mundo, para recibir aquí los beneficios de este tratamiento típicamente español, tratamiento que no está limitado a la exclusividad de unas solas manos, sino que afortunadamente con brillantez, habilidad y conocimiento científico, practican hoy la mayoría de los oculistas españoles y sirva esta observación, no de elogio íntimo para los nuestros, sino de reconocida y absoluta justicia.

ESTUDIO ANATOMICO, FISIOLOGICO

Y QUIRURGICO

No he de distraer vuestra atención con un estudio complejo y detenido de lo que constituye la anatomía del ojo y solamente he de limitarme a hacer referencia aquellas partes de él, que tienen relación íntima con el motivo de este trabajo.

Sabeis que hay dos partes fundamentales en la estructura ocular, con vida propia unas, y sin ella las otras, pero que todas contribuyen de un modo armónico, a la función de dicho órgano y precisamente una de estas partes, el cristalino tiene a su cargo la función pasiva pero fundamental en la óptica ocular, compuesto de dos partes, una interna propiamente nuclear y otra externa capsular. Cuando enferma da lugar a la formación de ese proceso a que antes me refería, que se llama Catarata y que priva al ojo de la visión.

El cristalino lente biconvexa situada en la parte media del ojo, detrás del iris y delante de la retina, suspendido por dos ligamentos de lo que anatómicamente se llama procesos ciliares, su situación y su forma óptica en estado normal, tiene por función concentrar los rayos visuales hacia la retina, parte del ojo que recibe las sensaciones externas, para transmitir las al cerebro y formar las imágenes visuales. Cuando por una causa, bien de origen traumático o de otra naturaleza, en la mayoría de los casos desconocida, la transparencia normal de este órgano se altera, la función ocular queda suspendida pudiendo restablecerse mediante una intervención quirúrgica, único modo de conseguirlo, ya que los intentos de restablecimiento de la referida transparencia con medios médicos e indirectos no dieron resultado alguno.

He dicho restablecimiento de la transparencia, para insistir en la ineficacia por desconocimiento del origen de dicho proceso, de aquellos medios que tiendan por un procedimiento o por una medicación determinada a restablecer la estructura anatómica del cristalino; es por tanto indispensable acometer el tratamiento desde el punto de vista quirúrgico.

Decía al principio que la cirugía del ojo se desenvuelve en un ambiente técnico, que no es de extrema dificultad, pero sí es de absoluta delicadeza, que exige la atención del operador y cuya delicadeza se ha de traducir en una técnica cuyo desenvolvimiento ha de someterse a la más absoluta moderación, porque la brusquedad en cualquier maniobra puede dar lugar a complicaciones irremediables.

TECNICAS ANTIGUAS

Y

TECNICAS MODERNAS

Las primeras técnicas desde los tiempos de DAVIEL que intentaron, una vez diagnosticada sin género de duda esta enfermedad, que durante mucho tiempo fué confundida con otras de mayor o menor gravedad, pero sin precisar exactamente la parte del ojo donde radicaba, la tendencia quirúrgica fué la de desplazar dicho cristalino de su sitio habitual, para dar paso a través del orificio pupilar de los rayos visuales, bien desplazando dicho órgano fuera de su situación normal, merced a un proceder violento, mediante una contusión o por un instrumento que hiriendo el cristalino, le hiciera perder su posición normal, o bien otros, intentaron la extracción fuera del ojo ocasionando fáciles complicaciones y graves trastornos en la mayoría de los casos irremediables.

Complicaciones que en aquellos tiempos y aún mucho después, tenían como base fundamental la infección, que en el ojo es de tal modo catastrófica, que contra ella no puede hacerse nada y aún en los tiempos actuales, nada ha podido conseguirse para evitarla en muchos casos y menos aún para curarla;

esta y las demás son un peligro con que tropiezan las técnicas modernas, pero la delicadeza y sobre todo el alivio del traumatismo operatorio, hace hoy que dichas complicaciones sean tan poco frecuentes, que afortunadamente en cualquier clínica se desenvuelve una estadística sin que en mucho tiempo aparezca ninguna de ellas.

Era la técnica a que he hecho alusión antes, y practicada de un modo empírico, aunque no hace mucho tiempo un ilustre catedrático español, la empleaba, la conocida con el nombre de RECLINAMIENTO DEL CRISTALINO y consistía sencillamente en la introducción de una aguja de las que llamamos en la oftalmología para extracción de cuerpos extraños que introduciéndola en el ojo por el sitio conocido por limbo esclero corneal, al llegar al cristalino opaco por una maniobra brusca arrancaba éste de sus dos inserciones superior e inferior, y lo hacía huir al fondo del ojo convirtiéndolo en un cuerpo extraño traumatizante de las membranas vascular y nerviosa, provocando reacciones de tal intensidad, que a no largo plazo, ocasionaban la atrofia del ojo, complicación que también podía ocurrir por el hecho del arrancamiento violento y lesión de la membrana nutricia del mismo, es incomprendible como este proceder ha podido mantenerse aún en manos hábiles, y menos aún constituir una época de la cirugía ocular, y puede decirse que es más extraño porque las primeras orientaciones de extracción total y parcial del cristalino son más antiguas en la ciencia médica y constituyen lo que pudiéramos llamar la edad media de la cirugía ocular.

EXTRACCION DEL CRISTALINO

Pueden marcarse perfectamente en la cirugía del cristalino dos épocas: la primera, extracción parcial con una técnica tan complicada, tan propensa a accidentes y tan vulnerable el ojo a todas sus complicaciones y de resultado visual, infinitamente más defectuoso que cuando la extracción es total. He de pasar por encima todos los detalles referentes a preparación del enfermo, que son iguales para todas las técnicas y en general para toda la cirugía del ojo, limitándome por tanto a hacer una descripción de aquellas referencias que puedan ilustrar para el mejor conocimiento del resultado operatorio.

Abrir el ojo a través de la córnea; también podrían citarse con este motivo, una porción de originalidades en cuanto a la forma y al sitio de abertura, pero no cabe la menor duda que cualquiera que sea el ideal, mayor es el de dejar libre y absolutamente transparente la parte central y óptica de la córnea, porque de otro modo sin este requisito, sea cual sea el resultado ulterior de la operación, siempre sería un fracaso de visión. Generalmente se elige para dicha abertura, hecha con un instrumento adecuado, su parte periférica, se traza un colgajo uniforme que tiene su punto de determinación, hacia la parte

superior, colgajo que debe prolongarse después a través de la conjuntiva, es decir, de esa membrana que envuelve el ojo a modo de cáscara y que terminada la extracción del cristalino, hace replegarse y mantenerlo replegado el colgajo corneal, para restablecer la formación de la cámara anterior del ojo, detalle de una gran importancia para conseguir una rápida convalecencia

Practicado dicho colgajo, el esfínter pupilar debe dar salida al cristalino y esto a veces se consigue agrandándolo artificialmente mediante una segunda operación que se llama IRIDECTOMIA y que tiene una doble finalidad, evitando en el curso de los días sucesivos, que por cambio de la tensión del ojo pueda dicho borde pupilar, enclavarse en los bordes de la cicatriz corneal, practicada esta maniobra, que quizás sea la única sensible para el enfermo, porque hemos de maniobrar en una parte del ojo enormemente innervado, procedemos a romper la cápsula o envoltura anterior del cristalino, todo lo más exactamente posible para dar salida fácil al núcleo del mismo y para dejar, a ser posible, el menor número de masas nucleares y periféricas que estando desprendidas de dicho núcleo, deben extraerse en su mayoría para evitar que posteriormente provoquen reacciones inflamatorias por su presencia cerca de la membrana vascular del ojo y que dificulten la visión y el resultado por tanto operatorio.

Conseguido esto y eliminando todas las posibilidades de complicaciones operatorias unas, e individuales otras, transcurrido el tiempo necesario para la normalización de todas las partes del ojo que han sido afectados por la intervención, ha de procederse a la valoración del poder visual del ojo, mediante la corrección óptica, o sea, en el aditamento de una lente cuyo poder óptico ha de sustituir a la extraída. Pero volviendo a la última parte de la operación y recordando que para la extracción del núcleo cristalino, rompemos únicamente la cápsula anterior y dejamos intacta la posterior, esta, a medida que pasa el tiempo, va condensando sus elementos fibrilares, que van tomando una coloración y dificultando a medida que se condensan, la visión del ojo y por tanto el resultado visual de él, aún siendo perfecta la técnica empleada, es deficientísima en cuanto a la función del ojo operado, porque no puede jamás alcanzar ese grado de visión ideal que hemos de buscar a todo trance para conseguir que cumpla su misión al máximo.

Este resultado que se conoce desde los comienzos de esta intervención, han sido muchas las tentativas, han sido muchas las técnicas operatorias que han tratado de corregirlos sin que en ningún caso pudiera conseguirse esto, sin provocar a las ya existentes, nuevas complicaciones en muchas ocasiones de carácter gravísimo y fueron tan pronto iniciadas como abandonadas para volver a la técnica antigua y únicamente el tesón, la habilidad operatoria y el ingenio de algunos oculistas, creó nuevamente el campo de la extracción total, que indudablemente constituye el progreso más evidente y beneficioso de la cirugía de la catarata.

ELEMENTOS PARA CONSEGUIRLOS

Pudiéramos decir que cada escuela tiene sus equipos de instrumental personales e independientes de los demás, hemos de citar en primer lugar la escuela de BARRAQUER, padre e hijo, que iniciaron la extracción de la catarata mediante una ventosa que puesta en comunicación con un aparato o bomba para hacer el vacío, mediante la corriente eléctrica, dando una graduación determinada a esta presión, que ha de vijilar la aspiración de la ventosa al adherirse a la cara anterior del cristalino y por unas maniobras habilísimas y delicadas, hacen la extracción sin rotura de dicha membrana y por consiguiente continente y contenido, quedarían fuera de su lugar anatómico, procurando que al romper sus ligamentos suspensorios, esta rotura fuese lo más dulce posible y no provocar con ella una salida de los líquidos oculares sobre todo del situado detrás del cristalino, que por no ser recuperable su falta, puede ser una complicación de importancia y conviene se tenga muy en cuenta para evitar dicha pérdida.

Esta técnica completada con un detalle de gran transcendencia, de gran seguridad para los primeros días de la operación, como es la sutura mediante hilo muy fino o seda del colgajo córneo conjuntival que hoy practican casi todos los oculistas. Constituyó hasta hace poco, una técnica casi exclusiva de sus inventores que hoy se ha generalizado con el empleo unas veces del material quirúrgico antes indicado, o modificándolo en la parte de extracción, mediante unas pinzas de extremos adecuados que cojan en la mayor extensión posible dicha cápsula anterior y que deja a la habilidad operatoria y a la sensibilidad de la mano, siempre más al alcance de nuestra voluntad, la extracción de dicha lente. Pudiéramos decir que esta es la escuela francesa, porque es allí donde la cultiva o la ha cultivado uno de los oculistas de más renombre el Profesor KALL, en el Hospicio de Paris, donde ha sido maestro de varias generaciones de oculistas franceses y extranjeros. Esta técnica operatoria con modelos distintos en el material y con pequeños detalles en su ejecución, es realmente la más extendida y aún en España, la que se practica con más frecuencia; esto no se dice en de mérito el proceder de BARRAQUER, cuya realización tiene en algunos casos más dificultades de habilidad y de instrumental para su ejecución, tanto uno como el otro, constituyen como dije al principio el progreso más importante en esta parte de la cirugía ocular, porque corregida la visión, se consigue una función visual en la mayoría de los casos igual a la normal.

DESPRENDIMIENTO DE RETINA

Esta enfermedad conocida de antiguo, producida principalmente en aquellas personas que padeciendo un defecto de refracción (miopía), no se han corregido debidamente y el ojo sometido a una serie de violencias y esfuerzos y dada la naturaleza patológica de estos ojos, origina la desunión de retina con el resto de la membrana del ojo, dando lugar a una pérdida de la visión en la zona afectada, pérdida de la visión que hasta hace muy poco podía considerarse como definitiva e incurable, siendo los escasos recursos terapéuticos empleados de eficacia nula y constituyendo por tanto esta enfermedad una de las mayores preocupaciones del oculista. *Terapéutica quirúrgica.* Con un conocimiento bastante exacto de la patogenia de esta enfermedad, se orientó una terapéutica consistente en el empleo de inyecciones subconjuntivales de un líquido hipertónico, que mediante un proceso de ósmosis diera lugar a la salida del líquido que a través de desgarros de la retina, se había estacionado entre ésta y la coroides, proceder más teórico que práctico, doloroso y muy poco eficaz, pero indudablemente ha sido el punto de partida de otras técnicas.

Muy posteriormente el famoso oculista suizo GONIN, ideó un proceder terapéutico que consiste en la cauterización con termo cauterio que tiene por objeto producir a más de la salida del líquido situado entre retina y coroides una retinitis adhesiva que ha de producir la reeplicación de la retina; este proceder ha sido variado por VOG, empleando el galvano cauterio de punta fina. Posteriormente GUIST, ha empleado la trepanación escleral simple o añadiendo una sustancia química y por último VEVE y SAFAR, emplean la diatermia buscando todos ellos una revulsión en torno a la zona desprendida que produzca la reeplicación de la retina.

Nos cabe a los españoles el alto honor de haber sintetizado de un modo científico y de maravillosos resultados, la parte útil de todos estos procederes en una técnica completísima, que manejada por uno de nuestros mayores prestigios científicos el Dr. ARRUGA, puede decirse que ha dado un paso de gigante en la resolución de este gran problema, de cuya eficacia y resultado soy yo testigo de mayor excepción por conocer el curso de varios operados, que con su habilísima técnica les ha alejado del triste porvenir de una ceguera irremediable.

No describo de un modo detallado esta técnica suya, por no entrar en un campo tan árido y fuera de lugar para esta Academia, que creo puede dar por satisfecha su curiosidad con estos detalles que pretenden exclusivamente llevar al ánimo de todos, el haber desaparecido para siempre esta preocupación que hasta hace muy poco era irremediable, solo falta que estas técnicas

se generalicen por completo y que puedan ser manejadas por todos para evitar a los enfermos el desplazamiento a sitios determinados. Y llegamos a lo más saliente de la terapéutica quirúrgica ocular referente a los

INGERTOS DE CORNEA

Terapéutica tan antigua como son las lesiones que han motivado la serie de investigaciones que durante mucho tiempo se hicieron para modificar la anatomía y patología de la córnea, cuando por un proceso se alteraba la constitución de sus elementos estructurales y la fisiología de su función.

Las manchas corneales de gran extensión y situación central, impidiendo la llegada al órgano sensible de los rayos visuales, impedían la visión y enfermos, de ojo completamente normal a excepción de la lesión de córnea, estaban sometidos a una ceguera absoluta que solamente podía evitarse y modificarse convirtiendo aquella zona de córnea opaca, en córnea transparente.

A primera vista podría parecer una cosa sencilla y de técnica fácil llevar a cabo esta operación, pero en la práctica tiene dificultades tanto por el estado de la córnea enferma, como por la córnea que ha de ingertarse; entre todos los nombres que han circulado como más conocidos en estas investigaciones, figuran dos: uno ruso, FILATOV, y un español, CASTROVIEJO, joven oculista español, que trabaja muy lejos de la Patria, pero que ha sabido recoger para ella todos los laureles, con los cuales ha logrado formar una aureola de honor y de gloria para la ciencia española.

Yo quiero desde este sitio y en esta hora, enviarle dentro de mi modestia, el saludo respetuoso y agradecido de oculista español, a quien ha sabido llevar el nombre de España, donde otras veces estuvo por el mérito de sus sabios y de sus artistas.

Entrar en un detalle minucioso de todas y cada una de las técnicas ideadas y modificadas después por cada uno de los que intentamos hacer algo en este sentido, sería meternos en un terreno árido, de carácter demasiado científico y local dentro de la medicina y es posible que defraudara vuestro interés que ha de quedar satisfecho, seguramente con conocer aquellos detalles que tranquilicen vuestro afán de saber y de cultura,

Los casos operables pueden dividirse en favorables para la intervención y desfavorables, considerándose los primeros tanto aquellos en que el resto del globo ocular está sano, cuanto en mejores condiciones anatómicas se encuentran los tejidos que circundan la parte que ha de ser sustituida y como casos desfavorables, aquellos en que el leucoma tiene adherencias a otros tejidos, en que la tensión ocular, lo mismo por defecto que por exceso, puede dificultar la cicatrización del colgajo y cuanto los tejidos próximos al leucoma están muy vascularizados, sobre todo mientras más profunda es esta vascularización.

El material que se emplea como tejido de transplante: está totalmente desechado el empleo de córneas de animales, siendo de preferencia el uso de córneas humanas y casi en su mayoría, el de córneas de cadáver. Castroviejo emplea preferentemente las córneas de feto, la conservación de la córnea del cadáver que ha de transplantarse en un medio adecuado puede prolongarse durante algunos días, es muy importante que la córnea que ha de transplantarse pertenezca a un ojo enucleado, mejor sí lo es por una lesión traumática, que por un proceso tumoral y lo mismo si dicho ojo hubiese padecido tuberculosis, sífilis o diabetes, tampoco están de acuerdo todos los autores en cuanto a la edad del individuo, cuya córnea ha de injertarse para el resultado favorable de la operación.

En cuanto a la relación de los grupos sanguíneos, no existe tampoco una concordancia absoluta.

La obtención del tejido que ha de injertarse se hace del mismo modo que la estirpación del leucoma que ha de sustituirse, conservándose en medio químico y a la temperatura adecuada para el mejor resultado en la vitalidad de dicho colgajo

El instrumental que requiere esta operación, ha de ser como todo el instrumental que se emplea en la cirugía de ojos, empleándose con preferencia el trépano mecánico de HIPER, de diámetro de tres milímetros en adelante, siendo el modelo de GRIESAFE el preferible por tener un tope que permite graduar milimétricamente la profundidad del colgajo, siendo también conveniente, para no herir el cristalino, ni el iris, usar las espátulas protectoras de FILATOV con un orificio en el centro, y las agujas que han de efectuar la sutura, todo lo más finas posible.

No tiene la técnica de esta operación grandes detalles de habilidad operatoria y sí como en casi todas las de cirugía ocular, dado el pequeño campo operatorio en que se desenvuelve la intervención y la facilidad con que puede infectarse una intervención de esta clase, algunos puntos interesantes que deben tenerse en cuenta durante todo el tiempo de la operación.

Es necesario en primer término, tener dispuesto en el ojo que ha de operarse, un medio protector y ninguno mejor que la propia conjuntiva del enfermo, que puede ser preparada bien para proteger por deslizamiento, o bien en forma de colgajo invertido; esta última es la más practicada y la que da más seguridad de aislamiento del agujero de trepanación. El diámetro de este último tiene que estar en relación íntima y directa con el colgajo que se trasplanta y corrientemente, entre uno y otro, debe haber una diferencia de uno o dos milímetros, en más para el colgajo que se trasplanta, siendo únicamente en los casos de hipotomía ocular necesario que sea más pequeño que el orificio acogedor, colocado en él; ha de fijarse dicho colgajo merced al colgajo conjuntival antes practicado y en la forma más conveniente, y en caso de

tratarse de enfermos poco dóciles e intranquilos, será necesario reformar la acción contentiva de la conjuntiva con unos hilos cuya forma lineal o crucial, es indiferente así como el número de ellos y que han de fijarse en el limbo corneal.

Muy frecuentemente se comprueban adherencias de la córnea al iris y al cristalino, que dificultarán extraordinariamente el resultado de la operación, y para proceder correctamente en estos casos, es necesario separar mediante espátulas romas, todo lo mejor posible, el iris de la córnea, y si como es de esperar, el cristalino estuviese opacificado, se extrae sin gran dificultad y se procede después a la aplicación del colgajo.

OTRAS TÉCNICAS

En caso de que solo las capas anteriores de la córnea estén opacificadas, no sería necesario hacer la trasplatación total, sino únicamente de la parte opacificada. MORAX practica esta trasplatación parcial con trozos laterales del mismo ojo; puede hacerse también lo que llama FILATOV la queratoplastia repetida en trozos pequeños y superficiales que parece que de este modo se favorece la nutrición de los pequeños injertos y se puede llegar con más seguridad al éxito total. Cuando la operación es total, aun en el caso de prender el colgajo de modo inmediato, es dado este procedimiento a los cambios rápidos de tensión ocular que terminan a veces por hacer necesaria la enucleación del ojo. Tanto las variantes de queratoplastia cuadrada o en escalera, son empleadas muy poco por ser más favorable a la cicatrización la forma circular del colgajo.

Hago mención únicamente a modo de curiosidad científica, en lo que se refiere a la sección cónica o circular y al empleo de aparatos poco usados como el construido por GRIESABER, que no suelen ser empleados.

Los cuidados post-operatorios en estos enfermos, son exactamente igual que en los demás operados de ojos.

COMPLICACIONES

La falta de adherencia del trasplante que hace años era muy de temer, es hoy un accidente rarísimo con las técnicas actuales. La mayoría de operadores no han observado ningún caso. Solo pueden ocurrir cuanto el trasplante se desplaza de su lugar de implantación por imperfección de las técnicas de fijación, o bien por panoftalmia, complicación muy rara también.

Hipertensión ocular.—La complicación más frecuente es la hipertensión ocular, que se presenta a menudo y sobre todo en ojos que ya antes habían tenido períodos de hipertensión. En tales casos hay que procurar antes

normalizar la tensión, incluso haciéndola descender por debajo de 20 milímetros, por medio de operaciones fistulizantes o de la cicloialisis.

Una vez manifiesta la hipertensión, puede ser pasajera, en cuyo caso bastarán para dominarla las instilaciones de pilocarpina y las punciones de la cámara anterior, mas si se sostiene la hipertensión, conviene practicar una operación fistulizante.

La hipertensión perjudica grandemente la conservación de transparencia del trasplante a la vez que produce astigmatismos acentuados por dilatación del mismo en uno u otro sentido. Si todo el trasplante cede bajo la presión intraocular, se produce la distensión del mismo, complicación grave de difícil corrección. Se dan casos de distensión estafilomatosa del trasplante sin que la presión intraocular sea anormal, lo cual se explica por poca resistencia de la córnea, sobre todo debido a déficit nutritivo y de inervación en los primeros tiempos post-operatorios. En un caso de trasplante con córnea de feto de ocho meses y medio, en apariencia bien nutrido y sano, se observó una distensión del trasplante a pesar de que la tensión ocular era de 16 milímetros. En vista de ello, se practicó una segunda operación con un trasplante de un cadáver adulto de 52 años con resultado perfecto, sin distenderse a pesar de que la tensión oscilaba entre 18 a 24 las primeras semanas de la operación. En este caso podría ser causa de la distensión la temprana edad de la córnea, pero las hay también con córneas adultas.

Ultimamente se han usado en dos casos, uno de ellos con distensión del trasplante que se iniciaba, y otro en que la tensión era de 35 milímetros, los cristales de contacto y vendajes con buen resultado. En ambos casos se utilizó un cristal de contacto de ZEISS para queratocano. En uno de los dos, el cristal era mal tolerado y solo podía ser llevado cuatro o cinco horas por día y durante toda la noche. Era el caso de hipertensión de 35 milímetros, se practicó una operación antiglaucomatosa, en este caso la cicloaldisis, la tensión bajó a 22 milímetros y no fué ya usado más el cristal de contacto.

Opacificación del trasplante.—La complicación final frecuente es la opacificación del trasplante, que hace ineficaces un buen número de operadores y sobreviene con tanta mayor probabilidad cuanto peores son las condiciones de la córnea receptora o leucomatosa.

En los primeros días después de la operación, suele opacificarse el epitelio corneal, formando una tenue falsa membrana que se desprende fácilmente. Esto ocurre sobre todo si se usan los hilos de fijación corneales. Aparte de esta opacidad superficial, puede presentarse en los primeros días una opacificación pasajera del parénquima corneal, la cual cede generalmente a los pocos días y es debido probablemente a la inhibición acuosa del tejido corneal por las lágrimas o el humor acuoso, pues se la ve desaparecer cuando se contrasta en la lámpara de hendidura el cierre de los intersticios donde se infil-

traba el agua. Se presentará tanto más cuanto menos perfecta sea la adaptación del trasplante

Mas la opacificación perjudicial, es la que más tardiamente se presenta pasadas las primeras semanas y hasta los primeros meses

Pasados cinco o seis meses, es más difícil que se modifique la transparencia del trasplante, aunque no es imposible.

Esta opacificación no es atribuible, como hemos dicho antes, a heterogeneidad del grupo sanguíneo, ni a vejez del trasplante, sino más bien a las condiciones defectuosas de la córnea leucomatosa. Sin embargo, el hecho de que aún en casos de relativamente buenas condiciones se presente la opacificación, hace creer que aparte de estos, otros factores hoy desconocidos han de influir en su producción; la falta de adaptación perfecta entre el trasplante y la córnea, la mala condición nutritiva o de intervención de ciertas córneas y la falta de adaptación de las membranas de DESCOMET, pues el epitelio anterior de la córnea poliestratificado, de fácil proliferación, salvo las pequeñas irregularidades, rellena los intersticios, mientras que la DESCOMET, es un epitelio monoestratificado de difícil soldadura y menos capaz de rellenar intersticios por imperfección de adaptación. Pero todo esto no explica todavía la mala evolución de ciertos casos.

RESULTADOS

Los resultados corresponden en estas operaciones, más quizás que en otras, a la calidad de los casos que se operan. Si solo se operan casos con leucoma central y trasplante rodeado de córnea transparente, se obtiene aproximadamente un 80 % de transparencias definitivas, 15 % de semi-transparencia y 5 % de opacidad del trasplante. En estas cifras concuerdan ya varios autores y por mi parte me parecen bastante exactas

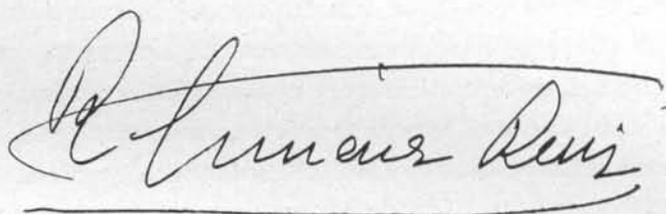
Cuando el leucoma es total, la regla es la opacificación del trasplante. En tales casos las estadísticas de los principales autores coinciden en que el porcentaje es aproximadamente de 80 % de opacificaciones, 20 % de semi-transparencia y ninguna transparencia definitiva del trasplante. En tales casos, o bien hay que contentarse con el 20 % de semi-transparencia (que ya constituye un éxito en buen número de casos), o bien hay que repetir la queratoplastia en una u otra forma (total o parcial).

Entre estos dos límites fluctúan las estadísticas de conjunto, así es que la mayoría de autores obligados a operar un gran número de casos en malas condiciones, tienen solo un porcentaje de 15 a 20 % de éxitos con transparencia, un 35 a 40 % de semi-transparencia y un 40 a 50 % de opacificaciones del trasplante.

Los casos de transparencia aunque esta sea perfecta y se vea el fondo ocular con toda nitidez, no dan, como parece debería ser, la visión normal; la mayor parte de las veces la visión oscila entre 0,2 y 0,5, seguramente por irregularidad astigmática. Por poco opaco que sea el trasplante, la visión baja en seguida, aunque ello constituye en casos de leucoma opaco un éxito funcional.

Con ello termino y creo haber dado cuenta del estado actual de la queratoplastia con imparcialidad, es decir sin entusiasmos y sin pesimismo.

Muchas gracias por la atención de todos, y sabed para siempre que estoy convencido de ocupar un sitio que solo con mi voluntad y deseo, podré llevar dignamente y termino como el famoso Caudillo: «Para mí la Patria nunca será triunfo, sino agonía y deber».




Contestación del Director de la Academia
Dr. Don José Amo Serrano.

Voy a prescindir de esa frase de cortesía o de modestia, más o menos sincera con que suelen empezarse estos discursos. Harto evidente es la decadencia en que me encuentro por los estragos de los años y los trabajos que para mí ha tenido la vida. Pero a pesar de estos hechos cometo el voluntario anacronismo de querer presentar al Sr. Giménez Ruiz en este acto, y darle la bienvenida en nombre de esta Academia. Esto se explica porque conozco la inclinación que el nuevo académico ha tenido siempre con nuestra corporación, dando conferencias antes de pertenecer a ella y porque se trata de un Médico oculista, y la oftalmología fué para mí siempre objeto de preferencia durante muchos años, y aun cuando no alcancé la consideración de especialista distinguido, presté mis cuidados a gran número de enfermos de los ojos y practiqué todas las operaciones que entonces se conocían para el tratamiento de los afectos de órganos tan importantes.

Es tarea muy fácil el hacer la apología del Sr. Giménez Ruiz, porque tiene una personalidad muy destacada y conocida. Le vemos muy joven vis-

tiendo el traje de Sanidad Militar y fiel cumplidor de sus deberes; en su actuación en Marruecos se acreditó bastante, tanto en el campo de batalla como en los hospitales, y según se desprenden de los frecuentes relatos de su vida de campaña, actuó como patriota verdadero interesándose en el triunfo de las armas españolas

Avanzando en la vida y por inclinación a los goces familiares, ganó en buena lid, una plaza de Médico Oculista en el Hospital provincial y allí empleó sus actividades en el ejercicio de la especialidad que cultiva con predilección particular. Lo mismo en los enfermos hospitalizados, que en los de su clientela particular, es notoria su conciencia profesional, prodigando ciencia al cliente y consuelos al que sufre.

Aún después de alcanzar buena posición, no se detiene dormido en sus laureles. Viaja por Italia, Francia y Portugal, asiste a los principales Congresos Oftalmológicos, donde se relaciona con los oculistas de mayor renombre.

Entre las aptitudes de nuestro buen académico, se descubre otra bastante interesante y no muy frecuente entre los que se dedican a profesiones médicas; el Sr. Giménez Ruiz, es un músico inteligente que posee bastante instrucción artística. No es el aficionado vulgar que asiste a los actos musicales por costumbre o rutina, sino persona culta que ha recibido lecciones de buenos maestros, en este arte sublime. En el Sr. Giménez Ruiz se repite el caso de Orfila, que, célebre Médico, cantaba con notable maestría en reuniones particulares.

El espíritu progresivo y adaptable a muchas actividades de nuestro compañero, le ha llevado también al campo de la política; ha desempeñado por dos veces el cargo importante de Alcalde de nuestra Ciudad. Permitidme que no acompañe a nuestro oculista más que hasta la puerta de este templo vedado para mí. Reconozco que no se puede gobernar a gusto de todos. Desde la Alcaldía, hay que confesar sin embargo, que se ha mostrado amable con el público, sufriendo con cortesía las insensatas peticiones que asedian corrientemente a las autoridades y me parece haberlo visto siempre inclinado a favorecer todo lo que en su conciencia es bueno y justo.

El discurso que acabais de oír, prueba sobradamente todo cuanto digo en honor del nuevo Académico, en lo que se refiere a su valor profesional y científico. Es de sentir que el fondo de su contenido no esté al alcance sino de los que cultivan la oftalmología, pero encierra una enseñanza que todos pueden percibir con facilidad y que es bastante consoladora para los enfermos de los ojos. El progreso que la oculística ha alcanzado en estos últimos tiempos, es considerable; no ha mucho que toda la intervención médica y toda la especialidad estaba reducida a insuflar en los ojos enfermos con un canuto, polvo de azúcar cande, y lo que es peor y más sucio, aplicar ciertas secreciones humanas, y cuando estos medios fracasaban, se pronunciaba la frase final: «A los

ojos con los codos»; refrán bárbaro que servía a maravilla para encubrir la ignorancia, pero que consolaba al paciente.

Otra de las creencias vulgares, consecuencia lógica de la aplicación del adagio que acabo de recordar, era el miedo del público a las intervenciones quirúrgicas, fiándolo todo a la absurda terapéutica antigua. Gúice Guiciardini, antiguo médico italiano, dice con infantil ingenuidad, que a Julio de Este, personaje de ilustre familia a quien le sacaron los ojos, se los colocaron de nuevo en sus órbitas y recobró la visión de un modo perfecto con solo los cuidados médicos. Todas estas fantasías, no tienen otro valor que el de curiosidades históricas. El conocimiento de las afecciones oculares, marcha con celeridad incansable, a pesar de lo árido y difícil del terreno, y las intervenciones de la cirugía ocular, como nos enseña el Sr. Giménez Ruiz en su discurso, no se limitan ya a la parte anterior del ojo, sino que penetran hasta la retina; el porvenir de los ciegos es pues muy consolador.

Seguir todos los detalles, repetir y comentar el trabajo que acabamos de escuchar, me parece tarea impropcedente e infecunda, pero permitidme como conclusión o epílogo de esta sesión, vagar un poco por lo que pudiéramos llamar la oftalmología vulgar, tema que siempre es inagotable e interesante, y que como todo lo que se refiere a la madre naturaleza, nos atrae con su espléndida hermosura.

En la serie animal se ve una gradación sorprendente en la conformación que presentan los órganos de la visión. Desde los seres inferiores que solo tienen por retina una superficie plana o con fectas que les dá solamente la idea de la luz, dada la falta absoluta de órganos visuales, como sucede en los proteos, reptiles que viven en el fondo de las grandes cavernas americanas, hasta la admirable, complicada y potente disposición de los ojos de las aves de rapiña, que desde increíbles alturas exploran cuanto acontece en la superficie de la tierra y que pueda servirles de presa para saciar su voracidad, ¡cuántas gradaciones se presentan a la curiosidad e investigación del naturalista y del filósofo!

En el orden de lo fabuloso se refiere que en tiempos remosísimos hubo una raza de hombres de constitución y fuerza hercúlea que construyeron los monumentos más primitivos, compuestos de inmensos bloques de piedra. Estos seres singulares, tenían un solo ojo en el centro de la frente; en la actualidad hay una deformidad, llamada Cicloopia, que recuerda la disposición singular de los órganos visuales de aquellos monstruos.

Se comprende que con estas condiciones naturales se hayan impresionado los hombres y encuentren tantos motivos para divagar en diferentes sentidos. En el aspecto idealista y religioso la Biblia nos refiere, que Tobías se durmió al pié de un muro donde anidaban muchas golondrinas; las deyecciones de estas aves ensuciaron los ojos de este personaje y perdió la vista; San Rafael

vino en su auxilio por disposición Divina y aplicó al enfermo el hígado de un pez cogido en el Tigris, sanándolo inmediatamente. Por eso representan los artistas a nuestro Custodio con un pez en la mano. En el Evangelio de San Juan, se lee también, que Jesús devolvió la vista a un ciego de nacimiento ungiendo sus ojos con un poco de tierra, mezclada con su divina saliva.

Más como la naturaleza es inagotable en sus contrastes, parece que en ciertas circunstancias hasta la falta de la visión la ha compensado con aptitudes suplementarias en ciertos órganos más privilegiados, para que no se perdieran las producciones de su ingenio. Homero estaba ciego y en este lamentable estado compuso los dos más admirables poemas que poseyó la Grecia y que recitaba a la puerta de los palacios donde celebraban sus banquetes los magnates de su tiempo. Milton, el poeta inglés más celebrado por todos los literatos, dictó a sus hijas *El Paraíso Perdido*, porque carecía de vista. Leopardi el gran poeta italiano, célebre a pesar de su pesimismo proverbial, veía poco y sus obras fueron dictadas a sus familiares. Pero donde se acentuó más este contraste, es en el oculista Javal, miembro de la Academia de Medicina de París y práctico muy estimado. Después de tener la desgracia de quedar ciego, inventó el ortómetro, instrumento muy estimado en oftalmología y descubrió el sentido de los obstáculos, disposición que se desarrolla en las personas que pierden la vista.

Los poetas y los novelistas han tomado también a los ciegos como protagonistas de sus creaciones. Pérez Galdós ha ideado su *Marianela* y Echegaray ha hecho lo mismo en uno de sus dramas. Pero nada tan conmovedor como el relato de Chasta, el de la voz armoniosa. Este personaje, interesante, instruido y prudente, refiere al joven francés René sus trágicos amores con Atala; estaba ciego y era guiado por las orillas del Meschascébe por una bella joven, como Antígona guiaba a Cíterón, o como Malbina conducía a Orión sobre las cumbres de Morván. Entre los corazones sensibles vivirá eternamente la obra de Chateaubriand. Pero donde las curiosidades oftalmológicas encuentran su mayor campo de investigación, es en la fisionomía y la expresión de los ojos. Si en la cara humana la boca es el lugar donde se marcan las pasiones, en los ojos se patentizan mucho los sentimientos que animan a cada persona y el grado de vivacidad e inteligencia que posee. Con el movimiento de los ojos se ama, se odia o se desprecia, se reconviene o se elogia, y hasta el necio y orgulloso, mide con su mirada la distancia a que coloca la persona a quien dirige la palabra.

Baltasar Gracián dice en el *Criticón* con su sabroso lenguaje: «los ojos son en el cuerpo, lo que las dos lumbreras en el cielo y el entendimiento en el alma. Ellos suplen todos los demás sentidos y todos juntos no bastan para suplir su falta. No solo ven, sino que escuchan, hablan, vocean, preguntan, suspenden, riñen, espantan, apasionan, agasajan, ahuyentan, atraen y ponderan

y todo lo abrazan; con los ojos solamente, y sin usar palabras, se puede decir mucho. Cuando Pedro negó a Cristo, nos dicen sencillamente que *el Señor miró a Pedro*. Esa mirada de triste reconvención, fué lo bastante; Pedro se retiró a llorar amargamente.

Los ojos de las mujeres merecen todavía un momento de atención; unos ojos grandes y expresivos, son para muchos de un poder irresistible, y si el ángulo externo está más bajo que el interno, puede asegurarse que alcanzan el límite de la belleza; nuestra compatriota la Emperatriz Eugenia, poseía esta rara conformación, que unida a otros detalles, llegó a ser de fama universal; en cambio los ojos redondos, pequeños, como son los de ciertas razas, no merecen la admiración de los hombres de gusto refinado.

El color de los ojos en la mujer tiene para muchos grandísima importancia y suscitan animadas y acaloradas discusiones entre los sujetos galantes. Los ojos negros parecen indicar la pasión; los azules la bondad; los grises la agudeza del ingenio; los verdes son los más raros de descifrar y los que suelen tener menos partidarios.

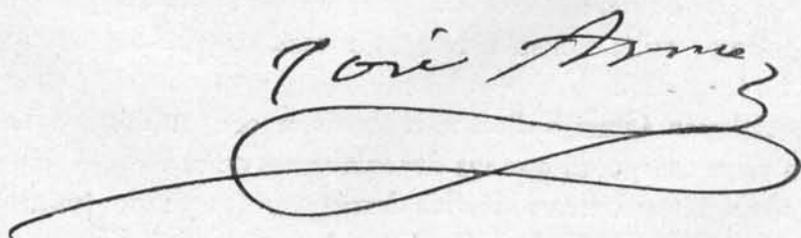
Sin embargo, el poeta Bécquer consuela en versos sugestivos a una joven que se afligía por tener los ojos verdes. Circe, la diosa maga que envenenaba a sus amantes, tenía los ojos verdes y era admirada su belleza por sus devotos los griegos. Minerva, diosa de la sabiduría, según nos dicen los poetas, formaban sus ojos verdes un raro contraste con sus marciales atavíos.

No intento mediar en esta discusión y menos fallar pleitos tan delicados. Uno de mis poetas favoritos, ha escrito estos bonitos versos:

Miré al abismo..... la sombra;
 Miré a los cielos..... el aire;
 Miré a tus ojos..... no miro
 desde entonces a otra parte.

Manuel del Palacio, autor de esta cuarteta, no nos dice el color de los ojos que tanto le atraían. Por mi parte solo me atrevo a afirmar, que sea cualquiera el color de los ojos de las mujeres, encuentro en nuestra Patria a muchas que los tienen muy bellos.

José Amo



El amor de caridad en el siglo XX

El amor humano tiene por fuente, como es sabido, una relación de semejanza. Esta semejanza se siente con tanta mayor intensidad cuanto más elevada es la calidad moral del agente.

La mayoría de los hombres miran a sus hermanos, no como compañeros que hacen una misma jornada, sino como algo extraño u hostil de que hay que recatar o defenderse.

El odio es hijo de la incomprensión y se basta por sí solo para envenenar la vida. Y entre los odios, el peor de todos es el odio a los hermanos consanguíneos o afines, tan practicado por muchos compatriotas nuestros, indignos de haber nacido en España.

El odio y la envidia, dentro de una misma casa, son promotores del delito, y quien lo dude, lea nuestra historia que es la historia de las contiendas domésticas. Si el amor es siempre promesa de placer, como afirma Stendhal y nosotros creemos, no se comprende que labremos nuestra desdicha, permitiendo que la carcoma del rencor roa lentamente nuestro espíritu.

La venganza será un placer de los dioses para muchas almas de pagana estirpe, pero es un placer hartamente triste y satánico amasado con lágrimas, insomnios y remordimientos.

El que sabe perdonar, es dos veces vencedor: de sus pasiones y de sus enemigos. Claro que estas victorias se pagan a muy caro precio, pero en el orden ético, como en todos los órdenes, solo vale mucho lo que mucho cuesta. ¿Qué valor moral tiene amar al bueno? Lo virtuoso, lo selecto, lo verdaderamente cristiano, es amar al malo por compasión de su maldad, como lo supo amar Jesucristo y un puñado de imitadores gloriosos de su magnífica obra de redención.

Escarneciendo o exasperando al malo, se le hace peor. De un latigazo aplicado al rostro de un esclavo, surgió el nihilismo.

El odio, solo odio produce, y los hijos de los humillados de hoy serán los tiranos de mañana. El amor de caridad, iniciado por Jesús, es a modo de tutela de almas, y el desgraciado, el perverso, el rebelde, están más necesitados de aquella que los fuertes, ecuanímenes y disciplinados que respetan la ley.

Nada más cristiano, ni más elevado, que vencer la repugnancia instintiva que nos inspiran muchos hombres malvados y aspirar a

estimarlos como quisiéramos que fuesen, comenzando por compadecerlos por ser como son.

¿Dónde están y cuantos son los cristianos que así proceden? Muchos ignoran que el verdadero amor tiene más de libre donación que de permuta, hablando en términos de Derecho, y les parece más humano un Tenorio ultrajando doncellas y frecuentando burdeles, que una Isabel de Hungría curando leprosos.

El amor de caridad es el menos egoísta y por ello es el más raro. En compensación es el más pródigo en contento espiritual y además no conoce el hastío. El caritativo puede decir con el alto poeta:

No me tienes que dar porque te quiera,
porque si cuanto espero no esperara
lo mismo que te quiero te quisiera.

El Nazareno pintó el amor de caridad en muchas solemnes ocasiones, y más que pintarlo lo supo vivir, dando el más admirable de los ejemplos.

«Haced bien por vuestros enemigos; orad por los que os persiguen».

¡Que le vayan con estas máximas a un bolchevista, a un usurero o a uno de esos salvajes que en cierta población de cuyo nombre no quiero acordarme, demolieron la estatua, con justicia erigida, a un gran escritor y hombre óptimo! (El padre Coloma).

«Todo lo que hagais al más miserable de los hombres, será como si a mí me lo hiciérais».

Tampoco estas sublimes palabras serán bien comprendidas por esos católicos fútiles y ostentosos que llamaré «ritualistas», porque solo se pagan de fórmulas y oraciones sin tener en sus adentros vena fecunda de piedad.

No han aprendido a identificar su alma con la de sus semejantes y las cuitas ajenas son ineficaces a contraer un solo músculo de sus rostros ni a interrumpir el acordado ritmo de su corazón.

¿Qué pensarán esos espíritus farisáicos de la abnegación de un Juan de Dios; del heroísmo cívico de un Costa, un Maura o un Primo de Rivera, del ardiente apostolado de un Vicente de Paul o los santos afanes y vigiliias de un Manjón?

No, señores católicos de similar, adoradores de formas más que de esencias cristianas; catones de guardarropía, jueces implacables con los pecados livianos e indulgentes con la alta criminalidad solapada, que encendeis una vela a Dios en público y cien antorchas a Sodoma en privado; no es cristiana vuestra conducta ni en vuestro

cerebro de ruminantes hay una visión clara y profunda del gran pensamiento de Jesús.

No habéis aprendido a querer por deber ni por caridad y solo conocéis la religión periférica, aquella religión falsa que flagelaba San Mateo al hablar «de los que se ponen a orar y gemir en los cantones de las calles para ser vistos de los hombres.

Ya estoy oyendo de los labios de algunos «amigos» las consabidas frasecillas: ¡qué hiperbólico es este Santacruz!, ¡qué cursil, venir a hablarnos ahora de amores que solo acusan una sensibilidad hiperestésica!

Acaso estén en lo cierto, pero francamente, por mucho que en ello pienso, no veo modo alguno de idealizar ciertos actos en que el propio Platón, mi criada y yo procederíamos de la misma manera.

Cantar el amor de caridad y buscar sus raíces en ese gran imperativo ético y cordial del Cristianismo, llamado sacrificio, es cosa imperdonable en estos libidinosos tiempos.

Apesar de todos los pesares, creo que los numerosos matrimonios desdichados que conozco lo son por haber mirado el amor como un mero intercambio de caricias, como una junta de fortunas o renta vitalicia de placenteras expansiones.

Hay que enseñar a esos ilusos que el matrimonio es algo más elevado y puro que un asalto a la honestidad femenina, dado con guante blanco y sombrero de copa, el matrimonio es un alto deber social por el que no solo aseguramos la vida de la especie y mantenemos la caridad de la familia, sino que servimos a la patria ofrendándole ciudadanos sanos y fuertes capaces de amarla y enaltecerla. Tan es así que en los pueblos donde la religiosidad sea cosa harto más grave y honda que vana cantilena u oración a flor de labio, el matrimonio debe estar defendido de toda impureza por la severa policía sanitaria de una legislación previsorá.

Dios nos mandó que nos multiplicásemos, pero no nos dijo que engendráramos *avariósicos*, *epilépticos* y monigotes humanos con rostro y estructura de gorilas.

Y porque el verdadero amor es caridad, no debe permitirse el matrimonio a los que solo pueden transmitir a sus descendientes el triste legado orgánico de la depauperación y la miseria.

¡Cuán necesitados estamos de ese amor de puro abolengo divino; de ese espíritu sagrado que devuelve bien por mal y perfuma como el sándalo el hacha que lo hierel

¡Cuán faltos nos hallamos de ese criterio de recta y generosa comprensión que vá en nuestros semejantes peregrinos que marchan a un destierro ignoto y tal vez trágico por caminos de dolor!

Hace bastantes años que el autor del magnífico discurso sobre la Biblia, el ínclito Donoso Cortés, intuyendo el porvenir con mirada genial, dijo estas palabras, mezcla de lamentación y profecía: «Los ricos están perdiendo la caridad y los pobres la paciencia».

El estado actual de Europa y de casi todo el mundo conocido dá la razón al Marqués de Valdegamas.

Guerras dictadas por el despecho o por la codicia, bloqueos implacables en que se regatea el pan nuestro de cada día no solo al enemigo sino al neutral y al desamparado, conatos de aplastamiento de pueblos laboriosos, despiadados bombardeos de ciudades donde antaño resonaban más los estruendos del taller que el estampido de las bombas, rugidos de odio en palacios y campiñas, el derecho amancebado con la utilidad y la libertad sirviendo de pretexto a tremendas injusticias, las pequeñas faltas cruelmente castigadas y los atentados a la propiedad y la vida coronados como diría el autor insigne de «Las Cavernas de Plutón».

La humanidad no ha aprendido aún a perdonar, aún no sabe ser caritativa.

Si hoy viviera con vida corporal aquella egregia Carmelita descalza que se llamó Teresa de Cepeda, recordaría, al contemplar el estado del viejo continente, su profunda definición del infierno: «un lugar donde no se ama».

Pascual Santacruz



Fenómenos naturales y catastróficos

Noticias varias recopiladas en los itinerarios de campo y otras facilitadas de fuentes históricas, por A. Carbonell T.-F.

Debido a las notas que se insertan, que me facilitaron los señores Don Rafael Castejón y Martínez de Arizala y Don José de la Torre y del Cerro, y así mismo a otros antecedentes recopilados en mis numerosas excursiones por esta provincia, inserto a continuación un conjunto de datos que quizás puedan aportar elementos de juicio a los investigadores en este sentido.

Como siempre, remito al lector a otros trabajos como «El Aerolito de Ojuelos Altos» y «El terremoto de Montilla», y alguno más que en la nota de mis trabajos y publicaciones figuran, para no hacer más extenso este trabajo.

Datos facilitados por Don Rafael Castejón y Martínez de Arizala, procedentes de *Al Bayan al Mogrib*, traducido por E. Fagnan, Argel, 1904:

El 7 chumada I (29 agosto 955) un violento y ruidoso temblor de tierra se sintió en Córdoba; otra sacudida análoga tuvo lugar el sábado 11 del mismo mes, hacia la hora del mismo día (Tomo II, pág. 365).

En 330 (26 Septiembre 941), en el mes de moharrem, la constelación de Zubana (pinzas del Escorpión), se elevó en el horizonte occidental de Córdoba frente al Escorpión, alejándose de este y pareciendo a simple vista muy próxima a tomar la esfera superior (?).

Esto se vió por primera vez en la noche del viernes al sábado 27 moharrem a 16 octubre, y la constelación continuó elevándose cada vez más alto en el cielo, hasta que desapareció. (Tomo II, pág. 349).

Nota del traductor:

Se habla también de un fenómeno celeste en el año 939, probablemente un eclipse, y que no puede ser el mismo que este, por Sampiro. (Recherches de Dozy).

En 943 una fuerte crecida del río de Córdoba deterioró el puente de esta ciudad.

Un violento temblor de tierra se sintió en Córdoba en la noche del domingo al lunes 9 duldada (15 julio 944); nunca se habían sentido tan vivas sacudidas, ni se había oído hablar de ellas. Tuvieron lugar después de la última oración de la tarde y duraron una hora. La población, grandemente aterrorizada, se refugió en las mezquitas, dirigiendo al cielo ruidosas invocaciones para pedirle el fin de aquella prueba, y las oraciones acabaron por ser escuchadas. La mañana siguiente se produjo un huracán, seguido bien pronto de otro, los cuales arrancaron gran cantidad de árboles, olivos, higueras, palmeras, etc., y quitaron gran número de tejas de los tejados, después de lo cual cayó una lluvia torrencial que inundó el suelo y una granizada violenta que mató cantidad de animales salvajes, aves y ganados, destruyendo también las cosechas sobre las cuales se desencadenó, de suerte que los efectos fueron desastrosos. (Tomo II, pág. 350).

En moharrem, (agosto-septiembre 944) un viento huracanado procedente del sur, sopló sobre Córdoba y cayó una fuerte granizada (id).

En el año 566 de la hégira (1,170-71 de J. C.), hubo terremotos en Córdoba, según consigna Averroes en sus «Comentarios a las Meteorológicas» de Aristóteles, libro II.

Al siguiente año de la batalla de las Navas de Tolosa, o sea el 1213, hubo gran peste en Andalucía y Marruecos, que diezmo a los habitantes. (Rz. Arellano, II, 436).

En 1227 no llovió en toda Andalucía ni Magreb y el cahiz de trigo llegó a costar 15 dinares. Hubo rogativas y procesiones, y en estas iban los predicadores y estudiantes con una tableta en la cabeza y un Corán en la mano, y cantaban versos a Allah implorando su protección. Para remediar la sequía cantaban:

Tu lluvia, tu lluvia, oh Aláh. Agua, si le agrada a Dios. Las espigas están secas, regadlas oh Señor nuestro,
Oh, nuestro dueño, nosotros imploramos tu clemencia,
¿Quién nos será misericordia, si no lo eres tú?
Estamos delante de tu puerta, oh clemente de los clementes.

Estas calamidades fueron frecuentes en este período.

En 1242 hubo nueva escasez, con pérdida de cosechas y peste espantosa, que dejó la mayor parte de España y Norte de Africa sin habitantes. El trigo llegó a 80 dinares el cahiz. La calamidad guerrera aumentaba estos males. (Ramírez de Arellano, Historia de Córdoba, II, pág. 440).

Qué cierto es que nadie se acuerda de Dios hasta que aprieta; y a este efecto, recuerdo la letrilla popular oída a los campesinos de Obejo y publicada en mi trabajo del Patatú, que no me resisto a copiar y dice así:

Agua, Padre Eterno,
Agua, Padre mío,
Que se van las nubes,
Sin haber llovido.

Nota de Don José de la Torre y del Cerro, referente a terremotos sentidos en Córdoba, tomada del Archivo de Protocolos.

Protocolo 4.º Oficio 18. Folio 470. Domingo de la noche XXVII de Enero deste año entre las ocho y las nueve tembló muy mucho la tierra y ovo en las gentes mucho pavor».—26 Enero 1494.

Id. Oficio 18. Folio 470 vuelto. «Milagro.—En XXVII de Enero yo Fernando Ruis de Orvaneja fuemos a la torre Malmuerta e subimos a la torre e fallamos en presencia de ombres e mugeres que allí subieron todas las almenas de la torre despegadas de la torre e sollevantadas e desmextidas, e cebto dos que estban junto con la alcoba, asy que avía treinta e ocho almenas desmetidas e dos de ellas abiertas, e dellas salidas un poco e otras metidas (Pedro Gonzalez signado y rubricado).

Oficio 14.—Protocolo 36. Cuaderno 1.º Folio 22.—«Tembló la tierra jueves en la noche 3 de Febrero entre las diez y las once». Año 1502.

Noticias sobre algunos aerolitos

En el término de Hornachuelos me dicen que el día en que cayó el aerolito de Ojuelos Altos se sintió un gran estampido, un tableteo después y tres nubecillas blancas se unieron en el cielo.

En término de Villaviciosa, en el verano de 1926, en la Tejera, manifiestan que se oyó muy bien el bóido de Ojuelos Altos y que hubo otro en el verano de 1927.

En 10 de Noviembre de 1925, a las diez de la noche, se vió desde Córdoba el paso de un aerolito por la sierra.

El 5 de Mayo de 1929, a las nueve de la noche, hora oficial, cruzó el cielo en dirección NE. al SO. un meteorito con vivísima luz y larga estela.

Todo el que paseaba por el Gran Capitán a esa hora quedó sorprendido por el fenómeno, y acompañó el recorrido del meteoro con exclamaciones durante su largo trayecto.

Yo lo ví desde la puerta del Hotel España y Francia, y lo vi salir desde los perfiles de la Audiencia hasta el ángulo NE. del Gran Teatro, tras el que se ocultó.

La gente esperaba que hubiese caído o explotado, por la persistencia del fenómeno e intensidad.

Otro meteorito fué visto por don Alfonso Navajas, hacia la sierra de Cabra, sin ruido, luz verdosa blanca y encarnada al fin.

Fenómenos de erosión

No vamos a entrar en detalle sobre este asunto, ya que la erosión es un capítulo de la historia geológica del país que ahora separamos de nuestra recopilación de antecedentes; pero sí dejar aquí consignados algunos ejemplos según las notas reunidas; pues el caso es vario y en cada sitio, teniendo en cuenta todos los antecedentes.

Así desde los enormes aportes de que di cuenta en la hoja de Venta de Cardeña y cuya fotografía allí se adjunta, hasta la observada en las inmediaciones de Córdoba, en la Cuesta de la Traición, en algunas pequeñas piedras colgadas sobre la tierra por el efecto de las lluvias, pudieran ser innúmeras las descripciones.

Algunas veces, como se observa en el itinerario del Vínculo a Villanueva del Rey, al SE. se pueden ver erosiones en las diabasas que se han traducido por la formación de formas redondeadas de hasta tres metros de diámetro; aquí, claro es, que también interviene la erosión eólica. Notables son también los fenómenos de erosión en los pórfidos del Arroyo de la Reina, del término de Espiel, que pueden verse siguiendo el camino de Villanueva del Rey a Villaviciosa.

De los lugares en que por el carácter calizo de las rocas y por las diferencias de nivel tales fenómenos de erosión revisten particular importancia se halla el río Bailón, en Zuheros, donde se halla el Tajo de Zuheros y grandes peñones debidos a ese fenómeno erosivo.

Razón también erosiva dió lugar en algunos casos a las llamadas piedras bombeables; y desde luego concretamente a ello se debe la llamada Piedra Encaramá, que se halla en término de Villaviciosa, al NE. de la junta del río Cabrilla y de la Chorrera del Oregón u Oregón, y que podría pasar por una piedra bombeable.

Ciclones y tormentas

Como hemos indicado, en tales fenómenos erosivos han tenido intervención las aguas corrientes, pero también las acciones eólicas, y a tal efecto consigno los datos del ciclón de 1910, que destechó el Lagar de Pina en la Vega, en Posadas.

Otra tormenta célebre fué la que tuvo lugar en Luque el 14 de Julio de 1925. La Fuente Aljama fué tapada, aterrada; el agua en unas casas inmediatas tuvo dos metros de altura y arrasó el olivar y la carretera. A las 24 horas aún se conservaban montones de granizo a pesar del calor.

Otro ciclón tuvo lugar en 1926, en Villaviciosa, que arrancó gruesas encinas en Nava Morisca y en las Navas de Moreno. Seguramente se correspondió con la tormenta que en Agosto de ese año tuvo lugar en Sierra Marianta al SO. de Villanueva del Rey, que arrastró aportes extraordinarios, entre ellos algunos redondeados de un metro de diámetro, viéndose otros desde la Posadilla hacia el Guadiato, de la misma fecha.

En Zamoranos, Priego, en la carretera al Cerrajón, se ven restos de calizas de más de un metro cúbico, debidas a las tormentas que tuvieron lugar hacia las fechas señaladas.

Las alternancias de lluvias y sequías permiten el aporte de una serie de antecedentes que consignamos.

«Color de las avenidas de Guadalquivir».—Antes el régimen del Guadalquivir era de variabilidad tan extremosa, que en algunos estiajes llegó solo a representar 3 metros cúbicos en Palma del Río; en tanto que en épocas de grandes lluvias subió su caudal hasta 4.000 metros cúbicos por segundo, medidos en la presa de la Compañía Mengemor; con razón el Director de la misma Don Carlos Mendoza y Sáez de Argandaña, dice en su Memoria sobre la canalización del Guadalquivir de Córdoba a Sevilla: «El Guadalquivir es un mozo de cuidado». En aqueila fecha, en las citadas crecidas del rio, si las lluvias dominaban en la sierra, las aguas se teñían de color rojizo, y si en la campiña, de color blanquecino.

Todo esto y además las características del subsuelo, particularmente en la campiña, definida por arcillas y margas, explica que las carreteras se corrieran al quedar muy flúido el subsuelo. Tal sucedía con frecuencia con la carretera de Córdoba a Espejo, pasado el Guadajoz y pasada la caseta de peones camineros; pudiendo verse aún

hoy día, restos de viejos pontones que yo he conocido sirviendo para el tráfico y que hoy se hallan a 100 metros de distancia del paso de la carretera rehecha. También puede recordarse aquí, en esa misma carretera, el caso de la casilla de peones camineros de Torres Cabrera, que avanzó hacia la carretera cortándola; la carretera de Castro del Río a Bujalance, se pujó y subió más de un metro de su nivel original, también a causa de las lluvias.

Por aquella fecha se dieron casos similares en Sierra y Campiña. En el temporal de 1925 los aportes de tierra y cascajo cerraron la carretera de Montoro a Charco Novillo, y recuerdo el siguiente caso curioso: El guarda vía en las inmediaciones de la Estación de Marmolejo, había sembrado un trozo de garbanzos al Sur de la vía; el deslizamiento de las tierras le obligó a hacer la recolección a su debido tiempo al Norte de la misma.

Sería interminable el conjunto de estos datos, y solo ya señalaremos los siguientes:

En Villaviciosa en el arroyo de las Navas, en 20 de Diciembre de 1926, el regajo se convirtió en un torrente dejando aportes pétreos de 20 x 20 centímetros por 1 metro.

Esto da lugar algunas veces a el transporte de arenas fiúidas, como se vé en el río Guadiato, siguiendo desde la estación de Villanueva del Rey al Sur en el arroyo de Villanueva; por estas arenas fiúidas va desplazándose la corriente subalvea, y aunque el cauce está seco, los atascos son peligrosos; lo mismo ocurre en el Sigüñuela en el Valle de los Pedroches, en el Guadamora y en el Guadalmez.

Por el contrario en las zonas en que se está labrando el nuevo perfil como ocurré en el arroyo de las Cruces en la Aguja, término de Espiel, en algunas zonas normalmente corren las arenas finas con el agua.

Claro es que al llegar el verano el fenómeno de la evaporación interviene con el del desnivel para provocar otro fenómeno; tal ocurre en término municipal de Montoro al pié de la Loma de la Higuera, en el arroyo Rueda Orzas y en su afluente Gargantilla, que corren en el verano por la noche y se secan al salir el Sol, lo que como se vé constituye un caso muy interesante de evaporación.

Por el contrario las tierras de la Rivera al desecarse adquieren inusitada dureza, (tal sucede con las tierras limoso-rosadas del cortijo de Rivera, en Alcolea, que en el año 1928 se probó a labrarlas con motocultores de 80 caballos que habían sido usados en Jerez con mal resultado).

Sobre esta cuestión de las aguas quiero dejar aquí consignada una curiosidad que corre en boca del vulgo.

Curiosidad.—Siguiendo el itinerario de Luque a Priego, en el camino a esta última población, hay un pozo llamado Pozo de Priego, con 4 o 5 metros de agua que dicen que es pesada y venían por ella los panaderos.

Restos erosivos procedentes de paisajes pretéritos

Al avanzar la erosión en las miríadas de los siglos geológicos y profundizarse el cauce del río Guadalquivir, que fué captando al Norte los afluentes y terrenos que vertían sus aguas a la cuenca del Guadiana en fechas anteriores y al provocar hoces en las sierras del Sur y dejar colgadas las coverteras de las mesas de la Campiña, quedaron vestigios de lo que en otro tiempo fué el paisaje tanto en sierra como en campiña del río principal de Andalucía; erosión tanto más intensa cuanto que el paisaje fué definiéndose por la misma y por la emersión general; de esta forma son numerosos los vestigios de lagunas más o menos amplias que quedaron colgadas al descender la base de los contornos.

Entre ellas podíamos citar las siguientes:

En Fuente Obejuna los restos que se observan hacia el término de Espiel por la Posadilla; los similares sitios entre las Cuevas de Artaza y el Alamillo; otros restos se hallan en Villaviciosa, junto al Priscallejo, en la llamada Laguna Aita, donde existen tres de este tipo que se secan en el verano. Hasta en la misma Dehesa de la Jara se hallan vestigios de esta naturaleza, como se observa siguiendo el camino de los Almadenes, del Soberbio a Pozoblanco.

Interesante es también esa erosión retrasada que se observa siguiendo desde Pedro Abad por la carretera de la Barca a Adamuz, en el cerro Alcurrucen, en la Mesa del Aguila, donde queda un lagunazo en el alto. Restos similares hay entre Córdoba la Vieja y el cortijo de Quintos. En los Mochos, en la que llaman Madre Vieja; si bien aquí ello se debe a el retraso en la erosión de esta última.

Numerosos son los restos de lagunas que se ven por la Meseta de Guadalcazar hacia Ecija, en las inmediaciones del Molino de San Eduardo, antiguo de Martos, y hacia el Molino Bajo. Otro resto de lagunazo hay hacia la casa del Ciprés y alguno más inmediato. También existen algunos más hacia la Casilla de la Niña y en la Dehesa de las Yeguas y hacia el Guadalmazán; en el término de Guadalcazar se ven otros restos similares y otros allí hacia el cortijo de «La Maraña».

Análogos son los vestigios que en la terraza cuaternaria se observan por el cortijo de Las Coronadas, al Sur de Córdoba y el mismo origen reconocen los que he visto entre los términos de El Guijo y Torrecampo, en el límite de la provincia de Ciudad Real; así como por el motivo de la erosión quedan las lagunas del Rincón y de Zoñar.

Meandros o sortijones

La labor de profundización de los cauces de ríos serranos y campiñeses, al acortar el cauce y al tropezar la corriente con recios diques, da origen a desviaciones y recovecos de la corriente en tanto se llega a cortar la dificultad ingente y se restablece la dirección del curso. En todos los ríos campiñeses y en el mismo río principal, esto es un hecho corriente que da lugar a las llamadas madres viejas, pero no faltan ejemplos de este tipo en la sierra; así en el Benajárfes, al Oeste del camino de las Mesas del Bembézar a las lomas del Turón y a Caballeras, hay algunos meandros muy interesantes, y esto mismo ocurre en el Benajárfes, cerca del camino de la Aguja a Lentiscares; igualmente en el Névalo y al pie del Puerto de Cárdenas, este fenómeno erosivo está muy avanzado.

Como se sabe, los meandros en nuestra sierra se llaman sortijones y debe anotarse entre ellos el que se encuentra en Montoro en el río Arenoso, conocido por Sortijón o Sortija de la Encinilla. Otro se encuentra en Montoro, al Este del Cerro del Vidrio; así como en el río Gato hacia el contacto del granito con la pizarra y en el río Cuzna al pie del cerro Corcobado, en Villanueva de Córdoba.

Marmitas de gigantes

La erosión provocada por la corriente de los ríos da lugar a este fenómeno debido a que algún elemento arrastrado que encuentra entorpecimiento para seguir la corriente toma marcha giratoria y produce un horado en la base. De esta manera se definen hoyos en el fondo pétreo del cauce que a veces tienen dimensiones de consideración. Ejemplo de ello se puede ver al Sur de Villanueva de Córdoba, en el río Matapuercas, a 900 metros de la junta de éste con el río Varas. También en Obejo hay marmitas de gigantes en el arroyo de Obejo, al Oeste del cerro del Molino, en el Molino del Saltadero. Otros ejemplos en los cuales ya cesó la erosión del río se hallan en Villaviciosa, por los Valsequillos, al SE. del río Guadiato, donde quedan colgadas dichas marmitas de gigantes con apariencia de cuevas. Otros hay en Almodóvar del Río, en las inmediaciones del Salto del

Freile, también en el río Guadiato; y para no continuar esta relación indicaremos las marmitas de gigantes que se encuentran en el río Guadalvacarejo, en Campillos Bajos, límite de los términos de Posadas y Hornachuelos, donde son varias; dos de ellas tienen 2 metros de hondo en el cauce de aquel riachuelo y allí les llaman los pozos gemelos, y otros los Baños de la Mora; estando estos dos comunicados porque la erosión rompió la pared que fué formándose entre los mismos. Aguas arriba en el Guadalvacarejo hay otras marmitas de gigantes, una de 80 centímetros de diámetro y otra de 1,20 metros en forma de tinaja y 2 metros de profundidad, así como otras en formación.

Piedras horadadas.—Que con frecuencia por el hecho de aspirar la hache se designan entre el vulgo con el nombre de Piedra Jorá; efecto debido a la reunión de la acción hídrica y sódica y que son abundantes en la provincia; tal ocurre con la Piedra Jorá de Cerro Muriano en el camino de los Pañeros; donde el horado está hecho sobre el crestón del filón principal o de San Rafael de aquel coto minero; también existe una piedra horadada en la carretera de Espiel a Belmez, al descender al arroyo Albardado.

Entre los numerosos ejemplos que sobre esto pudieran citarse, figuran los siguientes: Piedra del Portillo, en Villaharta, en la Cuesta de Pedrique; aquí la erosión ha tenido lugar sobre una cuarcita.

Otra piedra horadada se encuentra al Oeste del camino de la Gargantilla, no lejos del Escorial de Pozoblanco, cuyo horado tiene 4 metros de alto por 11 de ancho. Así mismo la erosión provocada en Alcolea en el olivar de Chancillarejo, Córdoba, sobre las calizas miocenas, que van en bancos horizontales, ha dado lugar al llamado Puente del Diablo. Y también a ese mismo origen obedece el horado del Peñón del Moro Colgado situado al SO. del km. 7 de la carretera de Zuheros a Luque, como la Piedra Horadada situada cerca de esa misma localidad en la cuenca del río Bailón, que es muy bella.

A estos antecedentes seguiré agregando otros en notas sucesivas, sin perjuicio de aquellos ya publicados y de los que constan en trabajo más avanzado y preparado para su publicación, que obra en mis archivos.

Antonio Carbonell T.-J.



Dibujo a lápiz y pluma de García Reinoso (?) que conserva el Museo de Bellas Artes de Córdoba

BIBLIOGRAFIA

Historia de España, dirigida por Don Ramón Menéndez Pidal.
Espasa-Calpe.

El espléndido esfuerzo editorial hecho por diversas casas españolas, ha encontrado en esta obra monumental un digno exponente. Debemos destacar, sin embargo, los datos cordobeses. El tomo II, *España romana*, (1935), es un verdadero alarde. En la historia general dedica largo espacio y gráficos a la tan estudiada batalla de Munda. Aún se discute la ubicación, tan porfiada en los viejos textos, hoy perfectamente aclarada por la prosodia árabe (*Munda* produce *Montilla*, como *Morad*, *Moradilla*; *Isbalis*, Sevilla, y así otros muchos). Hay ciertos errores, como la identificación de *Soricaria*, el actual cortijo de Dos Hermanas a orillas del Carchena, la de *Spalis*, el Poley árabe, hoy Aguilar; y sobre todo, el achaque sentimental del estudio de la batalla por Napoleón III, en relación con el condado de Teba que llevaba la Emperatriz Eugenia, cuando es sabido que esta era la Teba de Málaga, y no las ruinas de la Ategua cordobesa, efectivamente llamadas hoy cortijo de Teba. No hay sino alabar todos los demás detalles de la obra, en arqueología, arte, etc.

El tomo III, *España visigoda*, destacamos, aparte la ordenación de tan oscuro período histórico, el hermoso capítulo «El arte hispano visigodo» por E. Camps Cazorla, de tan enorme interés para la génesis del arte califal cordobés, su inmediato sucesor. Es muy notable el estudio y filiación de los capiteles de la Mezquita pertenecientes a este período, así como de las demás piezas visigodas de Córdoba, de Alcaracejos, etc. Se sigue considerando como visigoda la puerta de Sevilla. En conjunto, el estudio del «foco cordobés» en lo visigodo, es lo más completo escrito hasta el día.

Asociación Española para el progreso de las Ciencias. XVIII Congreso celebrado en Córdoba, durante los días 3 al 10 de Octubre de 1944. Discursos generales del Congreso y algunos trabajos de las Secciones. 540 páginas. Madrid, 1945.

- Antuña** (P. Melchor). Ibn Hayyan: Al Muktabis, III. Cronique du regne du calife umaiyade Abd Allab a Cordoue. Texto árabe. P. Geuthner, 1937.
- Averroes**. Tafsir ma bad at-tabiati (Gran comentario de la metafísica. Texto árabe inédito por M. Bouyges, 1. Beyunrout, imprenta católica, 1938. (Biblioteca arábica Scholasticarum).
- Heschel**, A. Maimonide. Prefacio de B. Chapiro. Traduc. del alemán. Payot, 1936, 267 p.
- Ibn Haukal**. Opus geographicum, por Kramers. Leyden, Brill, 1939, 2 vol. 8.º (Bibliotheca geographorum arabicorum).
- Levi-Provencal**, E. La Peninsule iberique au Moyen Age, d'après al Kitab al Rauwd al Mitar, de Al-Himyari. Texto árabe y traducción. Leyden, Brill, 1938.
- Ibn Rochd** (Averroes). Tratado decisivo sobre el acuerdo entre la religión y la filosofía, con el Apéndice. Texto árabe y traducción francesa, por León Gauthier (Bibliothèque árabe-française), Argel, 1942.
- El rito mozárabe**, por P. Germán de Prado. Editora Nacional, Madrid, 1943. 176 pgs. Valoración y plan de reforma del rito mozárabe.
- Consecuencia del esfuerzo en la paz y en la guerra**, por el famoso literato de la Corte imperial Marroquí y enviado especial del Sultán de Marruecos, Mohamed ben Abdalah, a Carlos III, Rey de España, Abul Abbás Ahmed ben el Mehdi Al-gazzal, 1179 H.-1766 J. C. Lo presenta en texto árabe con prólogo, notas, comentarios e índices, el profesor Alfredo Bustani. Publicaciones del Instituto General Franco. Tetuán-Larache, 1941.
- Contiene hermosos fotograbados de Córdoba y la Mezquita, además de la relación de la embajada en texto árabe.
- El viaje del Visir para la liberación de los cautivos**, por el Visir Abu Abdaláh Mohamed ben Abdeluhab, conocido por el Visir El Gazani el Andalusi. Año 1119 de la Hégira. Se refiere el viaje a España del Embajador El Gazani el Andalusi, enviado por Muley Ismael a Carlos II, y observaciones que hace de todo lo que vió. (Años 1690-1691 de la Era cristiana). Lo presenta, texto árabe y versión española, el Profesor Alfredo Bustani, lo publica en su 2.ª Sección el Instituto General Franco para la investigación hispano-árabe, y se edita en casa de Miguel Boscá, Impresor de libros, Larache, año de 1940.

De esta conocida embajada, es peregrino el carácter de las observaciones, mezcladas con citas históricas y arrebatos literarios. «Al acercarnos a la ciudad (Córdoba, pág. 24) salieron sus habitantes para recibirnos. También salieron los cautivos musulmanes profesando su acto de fé... repitiendo los niños cristianos lo que ellos decían. Al entrar en la ciudad la encontramos grande, muy poblada y provista de todos los oficios e industrias. La mayor parte de los vendedores son mujeres. Fuimos hospedados en la casa del Gobernador.

La Mezquita es muy grande, tiene en su interior 1.360 columnas todas de mármol blanco. Su mihrab musulmán se conserva en su antiguo estado sin ninguna reforma. Solo le pusieron una verja de cobre con una cruz delante. No entra nadie allí más que el encargado de la cruz. No se le añadió nada en su interior ni en sus paredes... en el patio hay 117 naranjos». Describe el minarete, y recuerda datos históricos, desde que la fundara Abderrahman I. «Abderrahman II perfeccionó la obra, elevando el techo de la Mezquita». «Ordenó la construcción de grandes Mezquitas en toda España. Sus mujeres se hacían la competencia en la construcción de Mezquitas, embellecerlas y cederles bienes... así se construyeron la Mezquita Tarub, Mayd, Ach-chefa y Metaa». Sigue el anecdotario: «Abderrahman Annaser emprendió el engrandecimiento de la Mezquita de Córdoba, teniendo al terminar 66 arañas y en cada una 20 copas doradas. En 365 H. fué acabada la tribuna, siendo compuesta de ébano, de sándalo rojo y amarillo. Costó 535 dinares, tiene nueve escalones y pesa 36 mil libras. La ampliación que se hizo en la Mezquita costó más de 161 mil dinares». Refiere la ampliación de Almanzor, con cisternas. «El número de sus columnas se eleva a 1.400 de las cuales hay siete en el minarete y en la macsura».

Menciona el alcázar de los califas; compara la Mezquita con la del Acsá, en Oriente; cita el puente; la condición de los habitantes y los campos. «Todas las regiones andaluzas son escasas en agua y nunca sus habitantes se preocuparon de las acequias ni de explotar sus aguas, siendo sus cultivos en terrenos secos», excepto Granada.

«Los caballos de Córdoba son los mejores que tienen los cristianos en toda la extensión de España. Por esto, el rey de España prohibió a los andaluces cruzar el asno con la yegua, bajo pena de encarcelamiento, confiscación de bienes y otras. «Cór-

doña sobrepasa a los demás países en cuatro cosas: el puente, la mezquita, Az-Zahra y la ciencia, que es la más importante».

Romero de Torres, por Marcelo Abril. Joaquín Gil, editor, Barcelona, sin año, Lo subtitula «Romero de Torres o el secreto de Córdoba». Seis ensayos de valoración estética, con cuarenta hermosas reproducciones en negro.

Ni ella, ni tú. Comedia cordobesa en tres actos, por Juan Soca. Imprenta Cordón. Cabra, 1944.

Sucaelo, por Joaquín M.^a de Navascués y de Juan. Tirada aparte del «Anuario del Cuerpo Facultativo» de Archiveros Bibliotecarios y Arqueólogos. Madrid. 1934.

Con motivo de su exploración científica a los yacimientos de Almedinilla y Fuente Tójar, el antiguo director del Museo Arqueológico de Córdoba, hace un interesante estudio topográfico de la segunda localidad mencionada, y la identifica, merced al hallazgo de una lápida sepulcral, con la Sucaelo que cita Plinio.

España y los españoles hace dos mil años según la Geografía de Strábon, por Antonio García Bellido. Espasa-Calpe. Madrid, 1945.

Edición comentada de la conocida Geografía clásica, en la cual existen las siguientes referencias a Córdoba:

«La Tourdetanía, a la cual riega el río Baítis... no excede de los dos mil stadios. Las ciudades son, empero, numerosísimas, pues dicen ser doscientas. Las más importantes por su tráfico comercial son las que se alzan junto a los ríos, los esteros o el mar. Entre ellas destaca Kórdyba, fundación de Markéllos.... que domina un gran trecho del Baítis, por la fecundidad y amplitud de su territorio. Habitáronla desde el comienzo un núcleo selecto de rohmaíoi y de indígenas vecinos, pues fué esta la primera colonia que los rohmaíoi enviaron a dicho territorio. La más ilustre, después de esta ciudad y de la de los gáditanoí, es Hispalia.....»

Tras ellas destacan..... en la comarca donde fueron derrotados los hijos de Pompéios, Mounda (Munda, Montilla), Ategoua (cortijo de Teba), Oúrson (Osuna), Toukkis (Tucci, Martos), Oulía (Ulía, Fernán-Núñez, Montemayor) y Aígoua, todas ellas cercanas a Kórdyba. Mounda es en cierto modo la metrópolis de este territorio.

Las orillas del Baítis son las más pobladas; el río puede remontarse navegando hasta una distancia aproximada de mil dos-

cientos estadios, desde el mar hasta Kórдыba e incluso hasta algo más arriba. Las tierras están cultivadas con gran esmero tanto las ribereñas como las de sus breves islas. Además para recreo de la vista, la región presenta arboledas y plantaciones de todas clases admirablemente cuidadas. Hasta Hispalis, lo que supone cerca de quinientos estadios, pueden subir navíos de gran tamaño; hasta las ciudades de más arriba, como Ilipa (Alcalá del Río), sólo los pequeños. Para llegar a Kórдыba es preciso usar ya de barcas de ribera, hoy hechas de piezas ensambladas, pero que los antiguos las construían de un solo tronco.

La vía exterior, que va de Italia a Iberia, concretamente a la Baitiké... pasa por Kastoulón y Oboúlkon, para seguir de allí el rumbo a Kórдыba y Gadeira, que son dos de los mayores centros comerciales. Oboúlkon dista de Kórдыba unos trescientos estadios. Dicen los historiadores que Kaísar tardó en llegar de Rhóme a Oboúlkon, donde estaba su ejército, veinte y siete días, cuando llegó el momento de acometer la acción de Moúnda».

REVISTAS

Pintores cordobesas del renacimiento, por Diego Angulo Iñiguez. «Archivo Español de Arte». Madrid, 64, 1944.

Estudio de «la serie de pintores bastante estimables, que, sobre todo, en el tránsito del XV al XVI, son dignos de especial atención». Después de una alusión a Alejo Fernández se estudia a Pedro Romana con mucho detalle en su retablo de Espejo, en la Virgen del Museo de Córdoba, y en la Virgen adorando al Niño, de Colección particular, obra de más empeño que la de Espejo, y otras atribuciones. El Maestro de Fuente Ovejuna, con otras atribuciones al mismo, permanece aún en el anónimo. Igual sucede con el Maestro de la Flagelación, del Museo de Córdoba, procedente del Hospital de Antón Cabrera, «sin duda, una de las obras maestras de la pintura cordobesa de su tiempo». Destaca en las obras de estos pintores de Córdoba un gran anhelo de espacio, reposo en las figuras y un importante papel en el desarrollo de la primera etapa de la pintura renacentista en Andalucía. Anuncia la publicación de una Colección de documentos para la historia de la pintura cordo-

besa, por don José de la Torre, que ha de publicar la Universidad de Sevilla, con introducción del autor.

Julio César. Tríptico romano en las cifras de un segundo milenario, por Luis Araujo Costa. «Revista Nacional de Educación». Diciembre, 1944. Madrid.

Se hace un resumen de la vida de César. «El 61 (antes de nuestra Era) vino a la España Ulterior en el cargo de Propretor y ganó victorias sobre los lusitanos». «Viene César la segunda vez a España (49 antes de C.), y después de haber derrotado a Petreio y Afranio, ofrecese Varrón a su servicio (el tercer lugarteniente de Pompeyo que residía en nuestro suelo) y él puede volver a Roma con nuevos y grandes triunfos cosechados». «Por tercera vez viene César a España. Los hijos de Pompeyo, Sexto y Cneo, subleváronse aquí contra el señor de Roma y dueño del mundo. La campaña dió el triunfo definitivo a César en la batalla de Munda, el 17 de Marzo del 45. Se ha discutido si Munda es la Monda de Málaga o la Montilla de Córdoba. Los pareceres más probables se inclinan a la última. Pero la duda ha sido motivo de discusiones tan sabias como curiosas. Próspero Merimée imagina a un arqueólogo que llegó a la Península Ibérica y viaja por Andalucía buscando la Munda pompeyana. En la diligencia, para entretener los ocios del camino, le cuentan una historia de amor y de seducción femenina en un ambiente de toreros y contrabandistas. Es la conocidísima novela «Carmen», puesta en música por Bizet...» Anotamos estos conocidos hechos por estar tan relacionados con la historia de Córdoba, si bien la correspondencia de la muerte de César (44 a. de C.) no es la de 1944, sino que lo será en 1966, o sea 44 años antes de cumplirse el año 2.000, en cuya fecha podrá conmemorarse el segundo milenio del asesinato de Julio César por Bruto y sus cómplices.

Guillén Robles. Una embajada española a Marruecos en 1579. «Mauritania», febrero-marzo 1944.

Trata de la embajada de Pedro Venegas de Córdoba. Este artículo apareció en «España Moderna», hace años.

Ibn Adb-el-Hakam. Conquete de l'Afrique du Nord et de l'Espagne. Texto árabe y traducción francesa, por Albert Gateau (Bibliothèque árabe-française), Carbonel, Argel, 1942. Referencia en «Hespéris», I. 1945, p. 86.

E. Lambert. La peregrinación a Compostela y la arquitectura románica. «Archivo Español de Arte, 59. 1943.

Notable resumen en el que, con toda su autoridad sobre la materia, el autor pone al día la interesante cuestión de la evolución del arte mozárabe, paralelo al del califato de Córdoba, y las influencias musulmanas posteriores en la creación y evolución del románico.

Asin Palacios, M. El origen del lenguaje y problemas conexos en Algazel, Ibn Sidae Ibn Hazam. «Al-Andalus», IV, 1939.

García Gómez, E. Polémica religiosa entre Ibn Hazm e Ibn al Nafisi. «Al-Andalus», IV, 1936.

Grimaldi, Ph. Les Averroes (Ibn Rochd). R. M. legisl. chérif. VI, 1935-36.

Renaud, H. P. J. Notes critiques d'histoire des sciences chez les musulmans: I, Les Ibn Baso. «Hesperis», I, 1937.

Rosenthal, E. Notes on some arabic manuscript in the Jhon Rylands Library. I. Averroes' middle comentary on Aristotle's analitica priora et posteriora. «B. John Rylands library», oct. 1937. Ref. «Hesperis», I, 1944.

Ibn Hazm, en Enciclop. Islam., por Van Arendonk. Supl. 1936.

Industrias cordobesas de artesanía. En nuestra ciudad se lababan los paños para el servicio de los forzados de las galeras de España, por Enrique Romero de Torres. Córdoba, 7 enero 1945.

Las Cooperativas del Campo constituidas en Córdoba y su provincia, por Manuel García Prieto. Córdoba, 7 enero 1945.

Invasión de los madjus en España árabe, por Hamete beu Cobexi. Mauritania, 4 septiembre 1944.

Mateo Inurria. Una sombra gloriosa, por José Francés, «Domingo». Madrid, 18 febrero 1945.

El busto de Lagartijo, como lo hizo y como lo deshizo Mateo Inurria, por M. Barberi Archidona. «El Ruedo». Madrid, 8 noviembre 1944.

Consagraciones Episcopales en la Catedral de Córdoba, por Rafael Aguilar. Priego «Córdoba», 14 noviembre 1944.

Hoy hace tres siglos nació el Beato Posadas, por Alvaro Paulo. «Córdoba», 25 noviembre 1944.

AUTORES CORDOBESES

Cristóbal de Castro. **El Príncipe Filántropo**, cuento inédito. «Lecturas», Madrid, diciembre 1944.

- Antonio de la Torre. **Un médico de los Reyes Católicos**, «Hispania», enero-marzo 1944, Madrid.
- Antonio de la Torre. **Los Reyes Católicos y Granada**, «Hispania», abril-junio y julio-septiembre 1944. Madrid. Entre otros detalles históricos, se describe el convenio de Córdoba, en 1483, consecuencia de la prehensión de Boabdil en la batalla de Lucena.
- Federico Castejón. **Hacia un Código Penal subjetivo**, «Estudios jurídicos». Fascículo de Derecho Penal, núm. 3.
- Manuel Enríquez Barrios. **Misión social de la propiedad urbana**. Bol. Cam. Prop. Urb. de Córdoba, 1, 1945.
- Rafael Zamora Herrador. **El arrendamiento, contrato de buena fe**. Bol. Cam. Prop. Urb. de Córdoba, 1, 1945.
- Gumersindo Aparicio. **Zootecnia especial**. Córdoba. La Ibérica, 1944. Libro de texto con 364 págs. y numerosos grabados.



Noticias académicas

- El 13 de Enero de 1945, dió cuenta don Rafael Castejón del libro sobre «Paul Albar of Córdoba», publicado en la Universidad Católica de Washington. Se acordó solicitar del Ministerio la creación en Córdoba de una Facultad de Farmacia, de supuesta fundación.
- El 27 de Enero diserta don José M.^a Rey sobre «Lo que va a ser el Archivo Histórico Provincial». El director del Museo Arqueológico don Samuel de los Santos, describe los mosaicos romanos hallados en la calle Málaga.
- El 3 de Febrero presenta a la Academia don Rafael Castejón la edición fotocópica hecha en Tetuán por el Instituto General Franco de la obra de Averroes «Al-Culiat» o Generalidades de la Medicina.
- El 17 de Febrero leyó el Académico electo don Juan Gómez Crespo, como parte de una obra más extensa sobre el Monasterio de San Jerónimo de Valparaiso, una exposición de dicha comunidad, dirigida a la Corona el siglo XVIII, sobre colonización de la extensa zona montuosa de la sierra de Córdoba, entonces perteneciente al término de Espiel, hoy de Villaviciosa, al norte del Guadiato.
- El 10 de Marzo, a consecuencia de haber pronunciado en Córdoba una conferencia sobre «Guadameciles», el Director general de Bellas Artes, Excmo. Sr. D. Juan Contreras, Marqués de Lozoya, hace una gentil visita a nuestra Academia, interesándose por nuestro archivo y biblioteca. Se le confirma su nombramiento de Correspondiente hecho el 18 de Octubre de 1941.
- El 24 de Marzo leyó un erudito trabajo titulado «Nuevos datos sobre la capilla del Mihrab», el Correspondiente don Rafael Aguilar Priego.

NOMBRAMIENTOS

- 20 Enero. Correspondientes en Madrid: Ministro de Educación Nacional, Excmo. Sr. D. José Ibáñez Martín, y Ministro de Obras Públicas, Excmo. Sr. D. Alfonso Peña Boeuf, por su asistencia al XVIII Congreso de las Ciencias celebrado en Córdoba en Octubre pasado. Por igual razón, y también en Madrid, el Almirante don Rafael Estrada y Estrada; el catedrático don Francisco Hernández Pacheco y Cuesta; Mr. John van Horne, Dr en Filosofía y agregado cultural en la Embajada de EE. UU. en Madrid; Herr Helmut Schlunk, Dr. en Ciencias Históricas, agregado a la Embajada de Alemania.
- 17 Febrero. Se elige Numerario don Juan Gómez Crespo, catedrático de Geografía e Historia en el Instituto de Enseñanza Media. Correspondiente en Córdoba, don Gumersindo Aparicio Sánchez, catedrático de la Facultad de Veterinaria. Correspondientes en Lisboa, don A. Sousa de Cámara, y don José Ricardo Abad Botella, ingenieros agrónomos.
- 17 Marzo. Correspondiente en Córdoba, la Srta. Angelita Romero de Torres, por sus aportaciones cultural y artística al acervo espiritual de la ciudad.
- 24 Marzo. Correspondiente en Córdoba, la Srta. Luisa Revuelta y Revuelta, catedrático de Lengua y Literatura española en el Instituto de Enseñanza Media; y don José Luis Fernández Castillejo, abogado y publicista.



Componentes de la Real Academia de Córdoba

ACADÉMICO DE HONOR		Fecha de designación	
Excmo. Sr. Dr. D. Adolfo Pérez Muñoz		10 Abril	1921
ACADÉMICOS NUMERARIOS		Fecha de recepción	
1.—Itmo. Sr. D. Enrique Romero de Torres		20 Mayo	1905
2.—Dr. D. José Amo Serrano		9 Noviembre	1907
3.—Itmo. Sr. Dr. D. Manuel Enríquez Barrios		11 Abril	1910
4.—Itmo. Sr. D. José M. ^a Rey Díaz		23 Diciembre	1916
5.—Itmo. Sr. Dr. D. Rafael Castejón y M. de Arizala		23 Abril	1919
6.—D. Antonio Carbonell Trillo-Figueroa		11 Marzo	1922
7.—D. José de la Torre y del Cerro		4 Noviembre	1922
8.—D. Rafael Gálvez Villatoro		23 Abril	1926
9.—D. Victoriano Chicote Recio		23 Abril	1927
10.—D. Vicente Orti Belmonte		28 Noviembre	1928
11.—D. Pascual Santacruz Revuelta		1 Enero	1940
12.—D. Daniel Aguilera Camacho		20 Febrero	1940
13.—Dr. D. José Navarro Moreno		21 Febrero	1942
14.—D. Francisco Algaba Luque		12 Mayo	1942
15.—D. Antonio González Soriano		28 Noviembre	1942
16.—D. Antonio Arévalo García		22 Mayo	1943
17.—Dr. D. Rafael Giménez Ruiz		27 Noviembre	1943
ACADÉMICOS ELECTOS		Fecha de elección	
18.—D. Dionisio Ortiz Rivas		22 Mayo	1926
19.—D. Samuel de los Santos Jener		10 Mayo	1929
20.—Itmo. Sr. Dr. D. Félix Romero Mengíbar		11 Noviembre	1939
21.—Dr. D. Pedro Barbudo Suárez Varela		31 Enero	1942
22.—D. José Martín Ribes		31 Enero	1942
23.—D. Rodrigo Castaños Oller		31 Enero	1942
24.—Dr. D. Enrique Luque Ruiz		4 Diciembre	1943
25.—Srta. María Teresa García Moreno		3 Febrero	1944
26.—D. Juan Gómez Crespo		17 Febrero	1945
27.—			
28.—			
ACADÉMICOS EXNUMERARIOS			
1.—Dr. D. Eduardo Hernández-Pacheco y Esteban	Madrid.		1907
2.—D. José Fernández Bordas	Madrid.		1909
3.—D. Manuel Galindo Alcedo	Madrid.		1917
4.—Itmo. Sr. D. Antonio Gil Muñiz	Málaga.		1922
5.—Dr. D. José Manuel Camacho Padilla	Jaén.		1927

